

VICENTE TORTAJADA

FLOR DE CANANAS



Renacimiento
Los cuaro vientos
Sevilla, 1999

Tras una trama novelesca —dentro de los más estrictos cánones del género—, don Federico Padilla O’Farrell (Joe Derise, cuando publica relatos o compone para Broadway), desde su retiro en el dorado Nueva York de 1950, cuenta los recuerdos que guarda del médico sevillano Pedro Vallina, anarquista de singular importancia en la Sevilla de los años 20, y en general su relación con el mundo libertario.

Con estilo impecable y sin concesiones, esta novela —de guiños en muchas ocasiones— repasa con humor y ternura la primera mitad de siglo XX.

Vicente Tortajada

FLOR DE CANANAS

Todo, en la Naturaleza, tiene una esencia lírica
un destino trágico y una existencia cómica.

G. SANTAYANA

—Jeeves —dije— ¿ha pensado usted alguna vez en lo que es la vida?

—Alguna vez, señor, en mis momentos de ocio.

—Y es triste, ¿verdad?

—¿Triste, señor?

—Me refiero a la diferencia entre lo que parecen las cosas
y lo que en realidad, son.

—Acaso convendrá que se suba los pantalones media pulgada, señor.

Un ligero arreglo en los tirantes bastará. ¿Decía usted, señor...?

P. G. WODEHOUSE

APERTURA

ABELARDO llegó de Nueva York un par de días antes de lo previsto conforme a la postal; me llamó, y antes de irnos a su librería de viejo a escuchar la música que hubiese traído esta vez y charlar de sus aventuras viajeras, quedamos para tomar algo en el *Navascués*, como fue costumbre durante todo el 95.

Abelardo es un librero de viejo bastante raro; vaya, raro no, que no es corriente. Yo no he visto a ninguno de los otros que conozco dándole por viajar continuamente en busca de tesoros libresco, ni que les entusiasme el blues presidiendo la librería, reinando los punteos de los discos sobre los nobles volúmenes... Los del gremio que he tratado pueden resumirse en abrigo, boina y refajo; hieratismo románico en la jeta mal afeitada, y cuatro palabras desabridas para hacer patente su infinito desprecio por mi dinero. Un tópico puro. Exceptúo a Merceditas, la de calle Rivero, con su sonrisa endeble de ex monja que cuida de una madre, siempre torpeando a la guitarra el *Romance Anónimo*. Se jubiló hace años. Me quería mucho, a cuenta de mi cojera.

Ante el bar, flanqueando la calle desde alcorques resecos, los naranjos engañados por el enésimo estío de una primavera loca se bronceaban con su propio aceite esencial, exhalaban un aroma denso y fuerte dando a la ciudad cierto aire de mujer que promete; tal vez el vapor enervante que hace que los guiris perdidos y solitarios a la hora de la siesta crean que han encontrado el Sur en vez de el sur.

—¿Qué va a ser, señores? ¿Café americano para el señor?

—Con el agua fría, por favor —a Abelardo se lo saben de memoria en los bares de la zona: o café americano o cocacola, según la estación.

A mí también. Siempre voy con la misma retahíla:

—Me pone —absenta no tenéis, ¿verdad?—, vale, pues me pone en una copa un dedo de aguardiente seco y dos de ginebra Rives o de la peor que tenga, y dos cubitos de hielo para que críe nata —pedía esa barbaridad a pesar de la hora, las cinco—. Todo el calor de finales de mayo de aquel último año de la sequía.

Allí mismo, en el bar y sobre la marcha, Abelardo me leyó algunos poemas —pocos— que preparaba para una separata de *Ronda de noche*. Al poco tiempo salió con el título de *Panorama*: llevaba en portada una Nueva York que perfectamente podía haber retratado Joseph Stella. (Recuerdo una fotografía que Stella hizo del puente de Brooklyn: el ángulo y el objetivo hacían aparecer las tirantas de acero como el inmenso costillar de un toro.)

Los poemas —sin duda imbuidos por el ajetreo último de aviones y aeropuertos— eran morandescos y surrealistas, divertidos de soltar amarras y corsés, con humor cosmopolita y sincopado; sinestesias: ruidos de excavadoras que al roer la grava disparaban su flash. Y el amor subiendo y bajando a velocidades cercanas a la transubstanciación. Poemas, ya digo, casi siempre bienhumorados. Un tipo de verso brillante y jazzístico, con algo de be-bop, sin tradición entre nosotros. Cuando salíamos del bar, el contraluz de la Giralda desde la calima móvil del fondo de la calle, se desdibujaba como el leño de un ciprés carbonizado.

Una vez en la librería, después de algunos escauceos a todo volumen con Savoy Brown y mientras oíamos el CD de Popa Chubby —el *Live*, de culto, lo aconsejo sin reservas—, Abelardo me enseñó «un librito que me he leído en el avión viniendo, y que es la mar de divertido...» Eran recuerdos del Dr. Vallina editados por *Tierra y Libertad* en Méjico, en 1948. Estaba dedicado: *A mi hermano Federico Padilla OFarrell. Siempre en tu barricada. Un abrazo, Pedro*. Así, al hojeo, una candorosísima mezcla de apuntes biográficos y digresiones de don Pedro Vallina, médico sevillano y anarquista herético, oracular cuando divagaba y, aparentemente, honrado hasta la ingenuidad. Había nacido alrededor del año 80 del pasado siglo.

Como caído de un guindo, comprendí al rato que este Vallina era el mismo que Ángeles González Fernández citaba en ocasiones en su *Utopía y Realidad* (1900-1923), sin darle apenas importancia, seguramente por los poquísimos datos documentales y la peculiaridad del personaje... Sin embargo, desde que leí esa espléndida obra, pensé en Vallina como en una especie de eslabón perdido dentro de mis rollos y estudios sobre el anarquismo sevillano; y aquí, en la tienda de la calle Mateos Gago, sin más ni más, me encontraba ahora con unas memorias simpáticas de mi dichoso eslabón Vallina. Tras comentar el asunto, Abelardo me prestó el libro sin mayores historias.

La tarde remató perfecta, disfrutando con el level a todo trapo —y el teléfono sonando y no sé cómo Abelardo puede oír nada de nada— del bajo solista de Jack Bruce y de la libérrima batería de Ginger Baker, genial sin paliativos; ¡eso era tocar una batería! Que no me vengan con historias: hoy día, anda la percusión adocenada.

Cuando Abelardo echó el cierre, yo ya estaba mirando desde la acera de enfrente a una luna enorme que me hacía unos pucheros mimosos de niñata gorda.

Aquella noche, tumbado en la cama —será una manía, pero desaconsejo leer acostado boca arriba cualquier libro que sea más o menos antiguo, ¡sólo Dios sabe cuánto bacilo de Koch larvado puede caer de sus húmedas páginas!—, bien, pues tumbado en la cama y nada más abrir el tomo de memorias, se me desplomaron en plena cara una tarjetita de embarco *Boarding pass. Seat: 5 A. Don't Smoke*, de la TWA, y el recibo de un depósito. *La boarding* esa me sirvió de señalador.

Y el recibo. El papel algo mareado decía en español, con buena estilográfica:

Depósito: Archivo Vallina

Depositante: Joe Derise

Podrá ser retirado únicamente contra devolución del presente a su matriz correspondiente y previa entrega de acreditación suficiente. Seguía una firma ilegible. Debajo, un sello idéntico al membrete del documento: History Office. Lutter Library: Columbia University. New York City. El papelito me puso los

vellos de punta. ¿Iba a tener datos? ¿Y nada de refritos ni de séptimas manos? ¿Datos solitos y frescos para mí solo? Me acordé de pronto de la esforzada profesora González Fernández, y sentí avaricia. El calorcillo esponjoso de una alegre avaricia. Y es que hasta ese momento había sido feliz sólo con saber que el rarísimo tomito de Vallina iba a ser pisoteado por mis ojos y nada más que por ellos, porque, seguro, terminaría comprando aquel libro... Pero, además, siempre me ha dado la impresión de que quien se autobiografía suele ponerse, generalmente, la mar de estupendo. Generalmente, digo. Y con más datos, se pueden desbrozar embustes y maquillajes... En definitiva, ese posible archivo Vallina se me imponía necesario.

Al hormigueo que el recibo me había metido en el pecho sucedió un simple y llano nerviosismo: ya me parecía que tardaba demasiado en ir a recoger el tesoro que dormía en el regazo de mamaíta Columbia, que llegaría demasiado tarde o que cualquier interesado que lo supiera, quizá algún familiar, podría haberseme adelantado. La vista del recibo llamaba a capítulo a todas estas tonterías; y es que, aunque alguien supiera del Archivo Vallina, el papelito sine qua non era ahora propiedad de menda lerenda.

Por eso, como el mismo Abelardo me dejó dicho que en octubre, si le echaba valor, fuese para la célebre Manzana («el otoño allí es precioso y además tienes apartamento») no me hice de rogar; y el mismísimo 1º de octubre, a la una de la tarde, estaba yo en la barriga de un TWA de Barajas para hacer las américas. El objetivo real de mi viaje...

El objetivo del viaje —a estas alturas ya lo sabrá hasta el pastor—, ligarme como fuera el archivo ese. Aparte, desde luego, de los días que iba a pasar con el amigo: colorines portorriqueños del lado del Bronx en el que él tenía su negocio o las noches mágicas de Magic Slim punteando en Manhattan. Aparte de todo eso, el archivo. Sin embargo, pensaba en ese objetivo real de mi viaje con la desazón de que de real, real, nada: la coetilla administrativa y lógica de tener que presentar la necesaria acreditación no parecía salvable, ni tampoco susceptible de interpretaciones demasiado imaginativas.

Cuando llegué a la dirección del piso de Abelardo, en un taxi que tomé en el Aeropuerto Kennedy, en un *Yellow Cab* —me encantan los *Yellow Cab*,

seguramente por Desayuno con diamantes y la guitarra suave del «Moon River»—, yo ya sabía que la parada de Metro siguiente tenía que ser Broadway con 116, líneas 1 y 9, o sea, la Columbia; porque el apartamento estaba en la esquina de Broadway con 105, y yo me había estudiado con entusiasmo digno de mejor causa todo el dédalo underground del transporte neoyorquino. Y no es fácil.

Respecto al piso, abrevio: buenas vistas y gloriosos blues y más blues en la minicadena. Entré a Abelardo, entre cocacolas y unas almejas chilenas de bienvenida, de la historia que me había empujado de verdad a visitarle en Nueva York, haciéndole hincapié en lo de mi carencia evidente de acreditación; traba indudable para poder echarle mano al alijo Vallina.

Tras un ejem ejem, y sin mediar palabra, descolgó el teléfono y marcó:

—¿Instituto Cervantes? ¿Es tan amable de ponerme con el Sr. Conget...?

Salí a la cocina a por helados (sin duda, lo mejor de la gastronomía norteamericana). A mi vuelta, ya se despedía entre agradecimientos:

—De verdad, he estado a punto de llamarte un montón de veces..., no te preocupes que nos veremos y así conoces a este amigo... Es que..., sí, desde luego, es que ando continuamente liado con la librería del Bronx..., ¡es un millón de libros lo que me...! ¡Esta vez va en serio, y tengo muchas ganas de verte! José María, muchas gracias por todo... Un abrazo.

El favor de Conget consistía en ponerme en contacto nada menos que con Carolyn Richmond: ella me ayudaría en la Biblioteca Lutter. Yo apenas si conocía de Miss Richmond algunas cosas sobre Ramón o impagables estudios relativos a la obra de Francisco Ayala. Imaginé una tópica hispanista, enteca de figura y entregada a las solas alegrías que su erudición intuitiva arrancara del granadino de *Cazador en el alba*. La esperé unos minutos en el atrio de la biblioteca. Por entre los árboles del campus se me acercó con un cuerpo enjuto y bien formado, un rostro pizpireto al que sabe mantener en su juventud, y los ojos verdes y astutos.

Aunque José María Conget ya le había puesto en antecedentes respecto a mi pretensión, fuimos a la cafetería y allí, entre jícaras de chocolate, le expuse

toda mi atolondrada teoría sobre ácratas santos de facciones ascéticas y músculos amojamados por las privaciones, el sol y los destajos; los del jornal repartido entre aquellos desgraciados a los que enseñaban el espectáculo de la libertad, transportándolos a un mundo tan lejano como nunca pudieron soñar, más allá, mucho más allá de la noche de tierra en que vivían. Los gañanes, galvanizados por la prédica de estos apóstoles, cuando los veían correr en plena madrugada como conejos al aviso de un silbido y caer, entre los carros o de boca en la besana, con la espalda carcomida por los cartuchos de postas del aperador y los capataces del cortijo, esos gañanes, digo, los sustituían en la lucha y dejaban de soñar.

—Conseguir el archivo que promete este recibo, Miss Richmond, significaría explicarme seguramente al anarquista contradictorio que fue Vallina, desclasado como médico, especie de corredor de fondo de un Ideal que él mismo fabricó a su modo y manera... Pero siempre mal citado, y escorado en investigaciones o estudios por su no encuadramiento en sindicato o federación alguna y por el autodidactismo iluminista de su práctica revolucionaria —le dije de un tirón a la Richmond, absolutamente espitoso por la jarra de chocolate y un par de copas de grappa.

Mi lady Carolyn —le subí el rango social— acogió con una sonrisa generosa este intento mío de una nueva «Rama Dorada», aunque esta vez las leyendas tuviesen tintes carbonarios. Me consiguió en préstamo el material Vallina, con dos compromisos: a) Cuando terminara mi estudio, devolvería el Archivo:

—¿Un par de años te parecen suficientes? Yo creo que es bastante tiempo para tus pesquisas. Y compromiso b) y fundamental —me dijo muriéndose de risa— sobre todo el material que concierna a literatura de la época me pido derecho de pernada. ¿Te comprometes a enviármelo en copia?

—Sí, guapa, lo que mi lady me pida va a misa —contesté algo chispón.

A partir de ese instante, pero que ni un solo problema en la Lutter. Regio. Incluso un vigilante negro muy amable me echó una mano con la maleta —no muy pesada para ser papelotes— hasta un taxi. Por supuesto, otro Yellow Cab, faltaría más. Es un tópico decirlo pero es verdad: qué lástima de vistas le quita el building de la Pan Am a la Park Avenue; pero amigo, qué napalm

deslumbrante el de ese edificio cuando le pega el resol de la tarde. Me di un buen paseo: manchas verdes entre ángulos rectos altísimos, y con el maletón de esquila clarísima, File number 916/70. Archivo Vallina. Depot., acompañándome en el capó.

Como Abelardo trabajaba hasta tarde, tuve tiempo sobrado para el garbeo que siempre había querido dar. Nada de coche de punto y chistera ni Central Park, sino el más tranquilo que pudiera recorrer mi taxi amarillo: el Hudson y sus babazas, East River, Long Island, el Bronx sin sorpresas, Richmond, Queens, Brooklyn, incluso Saggaaponak —por Capote—. Y todo resumido en el atardecer lejano del Lower Manhattan y el reflejo en sus millones de cristales crepusculares de un grandioso melón podrido. Como un amante ingenuo: desde la cafetería de la estatua de La Libertad. El humo de algún vertedero lejano y familiar... Brisa de levante. Total, la fortuna mejor gastada.

Esperé a que volviera de su paraíso de libros viejos viendo la MTV y comiéndome una lata de no sé qué —no conozco a nadie que tenga más conservas en su casa—. Además, estaba disfrutando con el retraso. Llegó. Por fin nos pusimos a la faena:

—Los cierres no tienen llavín —observó Abelardo con cara de hombre de poca fe.

—Ya, pero como tiene los flejes mohosos, vamos a ver si esto se abre... ¡Ya decía yo que esto pesaba poco! Aquí no hay papeles ni libros, son carretes de magnetofón viejo... TELEFUNKEN, TELEFUNKEN, y luego dicen Service von Aufnahme, y mira, a mano —dije en plena desorientación—, números y letras de orden en las etiquetas de cada uno: 5 a), b), c)..., 2 a), b), c)...

—Pues estos son por el estilo de los que grababa la BBC, sólo que made in nazi. Ándate con ojo, que Service von Aufnahme creo que significa Servicio de Información. A ver que hay dentro del sobre, seguramente nos enteraremos de algo.

—¿Qué sobre? —con lo de los nazis y lo del Aufnahme, yo ya no daba pie con bola—, ah sí..., espera, abro este sobre: Yo, fulanita de tal, etcétera, etcétera, bla bla bla..., vaya, vaya: *...Por el presente me comprometo a no*

hacer públicas las consideraciones que constan grabadas en las bobinas magnetofónicas referidas ut supra, con excepción de aquellas que hagan mención expresa al Doctor D. Pedro Vallina Martínez, sus hechos y su vida; so pena de incurrir en delito de violación del presente acuerdo Ínter partes. Todo ello, habida cuenta de la elevación a público del documento que en este acto se efectúa. Lo que firmo y rubrico ante D. Federico Padilla O'Farrell y el representante legal de la firma RANDOM & CAPE, ATTORNEYS-LAWYERS, quienes conceden al mismo la necesaria virtualidad legal..., etc., etc... Y siguen tres firmas...

—Pues ya lo sabes. Habrá que buscar un aparato apropiado... Ya lo encontrarás, aquí o allí. Cambia la tele al boxeo, que dentro de un ratito van a poner la película de Cassius Klay contra Sonny Liston, la del título, ¿la vemos?

—¿Qué edad tendríamos cuando aquella pelea? —recordaba el cuerpo informe de Liston rodando por la pantalla del Phillips ante el que pasé mi infancia.

—Treinta años menos —cortó nostalgias Abelardo.

—Yo todavía me acuerdo de Floyd Paterson...

La verdad era que no podía ver ni combate ni nada. Seguía desconcertado, ¡no te gibaban las bobinas! No constaba fecha ninguna en ellas; hubiera preferido, por supuesto, los clásicos cuadernos garrapateados, indescifrables, crípticos..., ¡lo clásico, vaya! ¡Y encima no podría enterarme del asunto hasta que encontrara un cacharro apropiado! Un inri majestuoso.

De vuelta en Sevilla, tuve que ir a los estudios de Alta Frecuencia, los de calle Goles, para doblar un documental sobre la fabricación peculiar de las Harley Davidson-, tenía que poner voz a jubilados que recordaban feroces competencias en el mercado de los 50's con la Norton, voz a los chistes nasales y mal traducidos de Ronald Reagan visitando la fábrica. En fin... Siempre —es curioso—, durante el tiempo en que estuve haciendo doblaje, en Videotake, en Studio 1 o donde quiera que fuese, mis «takes» eran voces de personajes perversos y feos.

Recuerdo los personajes siniestros y rijosos de la Katty Tippel de Paul Verhoeven, o los duros que maltrataban a Kim Basinger en *Hard Country*, o gobernadores que sistemáticamente negaban indultos... Siempre quise suponer que en mi caso se trataba de mi hábil versatilidad de registros en tonos de barítono; pero en el fondo —ya sé que es absurdo— sabía que no había otro motivo sino que los estudios dan este tipo de personajes a los dobladores con cara de malvado. Así de simple —¿es absurdo o no?—; y yo la tengo algo decimonónica. La verdad es que me parezco al malo de Charlot en *La Quimera del Oro*: la cabeza, las cejas de búho, los bigotes... En fin.

Cuando terminé con Reagan y las Harley, le pedí el favor a Paco de la Cueva:

—A ver si me sé explicar, Paco; yo lo que quiero es que me saques de las bobinas la voz del viejo este que estamos oyendo, nada más; del que contesta. (Porque yo no doy el tipo de la noble derrota de Emil Jannings en el Ángel azul...) ¿Tú crees que se podrían eliminar las preguntas y las conversaciones de la muchacha? Es que yo de ahí tengo que ir espigando lo que trate de Vallina, y sacando todos mis datos de lo que largue el abuelete que, por lo que parece, o fue familiar o amigo de don Pedro. (Ni siquiera tengo el porte de don José M^a Navarrete, el catedrático de Penal, y eso que si lo llega a coger Lombroso va directo al garrote vil..., pero don José M^a tenía una dignidad y un caché que lo que le hubiera pegado es el papel de asesino con pinta de señor honorable en alguna película de Cronenberg...)

—Y ése ¿quién era? —interrumpió Paco mi ensimismamiento de doblador de malvados.

—Un anarquista antiguo, un médico sevillano... El doctor Vallina... (A saber la cara del Vallina este, ya me imagino doblándolo; seguro.)

—Lo que se puede intentar es esto mismo que estamos haciendo, pero con mis trucos... Yo programo, y por la derecha va saliendo el chorro de papel con las palabras del viejo solas; ecualizo el timbre y sale la voz suya y de nadie más. Y en papel, que te vendrá mejor seguramente ¿no?

—Joder, que aparato más increíble. (¿Ves tú?; al Paco mismo le darían cualquier voz, desde jefe de estación hasta la de amigo del protagonista...,

tiene un físico que lo mismo da para roto que para descosido. ¿Y yo por qué voy a tener que aceptar esos criterios abstrusos de los estudios? ¿Tienen algo que ver esos criterios con tonos y timbres como dice Paco? Ni una vez más; la próxima, planto cara... No, si planto cara es cuando me dan los mismos personajes otra vez.)

—Lo que no tenga yo, muchacho... Ya te avisaré cuando tenga esos papeles listos.

—El problema será el de puntuar el monstruo que salga... (Eso, un monstruo: peor es que te den a doblar al sicópata de Nicholson; o ser el monstruo mamón que se ha cargado a Clint Eastwood con el doblaje, ¡vaya vaya..., la voz de bidón hueco que le ha puesto el hijoputa!; no tengo ni idea de quién pueda ser: uno gordo, porque yo le he oído en anuncios de la tele también... A lo mejor no es más que un rollo mío. No, no, nada de rollos, ¿somos tontos? El pobre de don Pedro Sempson se dobló todos los personajes que tenían cara de don Pedro Sempson...)

—Eso ya es problema tuyo. Míralo por el lado bueno: manejando puntos y comas puedes hacer decir al buen hombre todas las mentiras que te parezca.

—No tengo por qué hacer virguerías: ya con el contexto se avía uno — contesté molesto; el señor Paco se estaba permitiendo chuflas respecto a mi lealtad con la Historia.

—Qué flojo eres, coño... —se permitió, insistente, el Sr. de la Cueva.

—¿Para cuándo, más o menos? (¿Cómo se llamaría el gordo grandote ese de las películas de Charlot? Yo lo sabía...)

—Déjame dos semanas; que revisen y que comparen los papeles con las bobinas por si se cuelan otras voces, ruidos... Yo te aviso pronto, no te preocupes. ¡Y que te salga bien tu estudio con las cosas del viejo este de los cojones! —la sonrisa redonda de Paco.

—Vamos a ver qué pasa, Paco... Gracias, artista; nos vemos cuando me llames... (Que no le pongo mi voz ni una vez más a un alcaide subnormal; ni a un camionero country&western y borrachuzo por más señas; y, ni mucho

menos, a un padre traumatizante en los flash- back de la cara-pollo esta..., de la Meryl Streep, que con lo vieja que es no hay ni una película donde no vaya previamente traumatizada... ¡Para eso, para eso me ha servido mi versatilidad de barítono, para doblar todos los malos de *La Llamada del Oeste*!, ¡y es una serie!)

De calle Goles tiré para la plaza de San Lorenzo. Estábamos ya como quien dice en noviembre y no había caído ni una gota, ni pinta que tenía de que fuese a llover. En la plaza, entre las ramas escuálidas y pelonas de los plátanos, Sevilla tenía un cielo gris y amarillo. Como de un cuadro de Ressendi.

BOBINA 2 a)

SIGO por donde me interrumpiste hace un rato. ¿Te puedo tutear? Vale, gracias; es que me cuesta trabajo hablar de usted a una cría. ...Bien, quiero decir, a una muchacha tan joven. Jolín, pues para venir pidiendo favores, sí que apuntas un carácter...!

Ahora que él ha muerto y que evidentemente no me puede escuchar... La verdad es que poco me importa a estas alturas lo que él quisiera o dejara de querer... Pues que me gustaría contar o escribir su historia, que es como decir un poco o un mucho la mía propia. El doctor Vallina: si aún le pudiera acompañar...

Te estaba diciendo que cuando le conocí era yo un niñoato poco dado a las cosas del espíritu, acabado de llegar de Oxford y con todos los billetes de mi padre recién muerto en los bolsillos, menos los cincuenta duros que me había dejado en una juerga de putas en la plaza de la Europa.

Ya era de día. Salgo a la Alameda y me encuentro por todas partes a gentes dándose empujones, corriendo, gritando... Te vuelvo a decir que lo tengo que escribir todo. La cosa es especial. Entiéndelo: la historia de Pedro Vallina, a pesar de que se publicaron en Méjico unas cuantas notas porque —por lo visto— se pusieron muy pesados los de la editorial, si la hubiera tenido que escribir él, sería como cualquier autobiografía espiritual ordenada a un santo por su confesor o el prelado o el General de la Orden que fuera.

Era de esa clase de personas que si no se les arguye la necesidad de su testimonio y ejemplo, o la famosa obediencia debida, jamás hubieran puesto una letra sobre sí mismas; no se encuentran con mérito alguno —valgan los ejemplos antitéticos que te pongo— y la vanidad ni les roza. Un puro acto de ascesis.

Perdida ya la cabeza —la demencia senil o esas fiebres de miseria que lo terminaron de matar en Veracruz—, me repetía las cosas una y otra vez. No, no me importunaba; yo obtenía así el son de cristal de un alma sin mancha, y la populachería circundante el asombro del relato que edifica.

Te pongo un ejemplo, pero tú imagina un poco la Sevilla de esa época; él me repetía historietas como ésta:

—Estaba yo en la Alameda de Hércules cuando, al ver a la gente que corre, comprendo que se trata de la huelga de las cigarreras y tras de ellas la Guardia Civil a caballo. Saqué el calibre corto y, cuando estuvo cerca, disparé al pecho del primero de los agentes de la tiranía. Esto logró que las gentes pudieran dispersarse y, poco a poco, la calma ciudadana volviese al lugar.

Quizá no fueran exactamente así sus palabras —porque evidentemente cito de memoria—, créeme un retrato bastante exacto... Eso sí, eran breves momentos de lucidez, luego podía estar días enteros sin pronunciar sílaba alguna. Pero si esa sonrisa tuya va por donde yo imagino, piensa una cosa: el dejar pasar la lengua a zonas donde se convierte en asesina sólo depende de la conciencia ¿No te parece?

Yo le conocí, ya te digo, saliendo del ensanche de la Europa hacia la Alameda, cuando lo vi con sus diecisiete años, decentemente vestido, muy delgado y con gafas de concha, parado delante del cruce de calle Relator, esperando a pie quieto a la Guardia Civil —los caballos desflecando piquillos a dentelladas, los sables chispeando adoquines y deshaciendo alpargatas y brazos, enrojeciendo el rayadillo alebrado de obreros en desbandada— que iba empeñada ya en una persecución sin sentido.

Mi resaca, apenas suavizada por el último aguardiente con yema, me hizo ver la pólvora saliendo y la vuelta en el aire del joven guardia como un vals demorado, como algo que se detenía en un viento. Después de eso, el desperdigue general... Sólo él seguía quieto pero, ahora agachado, intentaba incorporar aquella guerrera ennegrecida, queriendo parar el ahogo de las bascas de sangre que borboteaban en el bigote del moribundo.

Ni lo pensé, tiré de tal forma de la chaqueta del joven —de don Pedro— que literalmente me quedé con una manga en la mano; la velocidad tornasolando a verde la primera sangre del amanecer: a mi coche.

Desde entonces siempre estuve a su lado. Hubo amistad desde ese momento entre los dos... Pero yo comprendí, también desde ese instante, que ya no sería más que un perro —me llevara a donde me llevara— menesteroso de su paso menudo y decidido...

Ahora te contaré cosas más distraídas, pero quiero decirte algo para que me entiendas: de acuerdo con que él quería ser médico —evidentemente que lo fue—; pero aquello que vi, que pasó, lo que me hizo intervenir no era más que la visión de una moralidad descarnada y total; allí se estaban sublimando la inteligencia y la voluntad, la pasión y la sagacidad, y todo este revolutum en una inexplicable simetría. En aquel momento lo miré como a un buda en el centro irrelato de su cosmos, era el santo, el héroe, el perfecto.

Más tarde entendería su lenguaje formalizado de la disciplina reducido a una eficacia operativa total.

El pobre —que sustantivo tan falaz—, ya al final, decía:

—Quiero expresar todas las relaciones posibles del universo que veo (voz sin modulación, monocorde): lucha continua. El universo, al fin, unívoco en sus relaciones posibles: sólo lucha. Soy el hombre de la mirada condicionada, el cerebro revolucionario hecho carne y ascendido de un infierno de donde —y lo sé— no habré de subir a cielo alguno. Infierno-cielo: hay que usarlos, y no por una mera convención de contrarios. Yo así al menos lo necesito; porque esto que a mí me está pasando sí es, desde luego, infierno vivo y sin monsergas de adorno; (sentado, estático, sin llorar pero con las comisuras de los labios endurecidas y el claror de los ojos casi águilino) realidad es la única palabra que debería siempre pronunciarse entrecomillada. Realidad. La impotencia culpable (los ojos, totalmente amarillos) es nuestro único patrimonio de hombres morales de este siglo. Queda la sola alegría de la acción que necesariamente a sí misma se sucede (paralítica), que yo no podría parar jamás (con las gafas en la punta de la nariz, bajados los párpados de pronto, como si le estuviera explicando al médico que él era que jamás tendría

suficiente para pagarle. Rubor menstrual.) Estos infelices no se dan cuenta de que votan a quien les regala el primer zapato de un par futuro.

Estos monólogos eran raros, en ráfagas radiosas e instantáneas. Su cabeza —su cuerpo entero en realidad— no era más que un dirty boulevard: viento desordenado, cartoneros sucios, árboles sin hojas.

Bien, no nos pongamos trágicos..., seré lo que sea menos patético...

Nos hicimos amigos. Lo único que yo, en aquel entonces, recordaba haber leído que tuviese un cierto viso ético-social eran *El extraño caso del doctor Jeckill y Mr. Hyde*, el *A Rebours* de Huysmans, en una elegante traducción inglesa de 1887 que descargaba la obra de toda la corrupción pegajosa del idioma francés; *Más allá del bien y del mal* de D. Federico Nietzsche y..., pare usted de contar.

El futuro doctor Vallina era otra cosa. No es que tuviese a Kropotkin de cabecera, pero leía muchas cosas de éstas; ten en cuenta que —según él me contaba— su padre le dejó que leyera desde los siete u ocho años a Zola, la Pardo Bazán, periódicos y libelos anarquistas, ¡yo qué sé...!

Tenía un vicio —sí, un vicio, no pongas esa cara— que yo luego compartí con él: nos íbamos a Sierpes, a un vendedor de prensa que exponía en las ventanillas del quiosco las primeras planas de todos los periódicos que nos gustaban —¡traía de Madrid hasta *El Motín* de Nakens!—; Vallina tenía auténticas fijaciones: Marruecos, por la movilización de los reservistas casados; improperios feroces si aparecía en primera el pobre Silvela, como heredero y administrador —por ser jefe del Gobierno— del desastre del 98 (Vallina llegó a pensar que los EEUU declararían necesariamente la guerra a España y le darían su merecido, por imperialista: cosas de juventud...) y, por supuesto, si aparecían en la susodicha primera, leíamos con auténtico entusiasmo las columnas-campaña de Azorín sobre el hambre en Andalucía.

En una de éstas, supimos de la vuelta apoteósica de Salvoechea a Cádiz; sin más pensarlo cogimos el tren-búcaro con la única ilusión de abrazarlo, y al llegar nos dijeron que D. Fermín ya estaba en Madrid...

Al cabo de unos años —no me resisto a contártelo— nos plantamos en la capital para conocer y, si era posible, ayudar en lo que fuera al apóstol. Nos recibió —un piso en Hortaleza altísimo, modesto y casi desnudo de muebles— estornudando; la bufanda enrollada le hacía el cuello más ancho que la cabeza. El trato afectuoso y cortés, nos rogó que aguardáramos un minuto mientras escribía la diaria postal tranquilizadora a su madre gaditana:

—Costumbre del exilio ¿saben ustedes?

Nos miramos. Estaba chocho: la sufridora vieja había muerto hacía años, al poco de la ida de Salvoechea a Madrid. Evidentemente no dijimos nada, seguramente la ternura nos pudo.

Una sola tabla, apoyada en dos débiles ménsulas, atravesaba la pared de esquina a esquina a su espalda; sobre ella —lógico— mucho Proudhon, Paul Lafargue y otros de la cuerda..., y un libro dedicado con filial faramalla por Carrere: tal vez el único libro profano —si me permites lo impropio del adjetivo—. Ya era de noche. Después de nuestras protestas admirativas, el viejo alto, con voz menuda y cómplice, nos dijo que le acompañáramos al *Bar El Sol Chokolatería*, en la Puerta del ídem, donde le había citado alguien de su consideración, un tal D. Manuel Pardiñas.

Rezongó, sin apenas mirarnos:

—Si no fuera por lo que es, den por supuesto que no iría a ninguna parte... Creo que para mí el auténtico Ideal siempre ha sido —y lamento parecer a ustedes un pancista— aquél antiguo de «leña para quemar, caballo viejo para cabalgar, vino añejo para beber, amigos ancianos para conversar y libros antiguos para leer.» —me pareció ver en ese momento un levísimo tono anaranjado sobre el amarillo óseo de las mejillas de don Fermín...

Yo, la propuesta de salir, la vi estupenda, no por ese Sr. Pardiñas o Pardinás de quien no tenía el gusto, sino porque al lado justo del local de la cita estaba la mejor librería de Madrid y tenía interés en ver el escaparate: acababan de salir coleccionados —juntos con los otros— los *Elogios de los Héroes* de D'Annunzio. Así pues:

—Muchachos, como pueden ver, no me encuentro muy allá, y menos para el traspase... ¡Todo sea por lo que es!

Con éstas salíamos —altísimos escalones de madera, renqueo del viejo— a la más sombría y helada noche de Madrid de un once de noviembre —cómo olvidar esa fecha. Imposible. Ahora verás por qué.

En *El Sol-Chocolatería*, el Sr. Pardiñas había dejado una nota rogándole disculpas y convocándole inexcusablemente para primera hora del día siguiente. Y ya era madrugada. Yo propuse, si don Fermín consentía, que fuésemos al Vareta para ver jugar al billar y charlar con Emilio Carrere. Al viejo le cayó bien la idea:

—De perdíos, al río...

Una cana al aire —seguro— para él; y, la verdad, lo pasamos en grande Salvoechea, Vallina y servidor porque don Emilio nos trató como un príncipe de las Arabian Nights. Allí nos trajeron los churros del amanecer.

La aurora de acero de la Puerta del Sol había disfrazado de barajas unos abrigos viejos que gritaban ¡*El Sol!* ¡*La Corres!*!

Esperando estábamos, cuando el dibujo de Sancha que veíamos desde el bar se desvaneció en el aire con el sonido de un disparo hondo, enorme, cercano.

A Pardiñas sólo le vimos de pie un momento. Otro tiro —el que se metió en la boca— pasó sobre nuestras mascotas y rebotó en el letrero de Entrada a barbería. Servicio, 25, dejándolo doblado hacia arriba y destacando sobre la inacabable línea de anuncios de calamina. Su cuerpo, bajo la coliflor roja de la cabeza, saltó hasta los botines de los parroquianos.

Un poco más allá, delante del ejemplar de los *Elogios...*, en la acera de la librería, se levantaba la pirámide negra y panzuda del cadáver de don José Canalejas, los quevedos colgando como una leontina rota. La chistera de Primer Ministro, boca arriba.

Cuando aligerábamos el paso por la cuesta de la Montera hacia la Red, con júbilo nervioso lo descubrí: aquellos días eran vertiginosos y éticos: vivir en flor

de cananas era, tres rayitas, o sea, idénticamente igual a morir en olor de santidad.

Afortunadamente, ahora no tengo tiempo para hablarte de esa ciudad terrible e inmensa que podría iluminar todo un libro, como una estrella oscura.

BOBINA 2 b)

VAMOS a ver: tú estás en la Columbia, con Miss Martha Foley en la disciplina, dices ¿de Historia creativa? ¿Y eso qué es...? Ah, ah, ...Ya, ya. De todas formas, tu padre encontró un buen agujero en la Columbia ¿no? Yo lo recuerdo de cuando estaba en una Asociación al Servicio de la República o algo así: era un cultísimo que ni carne ni pescado... Bah, yo me entiendo.

Déjame las notitas que tomaste ayer... ¿Qué quieres que te diga?, no quiero lápices ni cuadernos porque sencillamente se escribe lo que a uno le da la gana o cree haber entendido. Tú ya has escuchado la prueba de cuando viniste a verme para el asunto, y que yo grabé sin que supieras. Has oído también la parte de carrete que grabamos ayer, contándote cómo conocí a don Pedro y lo del asesinato de Canalejas, ¿me quieres decir en qué se parecen estas notas tuyas a lo que sale de los altavoces? En nada. Desde ahora, fuera el lápiz..., o la estilográfica, me da igual.

Este equipo me lo trajeron de Berlín —no, fue la devolución de un favor involuntario— y no creo que tengan uno ni parecido en tu Columbia de historias creativas... Eso de Historia creativa, ¿no será que tú te inventas la Historia a tu gusto, no?... Bueno, bueno, por eso: es que si estamos hablando de alguien tan real históricamente como César, Truman o Hitler, ya hemos acordado cómo habrá de tratarse su figura.

...Ya, de acuerdo, si te lo iba a decir ahora mismo: no es que ayer me tomara algunas licencias, es que hubo cosas sobre las que mentí con el mayor desparpajo. Entiéndeme: si no, ¿cómo se yo si realmente sabes algo de lo que estamos charlando o más bien se trata del típico caprichito de la teginanda?

Te voy a decir las mentiras... ¡Ésa!, ésa es efectivamente una de ellas, pero ten en cuenta que una distancia de cinco años entre lo de los periódicos de

Sevilla y los artículos de la *Andalucía Trágica* de Azorín es pura cuestión de hemeroteca... Piensa que soy un viejo y que no tengo por qué tener la memoria en estado de revista: tú eres, no, más bien a ti te corresponde poner en orden los datos, el interés es tuyo, monina. Otra mentira: al amanecer no podían vocear *La Corres* en la Puerta del Sol, sencillamente porque era un diario vespertino y, lógico, se vendía por la tarde. Otra, la más gorda: Vallina y servidor ya estábamos en Madrid a principios del siglo... No, no hay ni una sola mentira más.

...Mira, en resumen, si tú vas a escribir un libro o una tesis sobre don Pedro Vallina, pues que estoy pensando que ¿para qué lo voy a escribir yo?

Lo que vamos a hacer es que tú me preguntas como hasta ahora o yo te cuento a salto de mata y luego pones en orden lo que quede registrado, que yo ya estoy muy mayor para andar escribiendo Historia. En eso quedamos si lo vas a hacer bien, si no, no vale la pena. Perderíamos cochinamente el tiempo...

¿Conformes?, pues hacemos este nuevo acuerdo.

¿Te importa si mientras hablamos pongo en el gramófono —en mi dormitorio tengo todavía un UREÑA inservible, soy un sentimental— alguna placa de Lena Horne o Anita O'Day? Ah ¿te gustan? Puro aroma West Coast.

Va, pregunta, vamos... ¿1901?, extraordinario.

Desde 1900 andábamos por la capital, don Pedro con su Facultad de Medicina y yo intentando que me convalidaran los estudios jurídicos de Oxford —acababa de conseguir una maestría por la Lloyds en derecho marítimo, coño—; vivíamos en el tercero de una casa de la calle Zorrilla, detrás del Congreso de los Diputados; el ama nos cocinaba platos de las abuelas y la mucama nos tenía la habitación alquilada como los chorros del oro. Sí, sí, pagábamos entre Vallina y yo.

Al anochecer, nos íbamos de la Puerta del Sol al Casino Federal que estaba en Horno de la Mata —en el principal, el Centro Asturiano: no te quiero contar cómo me ponía de sidra..., no, don Pedro subía directamente al Casino con Salvoechea—, allí se reunían republicanos federales y anarquistas... Me acuerdo de un albañil que tenía todo el arte, y que cuando discurseaba —

bastante bien, por cierto— y tenía que mentar a don Pablo Iglesias, decía el compañero «Capillitas». Se agrupaban en sociedades con nombres la mar de graciosos, pero que a ellos les hacían una ilusión tremenda: «La Locomotora Invencible» de los ferroviarios, «La Victoria del Trabajo» (albañiles), «La Botina de Oro» de los zapateros, y así...

Al dar la primera campanada de las diez, ya iba Salvoechea para su casa. Nosotros nos quedábamos con gente como Nicolás Estévanez, Rosendo Castell..., todos querían —deseaban con la pureza de los ángeles— el triunfo del comunismo libertario... El comunismo libertario, digo yo, que será lo único digno de ser amado porque es y será siempre puro deseo. Lo que se consigue deja de... Uff, qué latazo... Se me va el santo al cielo. Eso no puede ser, a partir de ahora, ¡control y disciplina, camarada Federico! ¿Ok?

Tuvimos un festival con Rosendo Castell que verás... ¡Hija, pues un festival: entre cacao y follón! Bueno, pues eso. Don Rosendo Castell, a mí, la verdad, desde que le conocimos me pareció un absoluto majareta; pero para el ideal y la juventud de don Pedro, Rosendo Castell era dios. Éste era coronel médico y había hecho Abogacía y Farmacia...

No, ¡de fenómeno, nada! En todo caso, fenómeno de caseta de la «Calle del infierno» en la Feria... Espera, espera: se hizo amigo nuestro, y nos ofreció tomar parte en una conspiración revolucionaria en la que estaban metidos militares y paisanos. Yo, cuando nos explicó el tema, prudentemente dije que mi labor sería la de vigilar y dar el agua —como dicen los quinquilleros— si es que aparecían las fuerzas de seguridad. Por ahí me escapé.

Castell tuvo que convencer a alguno de los que iban a intervenir de que don Pedro, a pesar de su poca edad, sería el primero en combatir; ni que decir tiene que Vallina estaba febril y entusiasmado...

¡Ya voy!, muchacha, qué poquita paciencia tienes. El plan era, nada menos, que la toma del Palacio Real, dentro del cual —aseguraba Castell— había bastantes comprometidos con la idea; arrojar a la familia real por los balcones con una soga al cuello y después proclamar la República... Te aseguro que es verdad..., te juro que ni en lo que te estoy contando ni en lo que siga, volveré a mentir conscientemente; otra cosa sería la deformación de algún recuerdo,

que siempre puede ocurrir ¿verdad? Sigo. Luego, lógicamente, debíamos llamar al pueblo a la lucha y a desencadenar la insurrección con todas sus consecuencias...

Ah, pues mira, por aquel entonces don Rosendo tendría unos cincuenta y pocos años, robusto, un tinte apoplético en la nariz, bigotes y pelo rufos, con unas entradas que aparentaban casi calva. Y no me interrumpas, coño, que me pierdo...

La noche que se había señalado para el asalto al Palacio Real...

¡Doloritas, tráete tres copas de Fundador y te sientas aquí con nosotros y escuchas esto! Dolores es mi secretaria; no, tú no la conoces: la que te abrió la puerta y te trajo hasta aquí es el ama de llaves. Estupendo, gracias. Mira, Doloritas, ésta es una estudianta de la Columbia que quiere que le cuente cosas de don Pedro... Sí, siéntate tú también, pero ya os quiero calladas, otro día os citáis y comentáis vuestras biografías respectivas... ¡Coño, Dolores, si era yo quien estaba hablando! Cada vez más respondona, hija. ¿Me permite usía que continúe con lo del asalto del Palacio Re... ¡Pero si ya os he presentado yo! Pues bien, esa noche compramos sendas pistolas en una casa de empeños de la calle de Atocha, nos las metimos en la cintura y a la Plaza de Oriente poseídos del mayor ardor bélico... Bueno, a mí desde luego me daban los lógicos retortijones.

Todos los comprometidos faltaron a la cita —se nota que conocían a Castell mejor que nosotros o que estaban más cagados que yo—, se rajaron, como dicen los mejicanos; allí sólo estaba él, paseando nervioso en uno de los patios del palacio y juraba que no participaría jamás en otro complot. Decidimos tomar un poco el fresco maldiciendo a los ausentes:

—¡Truhanes! —gritaba don Rosendo, como un quijote manteado, mientras conjurados y reyes dormían a pierna suelta. ¡No nos echaron cuenta ni los centinelas de palacio en nuestras idas y venidas!

Efectivamente, el pobre Castell no escarmentó aquella vez; como estaba de atar o lo llevaba en la sangre, siguió conspirando toda su vida hasta que lo

encarceló Franco en Montjuich, y allí se murió de vejez y de asco... No, Vallina y yo tampoco escarmentamos. Tampoco, hija.

Conocimos también —gracias a Salvoechea— a mi tocayo Federico Urales y a Soledad Gustavo que en un hotelito de Cuatro Caminos sacaban *La Revista Blanca* y luego *Tierra y Libertad*. Don Fermín estimaba sobre todo a Soledad Gustavo; decía:

—¡Es la mujer más enérgica que he encontrado en mi vida! —la sonrisa de oreja a oreja.

Para mí que lo de Fernando de Herrera con la Condesa de Gelves, se quedaba enano con la que se traía Salvoechea con la compañera de Urales... No, no, sólo conjeturas más o menos hilvanadas; pruebas, lo que se dice pruebas, no... Pero eso se nota: Federico Urales se moría de risa inexplicablemente cada vez que Salvoechea les visitaba con algún original, o a recoger —con la cosa de traducirla a los del Casino— *Les Temps Nouveaux*, la revista de Jean Grave.

Don Fermín hacía siempre para *La Revista Blanca* artículos conmemorativos: *los Mártires de Chicago, la Comuna de París...*

Cuando llegué a Nueva York y pasé todos los bonos que mi madre tenía metidos en cosas de Juan March —ya te contaré algo de March, descuida— a la Capitol Tramway Co., en el Banco que lo hice me presentaron a otro español que trabajaba allí traduciendo cartas comerciales, Felipe Alfau se llama... No, éste no es exilado, ha vivido casi toda su vida aquí, por lo visto su padre tiraba un periódico para hispanos... Bueno, pues a éste, que en el treinta y tantos sacó una novela la mar de divertida y no mal escrita: él mismo me regaló un ejemplar... A éste, como te decía, le he propuesto que haga otra novela con el tema de la vida de don Pedro Vallina o sobre los hispanos que andamos por este país...

Hombre, pues porque merece la pena, ¿no? ¿Sabes lo que me contestó?, que no, que estaba con un novelón a lo Galdós que según él era lo único que merecía la pena... No, no, perdona, me he equivocado, una novela —me dijo— como si la hubiera escrito Galdós, con su época y sus cositas; y que además

estaba liado con un guión para el cinema sobre la ruina del pobre Julio Ramos, que después de haber paleado millones se lo encontraron muerto en un portal entre periódicos viejos; bah, pero un guión absolutamente fantástico y lunático —yo creo que Alfau, siendo buen muchacho, porque lo es, también está un poco mal de la chaveta—; la realidad es que el desgraciado de Julito Ramos lo perdió todo en casinos y luego en garitos. Eso debe ser como una enfermedad. La autopsia dijo que no había comido nada en tres días...

Alguna relación tiene —no con Ramos— con guiones de cine, lo de mi equipo, éste que utilizamos para grabar. Porque resulta que yo tenía un libro para una película terminado y, en una reunión en casa de Brecht —sí, yo estuve en Los Ángeles un mes por lo menos— se lo presté, para que lo leyera, a una amiga suya, y ésta sin mayores preocupaciones se lo largó a un muchacho alemán también, un tal Wilder, Billy Wilder, que inmediatamente lo vendió a unos estudios de Los Ángeles; creo que después de eso lo contrataron en firme.

Me lo contó Joe «Brown» Serrayo, el estupendo poeta y tocólogo famoso, cuando estuvo aquí..., en ese tiempo andaba Serrayo con Edgar Neville, Jardiel y López Rubio por Sunset Boulevard; no, nada práctico, por lo visto habían venido a pasear su nostalgia entre whisky, viejas amigas y recuerdos purpurinescos.

Doloritas, échate otras tres copas, ¿por qué no las calientas antes?... Hombre, sí, ya se que el Fundador no es Rémy Martin, pero a mí me sabe a gloria bendita..., anda.

Ah, lo del equipo de grabación. Busqué a Wilder, le puse las peras a cuarto e inmediatamente entró en razones —es un tipo joven, pero inteligentísimo y muy divertido—: como se lo habían pasado traducido al alemán le había dicho la señora de marras que era un guión de Bertolt Brecht. Y Wilder, para compensarme, me mandó traer de Berlín el equipo éste con un tejemaneje a través de los propios estudios. Un buen amigo: Wilder, no Brecht y sus adláteres.

BOBINA 2 c)

¿Mi nombre completo? ¿No te lo sabes de memoria? Federico Padilla O'Farrell (Joe Derise cuando publico algo)... Un médico amigo de Alfau, que es buen médico, aunque desafortunadamente familiar de Fernando de los Ríos — sí, el ministro—, me puso el mote de «irlandés»... Ya ves tú, con la cara de moro o de judío que tengo, pues cada vez que me encuentro con un paisano, no hay manera de liberarme:

—Hola, «irlandés», ¿cómo van los business, «irlandés»?

—Muy bien, gracias, hasta luego... —menudo cabrón el doctor de los Ríos, muy suavito, muy equilibradito, pero menudo cabrón...

Y aquí la única irlandesa de verdad, y por desgracia, era mi madre... Pues desgracia, por lo beata y religiosa... No, lo suyo no era simple catolicismo; de por ella hubiera excomulgado diariamente al Cardenal Arzobispo de Sevilla, demasiado permisivo y transigente para la opinión de Doña Eleanor O'Farrell...

Ahora, que en el pecado llevó la penitencia: si ella se pasaba toda su vida en Villasís, con los jesuitas, sin embargo tuvo que apechar con mi padre que — hoy se le llamaría golfo— no era más que un crápula liberalón en el asueto, porque, eso sí, en el trabajo, en sus trabajos fue un número uno absoluto. No es pasión de hijo.

Ahí los curas tuvieron mucha culpa. Los jesuitas azuzaban a mi madre contra él. Ya ves, arrimar cerillas a la estopa...

A mi padre, abogado, terrateniente y rentista...

Ah, no, rica: primero, no hay nada punible en esos adjetivos per se y segundo, en el caso de que pienses de forma peyorativa respecto de esas

connotaciones económicas y de oficio, ¿quiénes somos nosotros a estas alturas para culpar de nada al *Codex Justiniano*, a menos que sea por fundar y ordenar una civilización basada en la avaricia más inicua? Yo de cínico nada, muchacha, ¡ajo al manojo!...

Conformes. Pues si mi padre, con los dineritos que tenía —y nada de ganancias: capitulaciones previas a la boda—, me llega a mandar al Trinity de Dublín o al Colegio de Nobles Irlandeses de Salamanca o a los mismos jesuitas de Villasís, ¿hubieran reunido tantos pretextos para atentar contra él? ¿Lo hubieran matado?... Sí, a ti todo esto te parecen desvaríos.

El fue un lunes a ver unas albarizas que tenía con uvas en Jerez; al anochecer le trajeron los carabineros el cadáver acribillado a mi madre... Dijeron que se lo apioló La Mano Negra... ¿Ves qué fácil?, La Mano Negra... Se lo cargaron por su buen humor —insoportable a los neos—, por puto liberal consecuente e insobornable en sus actos y opiniones... Lee, lee. Tira de hemeroteca, de periódicos antiguos de Sevilla, querida. Desde luego era único...

El había metido dinero en el Gran Kursaal, un cabaret espléndido que se abrió por La Campana. En ese año de la apertura —lo inauguraron con el baile de Año Nuevo— cuando llegó Semana Santa, la noche del Viernes Santo — todos los teatros sin función, los tablaos con el cierre hasta el suelo, ya sabes: las únicas cosas que pueden verse en Sevilla, por respeto, son los Oficios, las mantillas y los pasos—; bueno, pues los del Gran Kursaal, que eran todos de la misma cuerda, prepararon para esa noche del Viernes Santo una Pasión a lo vivo.

Según me contaron luego, el papel de santocristo se lo habían dado a una rubia bastante desvestida, de poca o ninguna sofisticación, de redondeces paganas —*u pa voracidades*, que diría mi dilecto Arniches—. Revolcones en prosenio y cruzazos de cartón piedra en las tablas; latigazos de los sayones que la magreaban a modo al recogerla en las múltiples caídas. Estos elementos, junto al ir y venir constante de botellas de Veuve Clicot entre las mesas, componían sin más asunto la irreverencia. Al final, en vez de

crucificarla, unos centuriones romanos la coronaban de rosas en un ballet inspiradísimo. Imagínate.

Al día siguiente, el primer cerrojazo. Las cosas de ellos...

Pero el tema no era ése: los curas sabían que nunca habría ganancias y que el heredero —servidor— no iba por el buen camino; que como abogado mi padre ganó pleitos que pedían venganza; que a manijeros y jornaleros, en el campo, les pagaba bien y puntualmente... La Mano Negra, ¡una mierda, hijos de puta!... En San Juan de Aznalfarache había una fábrica de barriles para la aceituna, que era de un amigo suyo, pues allí se plantaba mi padre cada vez que podía para leer a los jornaleros —analfabetos en un 99 %— los periódicos del día, incluso libros —*Las ruinas de Palmira*, me parece recordar—, mientras montaban las duelas de los bocoyes. Era un bandolero con las costumbres y un genio con los negocios: eso en Sevilla se paga.

Pues hablando de jesuitas, en 1901 se estrenó en Madrid, en el Español, la *Electra* de Galdós. Aquello fue la reoca... Así sigo hablando de Vallina —que cada vez divagas más, Federico—, ¡disciplina, camarada, etcétera!

...Hoy tengo fatales la espalda y las rodillas, y mira que me aplico el tratado de terapia shiatsu. También debería hacer todas las mañanas, antes que nada, antes que el baño, la tabla de Tai Chi, pero me cansa tanto movimiento concentrado o tanta quietud equilibrada... Además, el primer día me caí de boca como una estatua y me tuvieron que asistir... Si la verdad es que ya a lo único que debiera aspirar es al título de alcayata depresiva. En fin, «la depresión neurasténica y pensar que todo el mundo es hijo de puta son dones que el Cielo otorgó en exclusiva a los habitantes de Nueva York». Son palabras del shakiamuni...

Yo, en realidad, soy una mezcla de Ananda y Upali respecto de Vallina... Recuerdo sus palabras y hechos, y los repito como esos discípulos del buda. ¡Joder qué coñac, Doloritas!

No, no era sólo don Pedro quien andaba obsesionado con los jesuitas; ahí tienes teorías sobre las mil técnicas de la influencia eclesiástica sobre el brazo secular en la *Historia de la Civilización Ibérica*, que Oliveira Martins escribió en

Lisboa cuando fue diputado, a principios de 1890. Quizá un tanto retórico y aventurado en sus tesis... Siendo justos, el libro en su conjunto es un auténtico tostón, para qué nos vamos a engañar.

En la época de la que debería hablarte, 1901 ¿no era?, los republicanos que nos gustaban mantenían figuras respetables: Salmerón, Azcárate, Labra —Pí y Margall murió a finales de 1900, intentamos llevar el féretro desde el Barrio de Salamanca donde vivía hasta la Puerta del Sol y desde allí, a los barrios bajos y prender fuego a algún convento; pero el gentío y el zipizape de los guardias hicieron que el oleaje se llevara al ilustre muerto como una barquilla por la Carrera de San Jerónimo..., bien que insultó Vallina, con aquella voz sonora y tormentosa que tenía, a don Segismundo Moret cuando pasamos por delante de los leones—; otras figuras republicanas eran sólo decorativas —y esta decoración a medio o a largo fue dañina— como Blasco Ibáñez, Lerroux, o el mismo Junoy que llegó a ser amigote del rey... El caso es que en ambientes federales y anarquistas, con esto de los curas, se había llegado al paroxismo.

Joaquín Dicenta había atizado los ánimos con su famoso artículo «El Sitio», donde sostenía que el clericalismo había rodeado Madrid con una muralla de conventos. Incluso los lectores de prensa de barbería llegaron a inquietarse y a discutir a cuenta del tema, amenazantes perros rabiosos con sus barbas enjabonadas. Y en éstas, vino lo de la señorita Ubao, secuestrada por los jesuitas para robarle los millones de la herencia.

Me convierto en Ananda y Upali y te repito cómo me lo contaba don Pedro:

—La señorita Ubao ha sido internada en un convento por las mañas del padre Ganzúa, que, con sus malas artes, ha logrado separarla de su madre enferma y de su novio, para que la Compañía herede en lugar de la muchacha. El padre Ganzúa es muy conocido como especialista en la materia, en la que es un genio y debido a lo cual se ha ganado tan merecido apodo. La señora viuda de Ubao ha reclamado por todos los medios a su alcance la devolución de su hija secuestrada, con resultado negativo. ¡Ni siquiera el deseo de cuidar a una madre enferma influye en el ánimo de los hijos de Loyola! Desesperada, la pobre señora se ha dispuesto a todo, incluso a perder su sitio en la gloria eterna, acudiendo a un hereje, Nicolás Salmerón, nombrándole abogado suyo

con plenos poderes —el shakiamuni dijo estas palabras, ni una más ni una menos.

Entonces fue cuando don Benito Pérez Galdós, inspirándose en el caso, estrenó su drama *Electra*.

Esa misma noche se celebraba velada en el Casino Federal, y... ¿Te lo pasas bien con la historieta? Pero ¡¿qué hora es?! ...Bueno, pues yo creo que ya es tarde. Seguimos mañana, ¿te parece? ¡Sóóó, mula! ¿Qué ibas a hacer?, ¿arañarme? Era una broma niña. No pensaba dejarte con la intriga. ¡Cómo iba a dejar yo a mi niña sin las burradas del Casino Federal!

Sigo. Se celebraba velada en el Casino, me parece que por la inauguración de una escuela laica —of course— dirigida por don Pedro y fundada por los albañiles de «La Victoria del Trabajo». El salón estaba de bote en bote y, mira tú que casualidad, faltaba el delegado gubernativo, así que los oradores despachaban patadas retóricas al borde de la congestión. Como estábamos hasta los mismísimos de discursos, Vallina y yo nos fuimos al bar ¡y allí estaba Rosendo Castell! Inmediatamente se sentó a nuestro lado. Una idea aguijoneaba su feble cerebro. Nos la comunicó en secreto.

Salimos del bar y volvimos al salón repleto de albañiles. Castell sube a la tribuna y grita con todos sus ademanes y fuerza:

—¡Mientras aquí discurseamos, los jesuitas, creyéndonos impotentes, han osado invadir el teatro y patear estrepitosamente la gloriosa obra de Galdós!.

Silencio estupefacto, seguido de un ¡Mueran los curas! imponente y unánime, puños amenazadores y sillas revoloteando.

Nicolás Salmerón sucede a don Rosendo en la tribuna, indignado por lo ocurrido; pero, sordo como una tapia, no pudimos gritarle al oído —porque se hubieran enterado todos— que aquello era una farsa absoluta tramada por Castell y seguida por don Pedro, ¡faltaría más!

Fue el propio Vallina quien cerró el acto con una arenga violentísima, empujando a todos a seguirle al teatro con la sana intención de machacar a los

jesuitas que habían tenido semejante atrevimiento. Tras el fervorín, la concurrencia nos siguió en masa.

Como en el camino había una casa en construcción los combatientes proveyeron de pedruscos y chinorros las fajas y los bolsillos.

Llegamos a la plaza de Santa Ana, el silencio era absoluto; la normalidad, perfecta. Mandamos a Salmerón al interior del teatro para que nos informase de la escandalera jesuítica; como iba absolutamente sugestionado —y evidentemente sordo, como te he dicho— volvió a la plaza convencido de que la gritería era enorme y la pitada formidable... No te tengo que recordar que allí dentro no había un solo fraile.

—Siempre las matan callando —me decía al oído don Pedro.

Yo me hice el loco y quedé disimulando los grupos de lapidadores impacientes por los alrededores del teatro; pero Vallina y Castell, en el bar de una calle de al lado, se dedicaron a convertir en jesuitas repentinos a unos vendedores de periódicos que no tendrían más misión que dar gritos provocadores, desde las sombras del arbolado, a una señal convenida.

Instantes faltaban para la salida de la función. Concentramos a la gente ante las puertas. Sin que lo esperásemos, por las bocacalles aledañas empezó a entrar un enorme número de policías mandado por un inspector de levitón gris y chistera jaspeada, jacarandoso y seguro de sus órdenes de despliegue estratégico:

—¡Allí, debajo de los árboles! ¡Protegedme de la turba a esos pobres curas! ¡Fulánez, usted con cinco números me cubren las escaleras de salida! ¡Pero coño, desenvainad los sables, que están empezando a llover cantazos!

Se abren las puertas. Los falsos curas, como posesos:

—¡Abajo la libertad! ¡Muera Galdós! ¡Vivan los jesuitas y Cristo Rey! —y la réplica nuestra con los gritos a la viceversa y liándose el famoso cisco de aquí te espero.

El inspector avanzó decidido contra nosotros seguido del grueso de la guardia; pero Castell que, como cojeaba, usaba un rudísimo bastón, se lo

descargó sobre la chistera al jefe de los guindillas, dejándola para el Rastro y a él sin sentido. Los que salían de la función, querían retroceder, pero los del interior les empujaban afuera. Rodaban grupos compactos de sombreros de copa y visones por las escaleras. Resbalones por las perlas derramadas.

Aunque los policías repartían sablazos y palos a troche y moche, los albañiles dieron las más espléndidas pedradas que he visto nunca. Desde los balcones vecinos llovían sobre los agentes de la autoridad cubos y escupideras, mientras voces femeninas se dejaban escuchar, animándonos:

—¡Al de la chistera, al de la chistera! ¡Cortadle las pelotas!

O animando al enemigo:

—¡Maricones, que os quedáis sin los cojones!

Al final, aquello terminó por agotamiento de ambos bandos. Pasamos por las redacciones de los periódicos y naturalmente por las comisarías, para sacar a los detenidos arguyendo que habíamos sido objeto de injusta y despiadada agresión.

...Sí, tú dirás lo que quieras, pero a la hora de la función, Madrid entero acudía por miles a *Electra* para proteger el teatro del clericallo y el jesuitismo. También contribuimos al éxito de la obra en provincias...

Si las mañanas estaban agradables, salíamos de la Facultad de Medicina de San Carlos con unos centenares de estudiantes soliviantados por Vallina para atacar el convento donde estaba cautiva la Ubao, sin conseguir —por más ladrillazos que diéramos— romper puertas o quebrar una sola vidriera del edificio. Esto terminó de convencer a don Pedro de que, efectivamente, luchábamos contra auténticas fortalezas de esas que, según los locos de los federales y Dicenta, perimetraban Madrid.

Ah, aquel año asesinaron a MacKinley, en una exposición en Buffalo, el Presidente de los U.S.A. cuando el 98...

«Irlandés»... Menudo cabrón; primo del Fernandito de los Ríos tenía que ser..., que si no llega a ser por Oriol, su secretario en Granada...

BOBINA 3 a)

LA llegada de Caserta, el carlistón, a la capital para matrimoniar con la princesa de Asturias fue el taponazo de champán aborbonado que señalaba a los liberales la meta del desespero, y a la motinería el punto de salida de la carrera hacia la revolución.

Al ama viuda donde parábamos la visitaba un señor mayor —las patillas campoamorinas, largas y blanquísimas— que era apostólico y sufridor... ¡Mujer!, sufridor le digo porque siempre que llegaba al portal de Zorrilla, desde el local de al lado que era una taberna, un soldado con una papa bien cocida y un retintín de la leche —repatriado de Cuba—, con la voz aguardentosa le cantaba:

Disfrazada de puta gallega,

Doña Blanca se vino a Madrid...

Al pobre señor que te digo le daba la tos seca y aguantaba el chaparrón con dignidad..., vamos, con toda la dignidad que le permitía el trastabilleo en el rebate de mármol del zaguán, por los nervios...

Ahí, ahí empezaron a aparecer los fantasmones republicanos: el raposo de Lerroux nos decía con achulapado aplomo —las chispas de los ojos cantaban otras cosas—:

—Sigán, sigan ustedes con la agitación callejera. Mucha algarada, que los militares no tendrán más remedio que salir sublevados de un momento a

otro... —pero allí no salía nadie, sino la Guardia Civil y cada vez con un poquitín más de mala hostia.

Ah, sí; merece la pena que te lo cuente. Lo de la Ubao acabó como tenía que acabar: Salmerón le ganó el pleito a los jesuitas. Aquel mitin..., aquel mitin que si no hablamos como ahora, no hubiera recordado jamás. Lo dio Salmerón en un centro madrileño —pero un salón grande, de los de boda de lujo parisién—, a rebosar la muchedumbre. En plan federal de verdad y con los recursos de oratoria de sus mejores tiempos. Un espontáneo gritaba:

—¡Hay que expulsarlos del país! —refiriéndose a los jesuitas, claro.

Don Nicolás que milagrosamente le había oído, atronó el local:

—¡No hay que expulsarlos, hay que aniquilarlos con bolilla; porque el que tiene un perro rabioso en su casa, es un canalla si lo arroja a la casa del vecino!

A todo esto un escuadrón de caballos patrullando alrededor, con despiporre de cascos al menor asomo de jaleo... Es que la cuestión se estaba saliendo tan de madre que, declarado el estado de guerra, el hijoputa de Weyler ocupó mando militar en plaza con la intención, si las cosas se le ponían a huevo, de hacer una carnicería meritoria. Al final la gente, lo normal: mamando que es gerundio.

Salmerón le ganó el pleito a los jesuitas; la señorita Ubao volvió a los tiernos brazos de novio y mamá. Pero ¿qué te crees que hizo la familia mamarracha? Se largó en pleno a Roma en peregrinación, a besar el anillo de Su Santidad y pedirle de rodillas la absolución por el pecado de haberse servido de anarquistas y librepensadores para conseguir la libertad de la niña... ¡No, si ya te digo!

En medio de estos meneílos que te cuento, tuvimos confidencia a través de un propio —nosotros no podíamos acudir por mor de la juventud— de que los viejos federales se habían reunido de urgencia y, ante la insolencia clerical, habían acordado dinamitar algunos establecimientos religiosos —estaban como zurbas, muchacha—: colegios y conventos que, férreos y turbios, desde la capital se levantaban amenazadores para la Patria...

España... Que, ya ve usted, no era más que una vieja dándose revolcones a diestro y siniestro, sin hacer ascos a nadie, cínica y consciente de lo endeble y paupérrimo de su maquillaje.

Para don Pedro —desde que se los leyó a Dámaso Alonso— los elementos que definían España eran idénticos mimbres a los que sostenían las *Soledades* de Góngora. Espera, que voy por el libro...

Recitaba en Quauhnáhuac como un autómata amarillento:

—Tan viejos son como el mundo: naturaleza en mares, ríos, riberas, islas, montañas. Vida elemental de los cabreros, de montañeses, de pescadores, en bosques, aldeas, chozas. Fuerzas geniales de lo humano resueltas en amores, en cantes, en bailes, en juegos, en deportes naturales y en luchas. Vigor, utilidad y belleza de los animales y de las plantas: terneras, perdices, liebres, abejas, palomas, halcones, búhos, pájaros cantores, copia de pescados, flores, árboles, frutos, huertos y jardines. También los desengaños del peregrino, la miseria que deja a su paso, los desastres de la ambición, la envidia húmeda y brutal, inútiles ceremonias, adulación, pasajeros favores y valimientos a esos que, generalmente, se cagan sobre lo bello y lo débil. Se trata de entender el espíritu pánico de exaltación de las propias fuerzas, y entre éstas está naturalmente la violencia que, si no legal, sí justa.

¡Pero qué va!, entonces España no era más que una vieja mal afeitada y revolcándose con quien fuese.

Sí, tienes razón naturalmente, el final no es de don Dámaso, pero como así se lo oí tantas veces a Vallina...

Hoy tengo un día freudiano, un día hundidillo diría yo, y no sé por qué. He tenido pesadillas. Me gana una melancolía rara...

A Vallina le colocaron los viejos una caja de madera que venía desde Bilbao con unos cuantos kilos de dinamita —hasta el conserje del Casino amenazó con dimitir si la dejaban allí una sola noche—, y me lo encuentro escondiéndola debajo de su cama, en nuestra habitación. Como los guardias ya nos habían registrado un par de veces y al ama le estaba matando la mosca que tenía detrás de la oreja, convencí a don Pedro de llevar aquel trasto más

que mediano a la imprenta de Carbajosa, que tenía un pozo seco. El viejo impresor nos dejó que colgáramos el cajón en el pozo; y allí se quedó la carga, suspendida de una buena maroma en el vacío húmedo.

A todo esto, don Pedro primero pasó el sarampión y luego las viruelas. Y ahí me tienes cuidándole la fiebre y los delirios porque, en éstos, se le iba dónde estaba el pim pam pum..., y luchando con la mucama porque a Vallina le daba por decirle que el maletín donde guardábamos las pistolas estaba lleno de ropa sucia.

Cuando se curó —se puso un sinapismo naturalista que no le dejó ni una señal en la cara, un auténtico milagro de potingue—, dispuestos por fin a dar aplicación al material, don Pedro escogió un convento en Cuatro Caminos. Preparamos los cartuchos en paquetitos, cada uno provisto de su mecha correspondiente y de una cápsula de fulminato de mercurio. Yo le decía:

—Vallina, ¿usted está seguro de que las capsulitas estas tienen bastante fulminato de mercurio? —y él, que se olía el pitorreo, me miraba y le salían chiribitas de las gafas.

Pues fuimos colocando los paquetes en los desagües de los canalones, y en cada esquina —presidida por una gárgola maléfica— pusimos dos. Calculamos unos veinte minutos para la explosión de la carga conectada a un despertador enorme; y a la Glorieta de Bilbao que nos fuimos pitando, a ver desde allí los fuegos artificiales.

Se retrasaba la deflagración. Ansiedad explosiva. Fracaso esplendoroso.

Por la noche, ya en casa, don Pedro, convencido del fallo total de sus cálculos, se llegaba a tirar de los pelos:

—Si por el frío del pozo se había congelado, ¡¿cómo no he pasado antes la dinamita por el baño maría?! ¡¿Cómo no se me ocurrió?! Pedro, ¡idiota! —yo, en ese instante, creo que me desplomé porque recuerdo el estrépito del somier.

Pasado el tiempo, hablando de esa dinamita con Estévanez en París, decía el venerable cabrón con toda seriedad:

—Como todos tenían miedo, yo mismo, yo mismo, créame usted, pensé hacerla estallar en los Jerónimos, en la calle de la Montera; pero como soy tan conocido, todos me lo quitaron de la cabeza, no diera la mala suerte de que me descubrieran en el momento justo.

Lo que te decía antes: una vieja dándose revolcones...

Mañana seguimos, hoy estoy hundidillo, de verdad... Ah, weekend... Pues hasta el monday. ¡Pásatelo bien, criatura!

BOBINA 3 b)

TRANQUILA, eh, tranquilita... Yo el otro día no insulté a tu padre. Repíteme lo que dije de él...

¡Sí, hombre!, yo estoy como para buscar entre los carretes una cháchara tonta. ¡Que no dije nada malo de él...! Mira, lo adjetivé de cultísimo que ni carne ni pescado... ¿Eso es un insulto?

Tú qué sabes de gente —de la ideología que sea, me importa un pito— que mantiene sus ideas y con coraje las dice, se jueguen su vida o su prestigio... Nada de ajedreces intelectuales: los huevos encima de la mesa si hacen falta.

Verás, te voy a leer una cosa de Menéndez Pelayo... ¿Qué te pasa? ¿Que te da dentera? Tú no sabes quién era don Marcelino: una máquina de hacer cultura viva con su prosa magnífica... Pues claro que era un neo a machamartillo, pero ¿a que no has leído su *Historia de las Ideas Estéticas en España*? En originalidad y belleza, superior a Spengler.

Una vez le pidió Clarín —el hecho de que Valera y Clarín fueran íntimos suyos desconcierta mucho a los daltónicos— recomendación para un muchacho, Miguel de Unamuno, que aspiraba a una cátedra de griego y el tribunal lo presidía don Marcelino. Después del examen oral, Menéndez Pelayo le dice a don Miguelito:

—Ea, joven, ya es usted catedrático. ¡Ahora, a aprender griego!

No se callaba ni debajo de agua. Sobre eso, sobre expresar sus ideas así cayeran chuzos de punta, es lo que te quería leer: el brindis que hizo el año 81 en el banquete de clausura del Centenario de Calderón.

En esas jornadas que se habían celebrado, los ponentes —en su mayoría extranjeros—, aun comparando con ventaja el verso de Calderón con el de Shakespeare, sin embargo hicieron lo imposible por olvidar —obviar— su temática religiosa y española tan abundante. Don Marcelino que se habría puesto de Borgoña hasta las cejas —bien pobladas por cierto—, se impacienta a los postres del banquete y, tras del último regüeldo —imagino—, espeta a la ilustrísima y librepensadora concurrencia el siguiente brindis:

—Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes, me obligan a tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América, y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica, que es el substratum, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en porta-estandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fue escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales.

Brindo por el municipio español, hijo glorioso del municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en *El Alcalde de Zalamea*, y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos como propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos

nosotros, los que pensamos y sentimos como él, los únicos que con razón, y justicia, y derecho, podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; el poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; el poeta teólogo, el poeta inquisitorial, a quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y a quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más o menos liberales, que en nombre de la unidad centralista, a la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la casa de Borbón y luego por los Gobiernos de este siglo.

Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semi-pagana, informada por principios que aborrezco y que poco habían de agradar a tan cristiano poeta como Calderón, si levantase la cabeza.

Y ya que me he levantado, y que no es ocasión de traer a esta reunión fraternal nuestros rencores y divisiones de fuera, brindo por los catedráticos lusitanos que han venido a honrar con su presencia esta fiesta, y a quienes miro y debemos mirar todos como hermanos, por lo mismo que hablan una lengua española, y que pertenecen a la raza española; y no digo ibérica, porque estos vocablos de iberismo y de unidad ibérica tienen no sé qué mal sabor progresista. (Murmullos) Sí, española, lo repito, que españoles llamé siempre a los portugueses Camoens, y aún en nuestros días Almeida-Garret, en las notas de su poema Camoens, afirmó que españoles somos y de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península Ibérica.

Y brindo, en suma, por todos los catedráticos aquí presentes, representantes de las diversas naciones latinas que, como arroyos, han venido a mezclarse en el grande Océano de nuestra gente romana.

...Bien, bien, si yo eso no te lo discuto; además, era avaro hasta donde el decoro le permitía: todos los veraneos, cuando no en Santander, de válvula en la costa vasca; borracho y putañero —normal, así tenía ocasión de confesarse—; pero un humanista, un sabio, jugosísimo escritor...

No, no, él era tradicionalista —el poso inevitablemente romántico de Schelling—, las ideologías de hoy no cabe aplicárselas: entonces no existían y

la vida, querida amiga, no respondía, no podía responder, a nuestro way of Life...

Del escritor que me fascina, no sé por qué, es como si su biografía particular no me interesase en absoluto, en ese aspecto me conformo con conocer la época en que vivió y cómo respondió a ese tiempo con sus escritos... Por otra parte, ¿qué puede juzgarse de un hombre así que, lo mismo que te hacía brindis como ése, se carteaba con Hipólito Taine o Vossler? Una auténtica amistad. Los sabios, los eruditos de la época se sabían un grupo —no había nacionalidades— de amigos. Un grupo de amigos entre quienes hablar equivalía a entenderse, y enriquecerse con la crítica era lo normal. Publicaban, y eran conscientes de quién les leería. Publicaban, y eran como cartas extensas. Eso ya hoy no existe.

Como Cipriano Mera, el albañil, otro tipo. Tenía las manos y la cara como hechos a escoplo. También un hombre de verdad..., un cenetista de verdad y hombre de verdad...

Mira, Manolita la Culona, perdón, el señor Azaña, era un pobrea y un cobarde... Sí, sí... Poco después de lo de Casas Viejas, a eso de la medianoche, un hombre le gritaba «¡ASESINO!», con todas sus letras, desde la acera de enfrente a sus balcones encendidos todavía. A la segunda madrugada, dos disparos frenaron en seco los gritos en la calle, un tercero, ¡pam!, el de gracia... Desde esa noche no pudo volver a dormir. Pregúntaselo al Cipri, a su cuñado Rivas-Cherif, que te diga si la cosa fue así o no.

En *Los Cuadernos de La Pobleta* —esos que hace poco han sacado en Méjico—, en Valencia y loco de terror (que me mandan al carajo, que lo mismo me matan, que yo he tenido la culpa de esta guerra), todavía escribía páginas y páginas sobre los ataques sin fin de que era objeto —según él— por parte del artero Alcalá-Zamora. Pobre don Niceto...

Era una paranoica fea y culona... Y ¿qué me dices del famoso discurso —y esto no lo hacía mal— del «España ha dejado de ser católica»? ¿Qué necesidad había de decir tantas necedades tan bien dichas? «¡Fuera cruces de los cementerios!». Pues díselo tu a una vieja andaluza, que antes la tienes que despellejar... Necedades tan bien dichas.

Pues Mera, como te estaba diciendo, Cipriano Mera, el cinco de marzo del 39 consiguió meter en Madrid la 70 Brigada sin despertar las sospechas de la 17 División —comunista— que les esperaba en Alcalá de Henares para desbaratarlos: el poder pasar incluyó tener que cargarse a unos cuantos mandos comunistas, incluido el Jefe de la 17. Una vez la 70 Brigada en Madrid, se formó el Consejo Nacional de Defensa —única alternativa y a la desesperada—, y se hizo público por los medios...

A todos habrás oído decir de la ponderación y honradez del discurso de don Julián Besteiro, su proposición sincera de construir una España sin odios ni rencores... Pero también Mera habló aquella noche desde Radio Madrid, también, como hombre honrado, él era parte —mal que le pesara— de aquel Consejo; y nadie sabe si tenía más pena por la derrota en que los estalinistas le habían metido o por la victorias de Franco. Escucha lo que le dijo a Madrid en la noche de todas las radios de galena:

—¡Trabajadores antifascistas! Español y con dignidad, un hijo del pueblo, carne de su carne y sangre de su sangre, militar que desde junio de 1936 siente y cumple el deber ineludible de empuñar las armas para la defensa de la independencia y de la libertad de su Patria, se dirige a vosotros con el corazón y la conciencia en los labios, para explicaros con toda sencillez la trascendencia de la actitud que responsablemente adopta en este momento histórico.

La derrota sufrida por las armas antifascistas en Cataluña me ha resultado, además de dolorosa, inexplicable, mientras no he tenido el convencimiento de que fue precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español.

La traición aludida, que nos hizo perder pedazos de nuestra Patria, que ha estado a punto de dar al traste con el movimiento obrero español y que ha puesto en peligro la dignidad del antifascismo, que es siempre interés moral de mayor valía, ha culminado en la actitud alevosa y criminal de Juan Negrín, gobernante indigno de los combatientes y los trabajadores, cuya política personalista le ha hecho incompatible con los miembros de su Gobierno: no tenía más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir, mientras el pueblo quedaba maniatado frente al enemigo.

Durante las últimas veinticuatro horas, ha sucedido todo lo que podía suceder...

Y se nos ha creado una situación delicada, ante la cual este militar que os habla, con la emoción que le produce su vida austera y dura de trabajador manual, piensa que sólo se puede servir disciplinadamente y sin perder la vista un instante, y que es indispensable enfrentarse con quien roba y vende la patria o la traiciona. Las tres cosas ha hecho como gobernante perjuro y desaprensivo el doctor Negrín. Y Cipriano Mera, albañil, militar y hoy uno de los jefes del Ejército del Centro, siempre leal, al Pueblo se debe y quiere defender. Por eso se une a esos hombres de buena voluntad y de historia inmaculada, representantes del pueblo antifascista, que constituyen el Consejo Nacional de Defensa, y por eso también, con toda su gente sobre las armas y el pensamiento en la dignidad del antifascismo y de la Patria, os grita desde Madrid, desde este noble corazón del mundo: A partir de este momento —os dice—, España tiene un Gobierno y una misión: la paz.

Pero una paz honrosa, y ésta únicamente es la que se basa en la justicia y la hermandad.

Estas palabras no son sólo para vosotros, sino para toda España: sin humillaciones ni debilidades pero con la conciencia de nuestros actos, queremos la paz para España; pero si, por desgracia para todos, nuestra voz se perdiera en el vacío de la incompreensión, también os digo serenamente que somos soldados, y como tales estaremos dispuestos.

Trabajadores y combatientes antifascistas, dispuestos a morir por el honor de nuestra causa, de cara a todos los traidores y a todos los enemigos: ¡Viva la España invicta, independiente y libre! ¡Todos en pie de guerra por la vida del pueblo que nos dio la misión de defenderle y por su honor! ¡Viva su Consejo Nacional de Defensa!

Hubo adhesiones: don Inda, Abad de Santillán..., Juan Ramón desde el extranjero...

Después de haber hecho lo imposible para evitar la locura, Mera se quitó el uniforme, y con el rayadillo y la pana fue dando abrazos por los cerros

anarquistas, por las barricadas, taludes de sacos, trincheras... Había querido parar la acción y no había conseguido nada. Sólo le quedó largarse.

Menudo bocadillo: la caca ateneísta del pavo real de don Manuel Azaña entre la autenticidad de un sabio borracho y el dolor responsable del ácrata Mera. ¿No te parece?

Por eso, también para mí, hay gente rica, muy rica, y pobre, de pobreza lenta y pegajosa y barata.

Te digo que, en realidad, nunca he insultado a tu papito querido... A tu padre lo que le cuadra es aquello del Apocalipsis: «ojalá fueses frío o caliente porque si no, estoy por vomitarte de mi boca». ...Tu padre ¿buenos discursos?, ¿buenos discursos en el Congreso? Mira, muchacha, tu padre —como se dice en Sevilla— era más tonto que mi José, que le cantaba saetas a los pasos de peatones.

Cómo que quién era mi José... Desde luego la obnubilación también se hereda... ¡Anda, Doloritas, tráete un cóctel de Fósforo Ferrero! ¡Urgente!

Y dejémoslo estar hasta mañana, vida mía...

BOBINA 3 c)

...DOS días te has tirado con el cabreo, florecilla silvestre. Te consta que te he esperado dos días con sus mañanas y sus tardes.

De acuerdo: lo siento, no tenía derecho ninguno... Estoy mal acostumbrado a decir las cosas como se me vienen, y no mido ni gente ni circunstancia. Desde ahora, te lo juro, cumpliré; beberé hasta las heces en los versos de Píndaro y hablaré sólo de Vallina:

*Del vencedor de Olimpia,
del hijo de Arcestrato,
leedme aquí en qué parte de mi alma
el nombre tengo escrito;
que siéndole deudor de dulce himno,
tardado he por olvido de pagarle.*

¡Claro que debí hablar siempre de Vallina! No lo hago, no sé por qué. Me amargo el paladar con la memoria...

También llevaba unos días nada buenos...; no, el cuerpo no, la cabeza: entre el aturdimiento y una pesadez ácida. Las líneas del sentimiento y el recuerdo bajaban el otro día diez enteros en la tabla.

...Sí, eso también lo decía Keats: «la poesía es el poder absoluto». Fíjate si iba bien encaminado que gracias a cuatro o cinco versos griegos he conseguido algo parecidillo al perdón... ¿O no?

Jamás me autocompadezco, jamás vacilo de viejo. Pero me he sentido — desde que empezamos con las preguntas y respuestas, con estas historias— como si fuera un tren que rueda en cascada por la noche. ¿Tiene paradas? Nadie se pregunta si tiene paradas. Sólo un tren que rueda siempre por la noche, salpicados los vagones de extraños que duermen, extraños como fantasmas bajo la tenue luz propia.

No te preocupes; no me dejes ir por los cerros de Úbeda...

Tú tráemelo, tú sabes hacer que su voz se infiltre en mi cabeza desde ese sitio ilocalizable donde está lo que hicimos o lo que dijimos. Sabes traer con tu sonrisa, con las aletas dilatadas de tu nariz, una voz sin cuerpo pero clara y sonora, otras veces apenas audible, como música en una calle ventosa.

¿Te das cuenta? ¿Te fijas en lo lírico que estoy...?

Te hablaré de Weyler,

pero de noche, ah, en la vivienda del viejo General Terror, era invierno.

Invierno y guerra los dos juntos.

Tropas envueltas en una nube gris marchando,

diciembre y fusiles, marmitas y nieve,

clavados como una estampa gótica en su pared de sueño.

Al volver de un viaje corto a Sevilla, a donde había ido para arreglar papeles con mi madre o para lo que fuera, que no recuerdo a qué, me encuentro con los desmanes que había montado Weyler. Don Pedro junto con otros estaba citado a declarar en el Palacio de Justicia, y habían acordado negarse a prestar juramento sobre sagrado. Todos menos Vallina juraron como un pepe; cagaditos que estaban. Cuando el juez dice a don Pedro lo propio, éste contesta airado:

—¡No juro! —con el pavo subido, rojo, los cachetes inflados como el Guillermito de Richmal Crompton.

El juez se extraña de la salida del más instruido.

—¡Precisamente por eso no juro, porque sé lo que hay que saber, y además no soy un cobarde!

El de la toga hojea con desgana el código:

—No sabe usted bien la que le va a caer...

—¡Ni aunque me ahorquen! —contra todo pronóstico le dejó ir sin declarar. Pero con la toga habíamos topado, amiga Sancha... Desde ese momento temí cualquier trastada leguleya.

A los pocos días, en un almuerzo de gordos con birrete comentaron el asunto; y uno, probablemente el más bestia y zoquete de la reunión, se apostó con el resto que él hacía jurar a don Pedro. Nueva citación. Seco y rápido:

—Que se siente el llamado a declarar. Jura usted por Dios decir...

—No —Vallina, de pergamino, impertérrito.

La toga soflamada aúlla:

—¡Pues mil pesetazas de multa! ¡Jura usted por Dios decir la verdad?! —y sin esperar— ¡Pues otras mil...! —la congestión, aplicada al caso, era un tratado de eufemística pura.

Don Pedro, sonriente, calmoso, sabiendo que jode:

—No se canse usted, señor juez, que ni juro ni le suelto un chavo.

La toga fuera de sí:

—¡Se insolenta!, ¡a la cárcel! ¡Se me ha insolentado! ¡Guardias, a la cárcel con el Castelar este!

Inmutable como un perdiguero; el amarillo de los ojos acechando la presa:

—El insolente es usted, señor. Usted es quien me está molestando de forma insoportable y, lógicamente, indebida. —puesto en pie como por resorte y sin solución de continuidad, a velocidad de pasmo, lanza la silla y la destroza en

los mullidos costillares del magistrado. La almohada de negro y miriñaques se retuerce; la papada temblona gañe como un cachorro.

Los dos guardias que encuadran a Vallina, patidifusos, lo trincan —guirigay de berridos de la judicatura y pataleo ácrata—. Empujón a un calabozo pestoso y hasta las trancas de rateros. Cuando lo vi por la tarde en la cuerda de presos camino de la Modelo, ya era amigo de todos ellos.

Sabiendo el trayecto que iban a hacer, había yo alertado al grupo de los nuestros, y en el momento justo, apostados y astutos como panteras, iniciamos la apropiada lluvia de cantazos. La escandalaria mayúscula, y el resultado un sí es no es penoso: todos los adoquines y ladrillos acertaban siempre al mismo agente de la autoridad —porque era gordo, muy gordo—, sin que los amagos represivos del resto hubieran logrado desviarle un solo proyectil. Ese guardia llegó a la cárcel prácticamente catatónico.

Canalejas —por aquello de tener que jurar por Dios— habló en el Congreso contra la confesionalidad manifiesta de la fórmula declaratoria y contra el deber de su prestación. Azcárate y Labra hicieron lo propio en el Senado, arguyendo además el tratamiento desconsiderado a un detenido de la talla de don Pedro, ¡que se le hubiera arrastrado por las calles junto a la más baja estofa!

¡Benditos masones! ¡Qué bien se entendían entre ellos!

Acudí a Salvoechea y charlamos unos minutos, acordando lo que en la redacción de *El Heraldito*, Don Fermín habría de decir a Canalejas, sabiendo —como sabíamos— que al Gabinete liberal y al propio don José, con los jaleos que estaban sucediéndose, le quedaban como mucho un par de Consejos de Ministros mal contados.

Canalejas perdió el culo buscando a Romanones en Gobernación, dándole los pelos y señales de una huelga general para el amanecer: la que nos acabábamos de inventar. El caso es que entraron al trapo. Se concertaron para abortarla a toda costa.

Romanones —la nariz más larga que nunca y la voz un silbo de navaja— llamó al Gobernador quien a su vez reunió a todos los jefes de policía, para

ofrecerles la cesantía fulminante en el caso de que persistieran considerando el mantenimiento del orden público como un asunto poco serio. Esto condujo a la detención inmediata de los presidentes de todas las Sociedades —ésas que paraban en el Casino de Horno de la Mata— y a que los pobres se vieran, de madrugada y en camisón, ante el Sr. Gobernador Civil:

—Estoy enterado por mis servicios de inteligencia de que para el amanecer vais a declarar la huelga general en Madrid, a cuenta del estudiante que se negó a jurar sobre sagrado...

—Pero, Su Ilustrísima..., si nosotros...

—Continúo, si no es mucha molestia. Pues bien, por mi honor prometo que al señor estudiante de marras lo suelto ahora mismo, si ustedes me aseguran todos que, de la huelga, nanay...

Los presidentes, con un trágala como el que por lo visto les habían levantado sin comerlo ni beberlo, siguieron la corriente y prometieron muy formales no promover conflicto alguno siempre que por su parte la primera autoridad civil soltara, «¡pero que ya!», a Pedrito El Gafas.

Como El Gafas se negó también a firmar el pliego rogando al señor juez le concediera la libertad provisional, el propio Romanones puso a su señoría a pique de caerse de la cama:

—¡Por joderme a estas horas de la madrugada la solución de la huelga general!, ¡que faltan apenas dos para que Febo nos socarre el bisoñé! —al par que le insinuaba como destino inmediato las Chafarinas. A don Pedro lo echaron a patadas y empujones de la mazmorra, para que aligerara.

Los presidentes, Vallina y yo volvíamos a casa, parloteando animosos del pringao del Gobernador. Amarrijos de buñuelos y un Chinchón nada desdeñable. Ya daban las primeras del alba de un día precioso.

Después de todos estos líos, con el ánimo y la influencia de D. Fermín y Vallina, me fui a Francia, de redactor de *El Heraldo de París*, el periódico que sacaba Luis Bonafoux —yo le creí siempre portorriqueño, pero luego él mismo me dijo que era español—; estuve allí por poco tiempo: el de escribir y publicar

mi novela *Los Crímenes del Comercio*, un abismo de dolor sin fondo, je, je... Utilicé entonces el pseudónimo de Francisco Macein. A ti te hubiera gustado el libro, seguro... Pero he ido recuperando y destruyendo los ejemplares que he podido... Si te encuentras alguno en un librero de viejo, recuerda: Los Crímenes del Comercio, un abismo de dolor sin fondo. Léelo y sufrirás.

En París visité a Mme. Henriette Fortuny... ¿Te gusta ese cuadrito, verdad? Es una maravilla, y conste que no es por vacilar... Es pequeño, como casi todo lo hermoso, y un poco peculiar dentro del conjunto de los grabados de él... Pues verás, me fui a ver a la nuera de Fortuny...

No; es que yo había visto hacía nada, en la *Calcographie du Louvre*, la plancha de cobre niquelada del «Retrato de Velázquez». Me enajenó por completo, y decidí hacerle el *rendez-vous* a la señora.

No se lo compré. Si a eso iba: me lo regaló ella a cambio de un cuento de Macein, o sea, mío, y también para que no me fuera a quedar a vivir en su casa viendo cuadros.

Yo sabía que esta mujer había hecho donación a la Calcografía Nacional de Madrid de las veintitantas planchas que conservaba... ¡Hombre, vieja sí!, cuando yo la conocí ya era vieja, pero no afeitada con descaro, sino elegantemente anciana... Pues que yo me imaginaba lo cierto: que aunque hubiera donado las planchas, ¿cuántos grabados no habrían en aquellas salas?, yo qué sé...

Le llevaba mi cuento —¡que osadía!— por toda presentación, sabiéndola interesada por lo que pasaba en España y nada latiniparla pero sí culta, para ver si me permitía que mirase a mi gusto lo que guardaba del suegro. No hubo problemas, sino que cuando ya habían pasado casi cuatro horas desde que me detuve en la primera prueba de artista, apareció Mme. Henriette con este pequeño milagro entre las manos, enmarcado a la granadina en una taracea de hueso y madera de naranjo:

—Caballero, usted sabrá bien de perdonarme la descortesía, pero es la cuestión que aguardo a unos queridos amigos, siendo ya la hora en que ellos arribarán *chez-moi*. Es por esto que quiero regalarle, como compensación que

espero que usted acepte, este grabadito que según me tienen dicho a mí se titula *La Méditation*.

Así fue todo de simple. Aunque ya en la calle, con el cuadrito en el bolsillo del gabán, yo sonriera como un babas a todas las ancianas con las que fui topando y diera patadas a la nieve amontonada en los alcorques de los árboles, más contento que un perro chico.

Sí que es verdad, te dije antes que era un grabado peculiar, y si te acercas lo compruebas tú misma; mira, ¿ves aquí estas mordeduras, estas sombras? Son unos toques de punta seca en el hombro mismo del casacón... ¿Los ves?

Él casi nunca, al contrario de Tissot o Whistler que también eran de su tiempo, usó la punta seca; sólo a veces y, como en el cuadrito, en las sombras más duras. Era listo y tenía un oficio que para qué te cuento: utilizaba las rebabas que iba dejando el cono durísimo, para el *lavis*, para la extraña veladura. Esto es de sombrerazo y reverencia... Hay más efectos buscados, fíjate: este gris no es más que una trama finísima ¿a que sí? Pues eso es que calentaba la plancha y daba el barniz de bola extendiéndolo derretido con muñequilla... Era cuidadoso, y tanto; pero intuitivo y rápido: aquí tienes el gris: el ácido mordiendo las señales de la trama hilada de la muñequilla... ¡Hats off to Fortuny!

¿El Arte? Sí, me gusta, claro; te diría que me apasiona, si no resultara como una frase sacada de *Los Crímenes del Comercio*: ¡No preguntes por el Arte! ¡Dolura, loquiritio es!

Había por entonces, una especie de morbo nostálgico que resucitó el interés por el impresionismo. Yo charlé para el periódico —en realidad para mí mismo— con los cuatro que quedaban vivos: Camille Pissarro, Monet, Renoir y Degas.

...¡Caray!, ten en cuenta *El Mar* de Debussy, ¿quieres algo más impresionista o «neoimpre»? Algunos de los que habían pintado se hicieron célebres o populares por las retrospectivas que les organizaron: Munch, Van Gogh o el mismísimo conde de Toulouse y vizconde de Lautrec. Pero estaban en

candelerero, sobre todo, Bonnard o Sérusier. ¿No ves que eran «nabis» de Gauguin?

...Símbolo puro.

También me divertí, pero ya en plan de guaseo absoluto, con la que se lió en el estreno de *Ubu, Roi* —fuimos a cubrirlo Gómez Carrillo, Alfredo Valenzuela y yo—, era de este tío..., no me acuerdo de quién... Pero, a ver si tú pudieras encontrar la obrita en... Ah, ¿que tú la has visto aquí, en Nueva York? Si no me lo dices con esa boquita de tocinito de cielo que tienes, nunca hubiera creído que en pleno hígado yankee habían representado el Ubú...

BOBINA 4 a)

¡ANDA...! Ayer hablando de teatro y hoy me sales con que estás ensayando. ¿No será algo para el thanksgiving's day, verdad? Eres capaz...

¿Tú de qué haces? ¿De Sarah Miller, de india o de pavo? Déjame que adivine. Tienes los ojos azules, pero eres morena, «casi bruna» que diría el otro... No, de Sarah no, porque no vas a ser tan cínica ni tienes afortunadamente la piel lechosa ni pecosita; de la india, imposible: no hay indios con ojos azules —si las reservas indias las hubiera organizado don Pablo de Olavide, otro gallo cantaría—, ¡ya sé, de big turkey!, ¡del pavo más gordo de América!... ¡Cómo que te estoy llamando gorda!, hija no me entiendes, yo lo que gasto son bromas. Tú estás bien, pero que muy requetebién, ¿verdad, Doloritas?

Además, me he enrollado más que un esterón sin saber siquiera qué obra es la que pensáis hacer... ¿De algún ilustre español en el exilio, acaso? ¿Cómo?, eso ya es peor: de Strindberg. ¿No teníais a mano una cosita más triste?

...Bien, bien, conforme... Pero te voy a decir —a lo mejor la conoces— la definición de loco que dio Freud como definitiva: «Cualquiera que se suba a un escenario y, además, sea hembra»...

¡Doloritas, ven para acá otra vez, que esto se está poniendo distraído...!

Mujer, Dolores, ya que ibas a venir, te podías haber traído un coñaquito, ¿no? Vamos, si es que para usía no sirve de sacrificio... ¡Ay qué guapa eres, Doloritas, que te comía! Pues mira, ya que haces esa observación grosera: ni me encuentro viejo —aunque lo sea, ¿quién te lo discute?—, ni soy verde, a pesar de que el verde sea el color más pera que existe. No te me musties por esas cosas. Ven, tontinina, si tú eres mis manos y mis pies y mi polla, ¡mi ratita

de pitiminí! ...Perdóneme, me perdone usarced, hija, que me s'ascao... Cuántas disculpas estoy pidiendo hoy y en qué poquito tiempo.

Pero, muchacha, vamos a ver, aquí nosotros tres no somos unos extraños ¿no?; ya casi formamos una familia: yo soy el abueleto y vosotras las nietecitas, o un triciclo: yo la rueda de delante y vosotras las dos de atrás... ¿Ok? ¡Oh, el coñá, de puta madre! Veniros para la mesa camilla, que hace fresquete.

Voy a poner el pik-up... Ah, pues el otro día diría gramófono porque yo la mitad de las veces hablo como si todavía estuviéramos en el 36... Milagro fue que no le llamara gramola.

Ya no volví a ver a don Pedro hasta que lo recogí en la estación, en París, después de lo del famoso «complot de la coronación». A través de Salvoechea que lo visitaba y lo tenía bien de intendencia, me llegaban sus cartas desde la celular.

La he buscado para leértela... Luego ya te contaré lo que pasó de verdad. ¡Hombre, merece la pena la carta esta!, y tanto: ahí ves no sólo cómo se expresaba él, sino la inocencia que tanto te he comentado:

«Madrid» —a tantos de tantos de 1902.

»Queridísimo hermano y compañero Federico:

»Vd. no sabe lo que me alegro, ahora más que nunca, de que Vd. se marchara a ésa. Aunque le sé informado de la que ha corrido y corre por Madrid, de todas maneras le cuento:

»E1 17 de mayo p.p. de infausta memoria, tuvo lugar la coronación de Alfonso XIII, preparándose fiestas en Madrid. Se anunciaba la presentación de diplomáticos de varios países, además de la llegada de muchos turistas curiosos extranjeros y del país. Para los antimonárquicos se nos presentaba un problema muy serio, Vd. ya sabe, o nos cruzábamos de brazos y permanecíamos indiferentes, o intervenir y movilizar al pueblo republicano a

una protesta. Pero, lo de siempre, podía contarse con el pueblo pero, no con los jefes republicanos ni socialistas. Verá Vd. por qué:

»Un día, unos significados republicanos me invitaron a participar con ellos en la manifestación antimonárquica que se preparaba, rogándome de paso que interesara en ello a Salvoechea y a los compañeros, a fin de unificar las fuerzas revolucionarias. Así estaban las cosas, cuando supe, con la sorpresa que Vd. supondrá, que esos dirigentes republicanos habían desertado de Madrid, se iban de gira por Andalucía, alejándose del follón so pretexto de una excursión de propaganda y sin habernos dicho ni pío, lo que equivalía a anular los planes anticoronación.

»El 16 por la noche, salimos del Casino Federal, Suárez, Salvoechea, yo y otros cuantos compañeros, y recorrimos la Puerta del Sol y la Carrera de S. Jerónimo hasta el Congreso para darle al ojo y, créame, poquísima gente deambulaba por debajo de los arcos de follaje, salpicados de farolillos de colores, todo con el aspecto ridículo de una verbena de barrio modesto...»

...No, ni exagerado ni despreciativo: es como si el Quijote en vez de ver gigantes donde había molinos moviendo aspas, hubiera visto molinillos de café. Así era él y, si lo dice, es que así veía el tinglado... Sigo:

«Llegados allí, se despidió el duelo, y yo tiré para Zorrilla y, con el cansancio y el desánimo, me dormí como un marmolillo. De pronto (pensé que soñaba), veo que el ama levantaba un candil sobre mi cabeza y, a la luz mortecina, un puñado de rostros patibularios con el comisario Visedo (¿se acuerda Vd.?) sobresaliendo. Cuando éste me dijo: “Levántese Vd. ipso facto, y andando a la treña”, comprendí que no era un sueño sino consecuencia fastidiosa de la coronación. Antes de lo que canta un gallo, ya estaba en la delegación de policía del distrito, encerrado en una mazmorra.

»Aunque desperté bien entrada la mañana, no se oía una mosca (se nota que el elemento policíaco también quería divertirse en la calle con las celebraciones); por la tarde apareció un policía y le aflojé unas monedas para

que me trajera algo de comer El día que pasé en aquella ratonera, imagínese, no pudo ser más incómodo ni aburrido y mil veces maldije al rey que se coronaba y a toda la casta de los Borbones, prometiéndome combatir a ultranza el régimen, y Vd. sabe que si hago una promesa la cumplo.

"Por la noche me llevaron al palacio de justicia " y allí unos magistrados me tomaron declaración sobre el hallazgo de unos cartuchos de dinamita en una casa de la Carrera de San Jerónimo, yo les contesté que si me estaban contando algún chascarrillo policial, y ellos debían pensar lo mismo por el aburrimiento y aire escéptico que les distinguía. Acabada la pantomima, a La Modelo, a un calabozo subterráneo con forma de ataúd, por debajo de la puerta se veía un pasillo y las ratas en tropel.

"Al amanecer entraba un carcelero que, sin dirigirnos la palabra, nos dejaba un cuartillo de la babaza repugnante que ponían de alimento para todo el día; de noche, gracias a la sucia luz de la farola alta del pasillo, nos distraíamos con las carreras de ratas: las veíamos acostados bocabajo en el suelo y mirando por debajo de la puerta. Algunos de los detenidos se aficionaron al deporte de la caza de ratas, como Antonio Apolo, nuestro remendón de calle Zorrilla y que ahora tengo aquí como vecino de penas. Apolo se armaba de dos zapatonos que llevaba y que no se los saltaba un gitano, ponía previamente una bola de la bazofia a la que antes me referí cerca de la raja de la puerta, y desde un rincón de la celda los arrojaba sobre las ratas que, al olor del cebo, cometían el error de deslizarse dentro. Créame Vd. que cuando hacía blanco gritaba entusiasmado, ¡como si hubiese hecho un acto heroico! Cuando fallaba y chocaba el zapatón contra la puerta, me despertaba yo sobresaltado esperando ver delante mía la cara asquerosa de Visado. Créame también si le digo que por las mañanas venían de las galerías los presos que comían carne de esos bichos, se llevaban las cazadas, las guisaban (cualquiera sabe cómo) y las comían como manjar exquisito. ¡A lo que obliga el hambre! Jamás consentí probarlas. Esa caza se hizo general entre los detenidos, excepto yo, que no he nacido para matar ratas, sino tiranos.

»Ahora ya me subieron a galería de prisión, por eso puedo ver a D. Fermín; le parecerán a Vd. casi ridículas muchas de las cosas que le cuento, pero, aunque yo quiera dárme las de imposible y fortalecido espiritualmente (y esto que no

salga de entre Vd. y yo), apenas puedo reprimir las lágrimas que se me vienen mientras le escribo ésta. Lágrimas, no de cobardía, sino de la impotencia en que me encuentro y la incompreensión que me rodea dentro y fuera de esta miseria.

» Reciba Vd. el abrazo de su hermano que lo es

»Pedro Vallina.

»Post Data: En el caso de que le escriban mis padres o mi hermana, no les cuentas por nada del mundo las que estoy pasando. Y otra cosa. Si ve Vd. a Salmerón ahí, en París, pregúntele algo, indague sobre este asunto porque se me quedan cabos sueltos: a los que podíamos haber sido culpables nos dicen que nos van a soltar ya, sin embargo al pobre de Suárez —absolutamente inocente— le han echado seis años ¡A cumplir en Ocaña! No lo entiendo. Contésteme a vuelta de correo, pero siempre a través de D. Fermín.»

...Pues sí, se me vidrian los ojos y lloro porque me emociono. A ver si el llorar va a ser ahora privilegio de sufragistas y ciudadanas de nuevo cuño... A mí no me da vergüenza ninguna: todas las personas pueden y deben llorar, desahogarse. ¿O no?

Anda, alcánzame ese culito de *Fundador*, mañana te llegas al Delikatessen y te traes una botella de *Gran Duque de Alba* y bombones, que el otro día pasé por el escaparate y la vi... ¡Yo qué sé!, serán 200 o 300 pavos ¡qué más da!

Además, que vosotras no sabéis por qué se me han saltado las lágrimas... No, por eso no..., podría haber sido, pero no... ¡Es que me tutea, sin darse cuenta, pero lo hace! En la postdata, cuando dice: «no les cuentas por nada del mundo...» Me tenía que tutear por fuerza. Me tuteó en el ruego: Gautama Siddharta Shakiamuni «rogó algo» a este Ananda y Upali. Él, que era el buda, el renacido, rogando a su sombra débil e infiel, a su papagayo oscuro. Así luego, llegué a intuir que era verdad eso de que la Ignorancia todo lo acoge porque en ella está todo, porque todo —incluso a este Ananda y Upali— puede

absorberlo hacia el centro de su luz redonda, de infinitos intersticios por los que entrar también..., si has alcanzado tanta Ignorancia que llegas a rogar a la más ínfima de tus sombras.

No hace un día malo..., algo ventoso, pero este levante no puede traer lluvia... Ah, disculpa, estaba distraído, te he contestado como si estuviera en Cádiz. De todas formas no creo que llueva. Os invito a almorzar. ¿Conformes? Doloritas, mira a ver si tienen un auto dispuesto: el Duesenberg del 36, el descapotable... No, no, hoy tengo ganas de conducir yo. Me gusta llevarlo hasta donde vamos a ir... ¡Qué va! ¡Si estáis guapísimas!

Vamos al *Bobby Van's* de Bridgehampton, allí tengo mesa siempre... Os aviso que empezaré con «mis dobles», no se os ocurra meteros conmigo... Bueno, pues si me decís que os tengo que aconsejar a la fuerza..., yo diría que langostinos con salsa tártara, pero si no tienen salsa no hay nada como un bocadillo caliente de queso y salsa de tomate y un plato de judías con chiles. Es lo que me pido siempre.

...Antes, si no tenéis inconveniente, nos acercamos a *La Petite Marmite* en la esquina de la Cuarenta y nueve con Primera, frente al *Nations Plaza*... He quedado allí con una persona, y así la recogemos y tomamos antes una copa. Quiero que la conozcáis.

BOBINA 4 b)

¿QUÉ dices? ¡Ay mi cabeza!, perdona... Sí que es verdad, quedé en eso contigo. ¡Sí, sí, sí!; contarte lo que de cierto hubo en el «complot de la coronación», Vallina encarcelado, el crimen de Suárez..., etcétera, etcétera, etcétera.

Pero, mira, estoy diciéndote «sí, sí, sí» y cada monosílabo se me clava en los parietales... Qué dolor de cabeza; tengo una resaca de ayer absolutamente salvaje, ¿no ves que llevo las manoletinias puestas? Las manoletinias, estas gafas que son como las de Manolete —que gloria haya, ahora hará tres años—, las que él puso de moda; ¿ves los cristales?, como la granza del café, de un marrón casi opaco, ahumadas; se doblan por todas partes y te caben en su petaquita...

Es que ayer terminé el jolgorio a las cuatro de la mañana, se me olvidó tomarme los dos huevos crudos y la resaca lógicamente es cruel... ¡Joder, claro que nos fue bien!... ¿Divertirme? No es ésa la expresión exacta para la tarde y la noche maravillosas de ayer, después de que os dejé en vuestro cubil respectivo... Pero bueno, no te lo voy a contar, so curiosa, insana jovenzuela... No puedo hablar alto, criatura, voy por el quinto alka seltzer...

Perdóname, mañana seguimos; en serio, prefiero contestarte o contarte algo bien antes que... ¡Además, que así como estoy no puedo! Al borde del síncope... Bye. No te ofendas.

Vaya, pues mira..., por qué no te pones con Doloritas y, con la estilográfica y esa letra picuditairlandesa que tienes, vais rotulando algo de orden en los carretes que llevamos grabados... Yo qué sé, numéralos, clasifícalos por letras. ¡Déjame! Bye, pretty.

BOBINA 4 c)

¡ASÍ me gusta! Que sepamos exactamente y desde el principio de qué va a ir la charla... ¿Cómo que yo ya sabía lo que me ibas a preguntar? ¿Yo a ti te prometí que te iba a contar la verdad sobre todo eso? Pues si tú lo dices... Yo ya tengo el cerebello de próstata...

De modo y manera que —y voy directo al meollo— echaron a la calle a don Pedro, Antonio Apolo y a Pepín Palacios ¿no?, gente peligrosa para el régimen ¿eh?... Y sin embargo a Paco Suárez, que hacía ya un siglo que no se metía en lío ninguno, le inventan o le sacan unos supuestos antecedentes, que a nosotros no nos constaban y a Salvoechea tampoco, y le echan seis años en Ocaña.

Pero eso no es lo gordo; es que telegrafío preguntando sobre el asunto al bendito don Manuel Aznar, y éste, a vuelta de correo, me dice que si por el hilo se hubiera terminado sacando la madeja, que los anarquistas hubieran estado liando la guita seis años con Suárez en Ocaña. Total, el caso es que a Suárez lo sacaron de Madrid con el frío del crepúsculo mañanero, amarrado con otro preso —del que no llegamos ni a averiguar el nombre—, camino del penal de Ocaña, y casi llegando a Pinto los mataron a los dos a culatazos los civiles que los custodiaban. A lo más que llegó la Guardia Civil fue a espurrear que los dos habían muerto de insolación. Nadie se lo tragó: insolación amaneciendo, contradictio in terminis.

La barbarie, viejita mía: que quienes fuesen pensaron demasiado tarde que el cabeza de turco —que lo escogieron porque era el que menos sonaba— les iba a dar más problemas vivo en el penal que difunto por congestión solar.

...¡Sí, mucho coñazo en prensa, que si a éste lo han matado, que si no, que a la Parrala le gusta el vino! Pero el tema siempre se acochina en tablas y termina por doblar de aburrimiento.

Fíjate si el método de los culatazos en descampado será efectivo que Vallina no se enteró del asunto, en detalle, hasta que estuvo en París.

¡Hombre!, D. Manuel naturalmente que pudo enterarse, porque en el mundillo de las redacciones en cuanto hurgas un poco en lo que sea, te brota la gusanera en seguida, y él sólo tuvo que preguntar a quien debía.

Ah sí, ahora le toca el turno a lo del famoso «complot de la coronación».

Un tal Laureano Díaz —del que en lo personal únicamente sabíamos que era montañés— pasaba por jefe de un grupo especial de policía cuya misión era, en exclusiva, la chivatería puntual respecto al movimiento de los anarquistas de Madrid. Este Laureano Díaz traficaba con una partida de dinamita descompuesta, en un tabuco donde sólo servían vino de granel y jamón de mono; local siempre copado por provocadores a sus órdenes —un montón y mal pagados— y una jartá de trabajadores que se olvidaban del pestazo de la vida con el metílico que les ponían por delante.

Bueno, pues los agentes del cuerpo especial iban a comisión por vender la dinamita putrefacta a obrerillos exaltados, y de esa forma el jaque que expendía, el don Laure ese, y sus apandadores tenían su buen sobresueldecito, aparte de controlar a los más desesperados.

...¿Sonofabitch? Eso es poco.

Dos federales entusiastas —dos viejales— picaron en la potera, y en cuanto juntaron un dinerito allá que fueron a la taberna a por sus costos de dinamita. Luego guardaron los cartuchos en un local de la Carrera de San Jerónimo porque uno de los viejos era el conserje de la casa.

El montañés del chivateo y la estafa de los explosivos vio el cielo abierto con la coronación de Alfonso XIII:

—De éstas, el ascenso —urdida la trama, a darse pisto y méritos: la comitiva tenía que pasar por cojones por la Carrera para dar en el Congreso de los Diputados.

El 16 por la noche, don Laureano Díaz «el logrero» —como le decían los ninchis del tabuco— practica un registro impecable en la casa de Carrera de San Jerónimo y halla la dinamita; detiene al viejo de la conserjería y a su compadre —que por cierto desde que lo trincaron no hizo más que balbucear de susto, y al tomarle declaración no chapurreaba ni su nombre—. Por fin, el día 17 los periódicos de Madrid —Barreto, mamón— escandalizando al público: *¡Hallazgo de una carga explosiva que iba a ser arrojada al paso de la comitiva real por unos desalmados enemigos de la Sociedad, de la Religión, de la Familia...!*

¿Don Laure «el logrero»? a medrar con el matarife Martínez Anido que ya descollaba... La vida, vieja, que a veces te dan ganas de componerle un tango.

...Perdona si te molesto con alguna expresión, pero no tienes razón en ninguna de las dos cosas que me acabas de decir porque a) yo no recuerdo con odio y b) no hay nada de literatura en mi forma de hablar, al contrario...

Don Ramón María, creo que no; si tú lo dices... Ojalá se me hubiera pegado algo de él. En el año 35 —cuando ya estaba muy malito— me mandó llamar a través de un amigo común: quería que le leyera en inglés los forillos de *Lucas de Bohemia* y de *Martes de Carnaval*, quería que le contara cosas mías, de Anselmo Miguel Nieto, de Vallina, reírse conmigo... Yo le quise tanto como le admiré. ¿Cómo fuera de cierto su vida?, yo que sé... Ni me importó nunca. Acuérdate de lo que te dije de la biografía de la gente que siempre da la cara, aunque tenga en el tapete el poker abierto de la ruina.

En el caso de Valle, su literatura: la belleza y resucitar las palabras muertas por los burros, quitarles el herrín. En su vida hizo y dijo lo que le dio la gana..., qué te voy a contar que ya no sepas. En Fornos, en el 24, recuerdo haberle oído su famoso credo:

—Actuar siempre fuera de las leyes y tener el gusto de ser perseguido por la Guardia Civil —y eso inmediatamente después de haber dado una conferencia en el Ateneo sobre el deber cristiano de España en América.

No... Nunca recuerdo con odio. Puedo emberrechinarme, eso desde luego; pero no odiar. ¿Para qué? La amargura, el patetismo..., no. ¿Para qué?

Sí. He escrito algún relato; cosas cortitas para el *Vanity Fair*, firmadas por Joe Derise, naturalmente. No hace mucho, en 1946, cuando el décimo aniversario del golpe, publiqué un cuento: Encanto... A ver si lo busco y te lo dejo para que lo leas. Miss Alice Lee Langman me hizo un par de notas, una en la *Partisan Review* y otra en *The N. Y Times Book Review*. Le gustó.

No, no. Tampoco lo escribí desde el odio.

Mi Gestalt..., ¿cómo que Gestalt es una palabra nazi? Es sólo una expresión admirablemente sintética que prefiero a tener que decir «la estructura en la cual se organizan los elementos de mi experiencia» ¿no te parece? Las palabras, que yo sepa, no tienen nación ni aduanas, y la síntesis es cortesía elemental para con tu interlocutor... Dile a tu padre que se lo comente a Ortega cuando lo vea, a ver qué opina el insigne. Hay una falta de respeto absoluta por la síntesis; pues si Gestalt economiza léxico, mejor.

La mía, la actual, se reduce a una especie de karma eficiente: he perdido la fe en los ideales de la militancia positiva..., pues mira, que rara vez pueden alcanzarse sin matar, golpear o encarcelar a miles de seres humanos — personas o no, ése ya es otro tema—, pero hay que hacerlo así. Y digo yo que ya es hora de poner en marcha —es absolutamente necesario— las virtudes no activas: no odiar, no ser resentido, ni vengativo, ni irritable.

Hoy hay que reconstruir una civilización; pero vas, preguntas y la mayoría de la gente te responde que el amor es *conditio sine qua non*..., y el hecho es que sólo podemos amar lo que conocemos cara a cara y que, para colmo, no podemos conocer gran cosa.

Yo, por ejemplo, de ti amo lo que sea; tú, a lo mejor, ni me conoces todavía. Cuando se trata, como ahora, de reconstruir toda una civilización, lo que necesitamos es algo mucho menos dramático y emotivo, a saber: la tolerancia.

¡Claro!, ya sé que es pesada y aburrida, y que siempre ha tenido mala prensa porque además no es sectaria; pero considera que sólo pretende que nos acomodemos a las personas o hacernos capaces de aceptar las cosas. La veo como la sola fuerza —tan débil— capaz de aunar intereses, razas y clases en esta hora de la reconstrucción.

Piensa: un mundo lleno —cada vez más— de gente cuya mayoría no conocemos; algunas personas no nos agradan por lo que sea, por la forma de su nariz, por el modo de sonársela, su aversión al jazz o al contrario, etcétera, sus ropas, su olor, etcétera; y frente a esto tenemos la solución nazi: si no te gusta la gente, sepárala, enciérrala, máatala, y luego ve vacilando de que eres el más chulo del mundo... Yo pienso que hay otro camino menos apasionante, pero es el que prefiero. ¿Que no te gusta la gente?, sopórtala de la mejor forma posible; no intentes amarla porque no puedes y no vas a conseguir más que violentarte a ti misma; trata de ser tolerante con ella, porque con esa tolerancia —al carajo las culturas cristianas medievales o la *fraternité* de la Revolución francesa— podrá edificarse un futuro civilizado.

¡Mujer!, claro que el amor es la mayor fuerza que pueda pensarse..., pero en la intimidad. La Civilización, lo público, es otra cosa ¿no te parece? ...Ah, también. Pues ahora que me dices eso, tampoco lo he pensado; ¿qué sabe nadie, verdad...?

Voy a dejar el *Fundador* y los daiquiris dobles... Agüita Perrier o el sucedáneo neoyorquino que haya: sólo agua. Es que no me merecen la pena las resacas ni las madrugadas broncas.

Pues verás: hace unos meses conocí a un chaval que escribe muy bien, Truman Capote —lo recordarás porque hace dos años publicó una novela espléndida, *Other voices, other rooms*—, ése, sí, muy joven y muy bueno y sabiendo perfectamente como se suben los escalones; bueno, pues me lo presentaron, hicimos migas y, total, después de vernos unas cuantas veces me compró un musical que yo tenía escrito y que a él le encantó, *The House of Flowers*, que no sé si llegará a Broadway o no... No, no, con su firma... Yo se lo vendí.

Bueno, pues Capote, que estuvo en Marruecos viendo a Jane Bowles, me trajo arbejones de una marihuana marroquí estupenda; como se me crió bien en el invernadero, la puse bocabajo a secar... Y no veas cómo está. Vaya, te pone mil veces mejor que el coñac, no te envicia y hasta te mejora el carácter. Así que me he pasado al liadillo este. El papel debe ser de calidad porque si no, te da la tos.

Sí, mujer, es buena gente este Capote, de buen humor. La madre se divorció y el padrastro es spanish ... De Nueva Orleans dice él que es o que allí se ha criado... Y bueno el liaíllo, ¿quieres dos calás?

Sí, lo que pasa es que luego no paras de hablar —como me está pasando a mí—, pero lo comparas con el licor y te relaja el doble, como con propiedades terapéuticas ¿quieres un par de calás?... Para mí que con tanto cuento africano, esto se parece un montón al cáñamo de California.

¡Quita, quita el aparato! Si yo no me acuerdo esto no se apaga nunca y venga a grabar inconveniencias... Dale al botón ese hasta el cero así, así..., ¡fine girl!, ¿quieres una cal...

BOBINA 5 a)

TE he encontrado la *Vanity Fair* con el cuento que te dije...

Qué va; está basado en algo que me contó un amigo que también tuvo que venirse para acá, Deogracias Cano «el Titi». Lo conocí cuando don Pedro y yo nos hubimos de largar a Londres, pero esa es una historia que ya te contaré.

...Pues que «el Titi» se enamoró en Madrid de una suripanta de lujo, modelo de fotógrafos, querida de un millonario que era un segundo de a bordo en Izquierda Republicana. Por mala suerte, la muchacha acompañó al tipo este a Sevilla en los días peores; los falangistas de Queipo la encerraron —como a tantos— en el cinema Jáuregui y de allí al fusiladero de Los Remedios, digo yo, porque «el Titi» tampoco la volvió a ver ni a saber de ella.

¿Me dejas que te lo lea yo?, luego te llevas la revista si quieres; como hace ya cuatro años que salió la historieta casi ni me acuerdo de cómo era. ¿Vale? Qué linda eres... Intentaré traducirlo al español lo mejor posible...

«UNA FOTOGRAFÍA DE MANASSÉ, 1936

»Yo nací un trece de octubre, ¿y usted? Si muero y tienen que verme la cara, acuérdense, me repasa el pelo y maquílleme un poco. Póngame cualquier vestido que no esté lleno de mierda. Que sea blanco y negro, por favor, si le es posible. No me gusta el esmalte que llevo, mejor un rosita pálido. Siempre me gustó ver a todos felices. Siempre me he divertido horrores. Les quiero a todos ustedes, pero más que a nadie a mi Encanto.

»Cada noche me lava los platos, nos divertimos como si jugáramos a las casitas. Se pone un delantal y me hace sentar en la cocina, a contemplarle.

»Además, es tan generoso. Siempre me da lo que quiero. Íbamos a los bazares y decía: mira a tu alrededor, cielo, puedes quedarte con todo lo que hay aquí. Pero no me refiero sólo a la vil monea o al vil metal o cómo se diga: yo iba a la deriva hasta que conocí a Encanto. Él me dio amor, amor del de verdad...

«Cuántas veces me decía que quería verme el pecho suelto, sin tirantas. ¡Le advierto que para lo que me sirve a mí el sostén! Para la ropa interior y eso, Encanto es un auténtico sinvergüenza.

«Por las noches, sin falta, mi pantaloncito *culotte* ancho y sin nada debajo. Se muere pasando la mano por la seda de la entrepierna. De saltos de cama, nada; me rompió dos el muy bestia con las rodillas. Y eran de auténtico encaje.

«Y es lo que yo digo: menos mal que por fin nos pusimos de moda las entraditas en carnes; a él le hubiera gustado de todas formas... Pero que, por fin, se acabaron aquellos trajes rectos, los pechos tablas, la silueta-esquina, la figura-poste. ¡Qué hartura, padre cura!, en vez de mujeres parecíamos del gremio de la construcción. Bueno, es decir, o sea, yo no. Yo siempre tuve mis redondeces y mis buenas tetas. El tiempo ha venido a darme la razón: ahí está Mary Glory, otra llenita, ¡y actriz de moda en Francia!

«Como que ya estaba hasta el...mismísimo de tanto plan de té y tantas gimnasias castigadoras.

«A ver, más cosas que le gusten: los hombros anchos, sí, las hombreras, solapas grandes y esas cucadas; porque aunque soy, como dice mi Encanto, un animalito de follar, sin embargo...

«¡Pero nada! Esto de las modas es cansadísimo y bestialmente caro (lo de caro a mí ¡plim!, que conste), lo digo por el peinado y el maquillaje más que por otra cosa. Por ejemplo, yo tengo mi pelo negro azabache, pues nada, de señorita platino que me veo, con el tocado-viento o de gris perla, precioso, eso sí. Pero no sé qué hacer con estas cejas mías, espesas y divinas. Tengo ganas de no depilármelas más, y que le den por el culo a la raya del lápiz. También me veo guapa cuando voy a lo *garçonne*, o con boina como la Marlene.

»Para mí que el fallo de Encanto fue el meterse en política. Mire, padre, ¿para qué?; un tío que tiene los billetes por castigo... En fin, yo qué se. Si además hubiera tenido la carita y el tipo de Johnny Weismuller o los ojazos de un Gary Cooper ya hubiera sido el órdago a la grande... No, él no es lo que se dice un hombre guapo. Pero a mí me encanta mi Encanto.

»A él le disloco yo, eso se nota. Hace un año me dijo que si yo era la Miss X... Sí, la del concurso de Hollywood, el colmo de la sensualidad. Me mataba de la risa.

»A mí siempre me ha gustado enseñar las pantorrillas; bueno, no enseñarlas, sino que se me vean. Este invierno pasado me paseaba por ahí con las botas katiuskas en cuanto caían cuatro gotas. De impermeable cortito y mis katiuskas. ¡Que cachondeos me liaban los andovas por la calle! Que si mollar, que si bombera de mis carnes, que si buscaba el trineo... En fin, lo propio.

»Mi Encanto se encandiló con la política, y encima va su partido y gana las elecciones. ¡Diputado! ¡Diputado! ¿Y qué? Hay que joderse... Y vengan duros para la propaganda. ¡Y anda que no es feo ni ná el Presidente o como le digan del Frente Popular ese!... No comprenderé nunca cómo Encanto anda siempre que si D. Manuel para acá, que si D. Manuel para allá... Y es horroroso, de verdad —en casa estuvo—, con gafas de culo de vaso, gordo como un cochino, calvorota y con tres verrugones, ¡ay que verrugones!

»Si le digo la verdad, su partido no fue el que ganó, sino una reunión de todos... Mire usted: ¡Encanto, podrido de dinero y liado con las izquierdas! Lo que le digo, que se volvió mochales. Se encandiló. La pistolita de nácar —que era preciosa— se la dejó en la mesilla de noche de casa. El otro día, cuando llegamos a Sevilla, le vi un pistolón enorme...

«Antes de conocer a Encanto yo era muy famosa. Yo he salido en *Crónica* más de cuatro veces... Pues que posaba para un fotógrafo alemán o vienés o catalán —eso nunca lo supe bien—, pero que el tío me sacaba de linda... Vaya, usted me habrá visto, soy la que aparece con el nombre de Arimán Banú. Algo de ambiente oriental o así. Otro par de veces salí con otros nombres, extranjeros desde luego, que el mío no pegaba por lo visto. Además, a mí tampoco me interesaba mucho que dieran mi apellido: mi hermano, que es de

la UGT, me hubiera dado un saco de hostias como para no comulgar más en la vida.

»El fotógrafo se llamaba Manassé, para mí que tampoco era auténtico el apellido suyo. Las fotos me las hizo en Barcelona, cuando estuve por allí, y él vivía en España —¿sería judío y correría de los alemanes?, en Alemania les están dando fuerte y flojo—; el caso es que el tío ponía luego en las fotografías, debajo de su firma, WIEN, ¡como si Barcelona fuese la capital de Austria!, ¿verdad usted?

«Encanto se enamoró de mí por las fotos de la revista, pero luego no dejó que me hicieran ni una más. A mí, de verdad, quien me hubiera gustado que me retratase es Romero de Torres: ése sí que sabía resaltar una mujer. ¡Qué bárbaro, la hermosura de color y de caras misteriosas! Conmigo podía haber hecho milagros D. Julio Romero... Es que yo entonces, hace tres o cuatro años, de gordita nada. Era una sílfide, y tan joven... Una niña con piernas de mujeraza, largas, largas...

«Pues la gracia es que hace poco le dieron el título de *Bañista más bella y de mejor maillot* a Emilita Pareja. Ésa es otra... Emilita ha sido una tanguista de toda la vida, en el peor sentido de la palabra. Y una envidiosa; bien que le vino que Manassé la sacara en cueros vivos. Pero como todo lo tira, ahí la tiene usted: de bañista más bella de la playa del Jarama. Menudo título. Emilita Pareja era más cochina... Una vez me dice en la sesión de hoy, el Manassé me ha puesto unas luces que eran igualitas que lenguas en los pezones.

«¡A que no sabe usted que yo fui *Miss Ramblas* cuando apenas tenía los quince! Usted qué va a saber, si es cura... Pero entonces no tenía una perra gorda. Y yo nunca he tirado nada, como hace la Emilita.

»¡Lo fetén es que estoy majareta! Completamente loca, pensar y venga a pensar. No sé cómo no me muero de verdad con los disgustos. ¿Cómo ha podido pasarme esto?

»O sea, que vengo a Sevilla con Encanto dos días después del golpe de los fascistas en Marruecos. Veníamos porque Encanto tenía que hablar con un gordo, otro político, un tal don Menegildo Casas creo, aquí en Sevilla. Bueno,

pues nada más llegar, un militar que se llama Queipo da también el golpe de la leche aquí... Y esa misma noche aparecen cuatro tíos de la Guardia de Asalto, ya de madrugada, en nuestra habitación del *Andalucía Palace* —yo había estado antes en ese hotel, pero se llamaba el Alfonso XIII—, y se nos llevan de malas maneras a los dos.

«Encanto, venga a enseñar su acta de Diputado, los papeles, yo qué sé qué más. A un edificio que llaman Capitanía y que está hasta la colcha de militares nos llevaron. Encanto entró por la puerta, y hasta hoy. No sé si sigue allí o se lo han llevado a otra parte o si se lo han cargado. ¡Dios mío, qué estupidez!

»Y yo, aquí estoy que hasta huelo mal, metida en un cine con cientos de gentes, con todos ustedes. Y yo ¿qué hago aquí?, ¡¿qué hago aquí?!

»Por eso digo —porque de esto se puede esperar todo—, que si muero y tienen que verme la cara —¡un fotógrafo de sucesos o quien sea!—, me ondule usted un poquito el pelo y me maquille un poco. Si es que alguien tiene con qué. Como a mí me quitaron hasta el bolso, no tengo ni laca de uñas... Ah, y lo que le iba a preguntar, ¿qué hace usted en esta mierda de sitio, padre?»

Me alegro de que te haya gustado..., llévate la revista si quieres... Bueno va, no me digas cosas que ya me elogió Miss Langman en sus recensiones.

Lo importante es que esto tampoco lo escribí desde el odio. ¿Me entiendes? Ah, pues desde la tolerancia por la chica esa o por el cura o desde mi amistad por «el Titi»..., desde la impotencia... Déjalo ya.

¡Doloritas, llévate esto por favor! y tráete el Dúo de La Africana. ...No, ¡qué zarzuela ni zarzuela!, los dos cigarritos de la risa que tengo en la mesa del buró y que nos los vamos a fumar tu y yo ahorita mismo.

Mañana hablamos nada más que de Vallina te lo juro.

Ah, que me he acordado ahora: cuando conocí a Capote, él estaba viviendo en un apartamento de la WACCO... Ya se había cepillado al cincuenta por ciento de residentes de la «Young Men's Christian Association», que fue su anterior bujío en N.Y.; qué hijoputa es, pero qué gracia tiene...

Que sí, que mañana vuelven Ananda y Upali, te lo juro... Un besito de un anciano, schuick, schuick. See you... Aaaadiós, adiós...

BOBINA 5 b)

COMO Salvoechea estaba enterado de que los militares iban a venir a por nosotros cuando menos lo esperásemos, a cuento de las burradas que don Pedro había dicho —con toda razón— en el mitin en que sacamos a patadas al representante gubernativo —sí, aquél que era tan gordo..., bueno, da igual—; pues don Fermín nos dijo que aligerásemos, que a Tánger o a París.

Salté a la calle, mientras don Pedro hacia las cuentas con el ama, para preparar el viaje a París, que por los estudios de Vallina era lo mejor. Aparte de las que yo ya tenía, fui con Eduardo Barriobero a ver a Alejandro Sawa quien me surtió de direcciones parisinas la mar de interesantes. También Federico Urales y la Gustavo me dieron l'adresse de un par de catalanes, precisamente desertores.

Al llegar a la frontera francesa yo iba un poco indispuesto, ¡que nadie dude del arrojo de un Padilla O'Farrell!, pero es que don Pedro no llevaba papel ninguno y me había dicho que si surgían contratiempos, le pegaba dos tiros al aduanero y que me preparara a saltar como una liebre por territorio francés. Por eso, cuando nos vimos en París —no, el poli estaba de buen humor y charló tan tranquilo con nosotros sin pedirnos nada de documentación—, bueno, pues en cuanto entramos en París fuimos directamente a la casa de los catalanes desertores, y allí sólo estaba la mujer de uno de ellos y que hablaba un francés endiablado; Vallina le pidió que hablará en alemán —porque resultó ser alemana—, pero dijo que se le había olvidado. En fin, un desastre de señora.

Al poco llegó Ciutat, el compañero catalán de aquel indudable error de la naturaleza, que nos llevó a un hotel de la Rué Toullier, cerquita del Panteón, donde arrendamos un buen saloncito-dormitorio para estudiantes... Me

acuerdo que era en un segundo piso y que teníamos una espléndida chimenea..., preciosa.

Por la mañana don Pedro ya había salido —según me dijo luego— en busca de la plaza de la Bastilla, como no podía ser menos, y su columna gigantesca con la Libertad en lo alto; l'Hotel de Ville y el Panteón, en fin esas cosas. Yo, algo repuesto por la tarde, derivé al Barrio Latino, boulevard Saint-Michel, en concreto. Pero no me acuerdo de cómo ni por dónde volví al hotel.

Visitamos a Grave, Faure y Carlos Malato que con lo viejísimos que eran, estaban sin usar, oye, como conservados en alcohol. Por la noche del segundo día ya nos habíamos reunido con Eliseo Reclús, Luisa Michel y Francisco Ferrer que cenaron con nosotros en Toullier... Allí nos leyó Malato su bonita, aunque algo extensa pieza teatral, *El Fin del Cielo* —que el ídem nunca se lo perdone—, y a todo esto don Pedro embebido y excitado, aplaudiéndole. Ferrer Guardia y yo nos mirábamos, tosíamos y echábamos un ojo a la leontina de hito en hito.

Malato ya andaba bastante gagá, pero más duró..., hasta el año 38 me parece.

Mira, Luisa Michel vivía con Ernesto Girault. Tendrían treinta y tantos años pero Luisa estaba como enmohecida —había pasado una tisis o no sé qué—; bien, pues salieron a una de sus giras de propaganda —mítines, conferencias— y a Luisa le llovió tanto encima durante el periplo que cogió una neumonía. Malato, que la quería mucho, pero no se enteraba de nada y la creyó muerta, hizo un sentidísimo elogio fúnebre de ella en un periódico de la capital que yo creo que la ayudó a sanar del todo, y la mar de rozagante que la vi luego; bueno, rozagante quizá fuese exagerar..., porque Luisa parecía darse tanino en la cara y las manos, ¡apergaminadas las tenía!

Sí, ahora te cuento lo del atentado en la calle Rohan. Espérate, quiqui..., que por aquel entonces conocí a Diaghilev ¿te suena? Pues eso. Parece ser que después de la carnicería zarista de 1905 —los popes eran los chivatos, los mismos que ahora cobran de la KGB— muchos artistas se largaron echando pestes del Padrecito de todas las Rusias y de su puta madre.

Bueno, pues don Serge me presentó a «sus músicos», asómbtrate: Manuel de Falla y unos cuantos más, también unos cantamañanas, como Stravinsky, Debussy, Prokofiev, Poulenc o Milhaud; a «sus decoradores de montajes»: Picasso, Derain, Braque, Ernst, De Chirico, en fin, otro grupito de mindundis...

Si te digo la verdad, con Picasso hice migas por mi cuenta —tanto me había hablado de él Ramón Casas—, en la butte Montmartre, en el taller que tenía por entonces, el «Bateau Lavoir», por la rué Ravignani..., y allí en medio del frío, el arte y la mierda, a Max Jacob, a Gertrude y Léo Stein —que eran americanos—, a Van Dongen... Siento cosquilleo por el pecho y la barriga cuando me acuerdo de aquellos diñtas y aquellas madrugaditas en los que no se paraba de pintar, de charlar, de beber, de fumar y de follar... No, comer, más bien poquito: yo, de higos a brevas, me hacía el aparecido con un saco de baguettes bien rellenas de fiambre o un par de docenas de brioches y, siempre, con absenta.

Aquí no permiten vender absenta..., America is dying slowly, lo único que van dejando es the art of noise... Camiones escandalosos a rebosar de basura.

En lo de la rué Rohan no estaba metido Vallina sólo, ¡qué va!, con él estaban el inevitable Charles Malato, el anarquista y valiosísimo erudito inglés Harvey, Causanel, e incluso llegó a circular la especie de que el autor material —cómo no— había sido Mateo Morral.

El rey venía de Londres y se detuvo a cotillear con el Presidente Loubet, en plan visita pomposa. Al doblar la carroza de Rívoli a Rohan estalló un bombazo de dinamita —justo delante del Teatro de la Comedia—, matando a unos cuantos transeúntes y destripando otros tantos caballos. Era por junio. No veas cómo estaba París...

Poco tiempo antes de lo que te cuento, había estado en la capital el rey de Italia y todos los anarquistas italianos fueron detenidos; pero oye, que nos trincaron también a Vallina y a un servidor. Le digo con mi mejor sonrisa al jefe de policía:

—Monsieur l'inspecteur que ha habido un curioso error, que no somos italianos.

Y contesta el muy mamón:

—Sí, ya lo sé. Pero también sé que sois infinitamente peores que todos los maccheronis estos —nos la tragamos doblada, aunque el pollo no anduviese descaminado.

Mientras su majestad se estuvo divirtiendo por París, los días que estuvimos en prefectura nos mantuvieron a dieta única de macarrones, un eterno macarroneo; y no como celebración, sino a modo de refinada manera de dar por culo. Macarrones hervidos en agua del río, puaff...

¿Qué quieres que te diga? Debe haber gustos para todo. Pues bueno, la madrugada que nos dejaron marchar, al acercarnos con uno de estos italianos al Barrio Latino —que por cierto tenía un cabreo de padre y muy señor mío; ¡el italiano, hija!, un barrio, por muy latino que sea, no se cabrea así como así—, oí cómo Gautama el buda decía estas palabras al porca miseria:

—Hay, desde ya, que estar prevenidos para que cuando venga cualquier otro monarca a molestarnos, en vez de burlarse de nosotros, que sea él el burlado. Y me parece que le va a tocar la china a un monigote que vive en la calle Alfonso número 13 —esto dijo el shakiamuni, y yo lo papagayeo como lo escuché.

Ah, y en un viajeito que hicimos a Londres, que se vio con Malatesta:

—Iniciar en España un movimiento revolucionario, con enormes consecuencias, no es cosa difícil y habrá de empezarse por la supresión terrorista de Alfonso XIII.

Total que don Pedro parecía estar empeñado, diría yo.

...Pues sí, tienes razón, falló el cronometraje de la explosión por las prisas y el despiste de Vallina —no me duelen carnes reconocerlo— y quizá sea la única vez que le he cogido en un renuncio, porque luego —con los papeles totalmente perdidos— le andaba a todo el que le quería escuchar con aquello de

—¡Yo ya había dicho que ésa no era la oportunidad! ¡Las cosas así no se improvisan! ¡Si se me hubiese escuchado...! —etcétera, etcétera. Cuando él

fue el primero en perder el culo colocando la carga como fuera y agobiando a todos los demás.

...¡A mí qué me iba a escuchar, si estaba alobado!

El caso fue el fallar en lo personal de forma tan estrepitosa; sí, en lo personal. Niña, debes tener en cuenta que los tipos que murieron, al fin y al cabo, no eran más que Funcionarios Derramadores de Pétalos delante de Carruajes, y los caballos tronizados iban de atalajes y plumeros. Y ése sin duda fue su karma; luego a reencarnarse o al círculo que les tocara a cada cual... O sea, sin mayores consecuencias éticas. Eso no significó nada como quien dice.

Ahora, amiga mía, el fallo como una casa por lo de siempre: prisas e imprevisiones; y luego el renuncio... ¡Ese renuncio es que clamaba al cielo! Aunque recordé afortunadamente que es de indeseables aplicar a nadie ese refrán miserable de Haz cien y no hagas una, y no has hecho ninguna. Pero, así y todo...

Por otra parte, bien mirado, el renuncio de Vallina ¿qué es sino una minucia comparado a la mitad perdida de la vida de Siddharta? Humana como la del buda, la figura de Vallina afortunadamente no requiere de vicarios ni sucesores.

Un alto capitoste de Magadha le preguntó a Ananda:

—¿El buda ha designado a su sucesor?

—No, excelencia, de ninguna manera.

—Los Mayores ¿reconocen en este momento la autoridad de alguien?

—No, excelencia, de nadie

—Entonces, Ananda, ¿en quién se apoyarán y cómo mantendrán la concordia de la comunidad?

—Excelencia, no seremos abandonados nunca porque la palabra, que no surge de ningún sitio sino de nosotros mismos, es evidente que nos guía.

...¡Bueno, bueno! Ya me dejo de historietas, descuida.

Tuvimos que pasar a Barcelona porque llamaron urgentemente a don Pedro:

—¡La revolución antimonárquica está aquí! ¡Ya ruedan las cabezas borbonas!

Despisté a un gendarme que nos habían puesto, bastante mal disfrazado de amigo y camarada, diciéndole que Vallina era imprescindible en Madrid por mor de una conspiración en la que estaban comprometidos varios jefes militares. Que yo acompañaría a don Pedro sólo hasta la frontera para asegurarme de su entrada en España. Nos hicimos pasaportes panameños, y embigotados y morenos pasamos perfectamente Port Bou.

L'espion se creyó tan en serio mi cuento —por otra parte bien representado, no en vano los Padillas llevamos de siempre el teatro en la sangre— que mientras llegábamos a Barcelona se buscó a Vallina por todas partes de Madrid, incluso se pusieron medidas especiales para proteger a Su Majestad:

—¡Que vienen por D. Alfonso! ¡Su cabeza, por Dios, cuidado de su cabeza y su belfo!

Buscamos una fonda en la calle Conde de Asalto, que resultó medio meublé medio casa de putas; ya estábamos casi dormidos, cuando llegó la policía para llevarse al individuo de la habitación contigua a la nuestra. Yo los tenía, más que de corbata, de moño. Menos mal que no se le ocurrió asomar la gaita a ningún guinda: don Pedro ya estaba al acecho, detrás de la puerta, con una Browning a la altura de la barriga; encorvado como una alimaña debajo del perchero. Con la lamparilla apagada, a contraluz de la siniestra claridad de madrugada que entraba por el balcón, Vallina tenía un perfil de anarquista que daba susto.

Nos mudamos de pensión —ésta ni te la describo—, y allí me contó Vallina para qué estaba, de verdad, en Barcelona. Necesitaba dos meses para dejar el material de un laboratorio de química: explosivos, las instrucciones para su manejo, las lecciones prácticas y, como actividad complementaria, diríamos,

arrendar una casa grande para esconder los fusiles que los militares le habían vendido de matute, al módico precio de 12 duros el fusil.

Te lo juro; así, como quien lava y no enjuaga.

Ante semejante perspectiva, viéndome demudada la color, don Pedro me aconsejó la inmediata vuelta a París. Me miré en el trozo mayor del espejo roto de encima del lavabo: mis ojeras estaban de un verde vejiga que hubiera envidiado el Tiziano... No sé, hija, tal vez por el tono verde vejiga que habían adquirido de pronto mis ojeras, ¡no te jode!; la mandíbula desencajada a lo popeye:

—Estás enfermo, vas a conseguir que me cojan. Así que te vas, quieras o no.

Y allí dejé a don Pedro. Con auténtica rabia y... la barriga revuelta —todo hay que decirlo—; cuando fui a dar de cuerpo no me encontraba mis partes por parte alguna.

Mi rentrée a la Ville Lumière —recuerdo que el sindicato de electricidad tenía un jefe, *le roi Pataud*, que la dejaba totalmente a oscuras por un quíteme allá unos céntimos— no pudo ser más fastuosa. Contaba con dos meses si a don Pedro no le ocurría nada malo; pero con los anarquistas españoles exilados no me lo pasaba ni medio bien: cincuentones y pesadísimos. Sin embargo, los rusos, ah los anarquistas rusos, bebedores de «¡maricón el que no eche la espuela!», hombres de acción inagotable, como diría Vallina; partidores alegres de compañeras propias y ajenas. ¡Y además casi todos hablaban inglés! Estuve casi siempre con estos rusos..., Juventud, divino tesoro.

Echaron a unos tales Krazoff y Burzev de Londres por apologetas del asesinato del Zar y por hacer una disección admirable del problema de cómo matarlo, aportando soluciones que despejaban cualquier duda. Los mandaron a Francia, y también de allí los querían largar; así que se celebró un mitin en París que se puso hasta la bandera, ¡y donde tomé yo la palabra! Me entusiasmé. Ya en el escenario, los rusos me tiraban de la chaqueta por detrás para que fuese más comedido, no los fueran a deportar antes por mi culpa. ¡Qué disfrutón!

Un Sievizki era el presidente de la Audiencia de Kiev y considerado servidor perruno del Zar, y, mire usted por dónde, su señora apareció complicada hasta los corvejones en un complot para matar al Padrecito Nicolás. Pudo escapar a Francia. Pero el magistrado aquel la repudió y siguió firme en su carguito de Kiev. La mujer vivía en París con una criatura de 18 años preciosa. Como la madre estaba jamona y tenía unos ojos que esos sí que eran de jade, me la hice con ambas dos durante esos mesecillos. Cualquiera sabe lo que me hubiera dicho el bueno —qué sustantivo tan falaz— de don Pedro.

Ay giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza..., pero ni a la madre ni a la niña ni a mí nos pueden ya quitar lo bailado. No puedes imaginar qué ojos tenían esas criaturas, jese inglés que hablaban con acento ruso y que conseguía que a mí se me fueran las cabras por completo!

Venga, coge la copa. Un brindis por la vida. So luciérnaga; que eres, que sois las dos, Doloritas y tú, las luciérnagas de mi vejez.

Ah tú, escucha, después de la defensa magistral que en el juicio por el atentado nos hizo Maître Yzoard, don Pedro se metió de cabeza en la masonería.

BOBINA 5 c)

NADIE. De la marcha forzada a Inglaterra no nos pudo librar nadie. Ni los masones... No, no fue sólo por Yzoard. Don Pedro se lanzó a una logia mixta — donde liaba el mingo cada vez que las sesiones trataban de filosofía o sociología— influenciado también por Lerroux y Estévanez... No sé por qué no le atrajo el rito escocés, tan hermoso. De todas formas todo era un poco incongruente: que yo sepa, él nunca creyó en Gran Arquitecto ninguno.

Un poquito antes de la cacareadísima huelga general del 1º de Mayo de 1906, sí, justamente unos días antes, nos pusieron de patitas en el barco.

Los estudios de Vallina otra vez interrumpidos; en París se lo había pasado como un chiquillo asistiendo ¡diariamente! a las clases. Me decía:

—Aunque la medicina, como cualquiera ciencia, es universal, y aun conociendo la alemana y la inglesa, preferiré siempre la francesa por la claridad e incluso el arte con que se me han expuesto los asuntos.

Un poco parcial el punto de vista, ¿no? ...¡Menudo connaisseur! Un gourmet de autopsias al aroma de formol. ¡Cualquier cosa! Afrancesadillo perdido que me había salido don Pedro.

Bueno, nada de huelga general revolucionaria el 1º de Mayo; nos enteramos ya en Londres.

No sé, pero igual que los 6000 duros que les dio el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret a los jefes republicanos y socialistas para que se largaran a Andalucía cuando lo de la coronación de don Alfonsito..., te digo que no lo sé, pero casi seguro que aquí pasó igual con los de la CGT. Después de aquello el anarquismo francés no ha vuelto a levantar cabeza...

Hablando de cabeza, cuando Vallina se enteró de lo que había pasado con la huelga, me dice muy serio, y a punto estuvo de estar demasiado lúcido:

—Entre las causas que a mi entender motivan el retroceso de nuestros ideales, están, desde luego, la falta de combatividad de los llamados revolucionarios, el desnivel de armamento entre los obreros y las fuerzas represivas del Estado, pero, y sobre todas esas causas, se encuentra la debilidad mental de la mayoría de los individuos con los que contamos —je je je. ...¡No jodas!, pero si éramos autodidactas, y la mitad mochales, je je ja ja ja... ¡Menudos tiempos! De menudo u callos a la madrileña, tanto da, me ponía yo ahora mismito como La Glorión. ...El bueno de Sánchez Rosa, que tenía gracia por arrobos, parodiaba los cantes de la Niña de la Puebla para ejemplificar las teorías a los jornaleros de Herrera del Duque:

A la puerta...
*A la puerta de un neo tasquero
un pobre borracho un vaso pidió, y
el tasquero, como era tan fiero,
al pobre curdela dos palos le dio...
Y eso lo vi yo:
el borracho por poco se muere
y el cerdo tasquero tan fresco quedóóó...*

Ya, ya me callo. Que aplicadita y formal estás hoy, ¿te pasa algo? Si te aburres lo dejamos, que hoy hace un día precioso como para perderlo en preguntitas y respuestas.

Me miras como si yo fuera el capitán Haddock, y tú Tintín... ¡Néstor!, digo, ¡Doloritas, tráete un pisolabis! Y ten cuidado con el tercer escalón que está roto... No, je je, no llames al lampista que sale siempre al teléfono la carnicería Sanzot. ¡Pues estamos buenos, niña; tú no has leído a Tintín, y este Moulinsart cada vez con más goteras!

...¿Nosotros solos?, no. Expulsados también de Francia, llegaron a Newhaven tres rusos que ninguno alcanzaba los veinte años: dos jóvenes y una jóvena. Ella era un tapón de alberca, bajita y gorda como un sollo, los otros le decían «La Bomba» y, aunque era aguerrida —como la consideraba don Pedro—, tengo para mí que no eran precisamente su valor y arrojo los que razonaban el mote. Habíamos embarcado en Dieppe para tomar tierra en una niebla a jirones que dejaba ver uno de esos andamiajes que aparecen en el tríptico del Bosco; al fondo, una garrucha alta sostenía la soga hacia la que caminábamos.

Evidentemente no teníamos —nos dejaron salir con una mano delante y otra detrás— las siete libras esterlinas que exigían para pasar al país, así que le pedí a Vallina enténdermelas yo con el jefe de las oficinas donde hacíamos cola:

—Señor oficial, haga usted el favor de dirigirse en nuestro nombre al ministro de Gobernación y comuníqueme que somos refugiados políticos, y que me extraña que el Reino Unido no sea el país acogedor que yo conozco. Ah, dígame que quien habla por el grupo es Federico Padilla O'Farrell —hice gala de mi perfecta pronunciación oxoniense.

Como una hora después nos avisó el de la gorra, y después de decirnos que, según sus averiguaciones con las distintas policías, ningún país nos quería dentro de sus fronteras —lo que era cierto—; sin embargo:

—Su Señoría el Ministro me dice que les presente sus excusas por la espera que han tenido que soportar a su llegada, sin duda por alguna falsa interpretación, pero que Inglaterra es la de siempre respecto de la libertad y el asilo político. Asimismo, Su Señoría ruega a..., ¿who's Mr. Federico Padilla?, a Mr. Federico Padilla tenga a bien almorzar con Su Señoría en el Club cuya dirección Mr. Padilla ya sabe.

...Y ahora, pelusita mía, dime si eso es o no es una civilización. O ¿es que esa respuesta no vale más que todas las bandas de la Legión de Honor que Francia reparte a cualquier ilustre papa frita? Además, que hay que tener compañeros de college hasta en el infierno. Yo aún diría más, sobre todo en el infierno.

Después de la travesía nocturna, estábamos —lógico— hechos mixto. El tren a la City me pareció un vuelo suave gracias al camastro de periódicos que nos hicimos los rusos y yo. Don Pedro, enteco, con las ropas mojadas todavía, clavadas las gafas en el cristal de la ventanilla, se pasó sentado y en vela la noche; era una caricatura bastante desfavorecedora del jamelgo que montaba el de la Triste Figura.

Antes de que la bella durmiente, por mal nombre «La Bomba», y yo pudiéramos cerrar los ojos —los otros atronaban ya el vagón con ronquidos de vodka, mucho vodka—, vi cómo Vallina, sin cambiar de postura, sin buscar el descanso, miraba de hito en hito a mi rolliza compañera como diciéndole:

—Ahí estás, tirada en el suelo del vagón, sin país, sin casa, y perseguida por defender la libertad de los hombres... —empañados los lentes por el lagrimeo, el ceño un zigzag negro desde el nacimiento del pelo hasta el puente de las gafas.

Recuerdo que pensé ya en duermevela «¡pues anda, que tú!, trasplantado desde Sevilla a este pestoso paté de smog».

Y es que así era don Pedro. Digno como un tonto; con la dignidad del que no sabe qué sea un cambalacheo, del ignorante que lo desconoce todo menos lo que guarda su corazón; ignorante de que corazón y cerebro no son una sola víscera: estaba claro que el hecho de haber estudiado medicina no le supuso gran cosa a tal respecto.

Pero la ignorancia todo lo absorbe en su círculo de luz.

Nada más descender del costroso convoy, en la estación nos esperaba el viejo chofer de Darlington Manor que al verme se ofreció a servirnos en lo que necesitáramos antes de llevarme al Club.

Don Pedro, dignísimo, con la ropa de cartón piedra:

—No necesitamos nada, sino que nos indique donde queda Jubilee Street, pues vamos al Club Anarquista Judío que habrá de ser desde ahora nuestra casa. No olvide dar las gracias al Sr. Ministro por sus atenciones.

Soames nos mostró el sitio, relativamente cercano, y a mí me dijo en un susurro que Su Señoría ya había ordenado a un propio que me preparase ropa adecuada en las dependencias del Club. Otra vez en Saint James Street, donde siempre me he hecho mis sombreros.

El Club Anarquista Judío había sido una auténtica obra de arte de Rudolph Rocker que, aparte de anarquista, como buen askenazi era un filigranas con los negocios: había conseguido el edificio del Alexandra Hall, conservando la fachada y un patio de butacas para 800 personas. Detrás del escenario, los bastidores, las cajas y camerinos eran ahora un estupendo club con cafetería y restaurante; los palcos, antepalcos y plateas cumplían el papel de cubículos administrativos perfectamente organizados, y una biblioteca espléndida en el ambigú del segundo piso.

Una colcha con bodoques, ya te digo. Él tenía su imprenta en un localito contiguo; ahí publicó *En la borrasca*, sacaba el *Arbeiter Freund*, la revista *Germinal* y ¡libros en yiddisch! Un genio. A pesar de la semejanza de su cabeza con uno de esos broncees tremendos de Rodin, sin embargo el trato no podía ser más inteligente y afable.

Alquilamos por Whitechapel, en casa de un carpinterito que se llamaba Schapiro; nosotros éramos los que no podíamos «schapar» a las batallitas que el anciano padre del ebanista nos endosaba sin piedad alguna...

A veces pienso que una de las historietas de Holmes, de las que escribió Enrique Jardiel para su libro *La Hez y el Martillo*, y que se titulaba «El caso del terrorista de Whitechapel», la miniaría —tintas de tres colores— con esa sonrisita suya de rictus y ceja subida, pensando en las cosas que tantas veces le conté de los cachondeos de esos tiempos.

De todas formas, iba bien cubierto porque me arrimaba la chundarata mensual el administrador de Sevilla, y Vallina también, una hermana suya que le había seguido hasta París... Siempre a la Lloyds. Don Pedro dilapidaba *until the last pence*, el mismo día del ingreso... Pues ¡asistiendo los gastos farmacéuticos de todo el barrio! Pero el primer sabbath que pasamos allí, se llegaron por casa unas compañeritas lindísimas con su miserable jornal de la

semana, a ofrecérmolos... Esas cosas —y tú no necesitas comprenderlo ni entenderlo— te crían ternura, te la meten en el tuétano para los restos.

Yo sí me reuní con gente que escribía; Vallina no, él sólo política.

Mira, empecé por colaborar con Rucker como corresponsal de tribunales para su periódico que te dije, el *ArbeiterFreund*, y creo que inauguré un género de crónicas... Pues consistían en el auténtico alegato al Jurado que yo consideraba que debería haber hecho el letrado defensor —por lo general largaban churros absolutos, dirigidos claramente a que el desgraciado de turno no viera más la luz del día—, ¿me has seguido? Ten en cuenta que, para bien o para mal, yo soy un jurista a quien jamás se me cuestionó ensayo ni opinión en la *Vox Juris*, aunque no ejerciera jamás; era de recochineo: yo manejaba la casuística frente a aquellos matados como quien juega golf con una anciana artrítica.

Si no fuera por la pasta —que por otra parte me ha librado siempre de ser un falso—, mis ideas más o menos excéntricas —lo reconozco— y que la puta Administración española nunca quiso reconocerme el título, habría sido un abogado por lo menos tan genial como mi padre. Pero...

Yo, sí. Me veía con Fletcher, Richard Adlington, Hilda Doolittle, Flint, no recuerdo bien porque éramos unas veces más y otras menos; pedíamos nuestras pintas templadas o algún licor blanco y letal para las señoras en el Moma Goose —luego un musical mío lo titulé *Moma Goose and The Minstrel Man*, homenaje inconsciente, supongo—, pero como los pubs echaban el cierre a la hora de las gallinas, improvisábamos un garito hasta las tantas en Water Street, en pleno dédalo de Whitechapel, calle tan sórdida como su homónima neoyorquina. ...La poesía, naturalmente; pero nos podía el juego. Y si en pocilgas, mejor.

Un poco antes de la Gran Guerra, Pound y Amy Lowell convirtieron aquello en una especie de movimiento; pero permanecieron nuestros gustos, los poemitas chinos, algún simbolista francés, todos los clásicos griegos... Sí, sí, casi siempre poetas, ¡hija, que te hablo de nombres conocidos!; a la tercera pinta templada todo era imagería... Doolittle, americana. Era un gustazo ir por su casa: puro lujo prerrafaelita. Ella misma, tan delgada y elegante, tan

feíta, tan griega. Ática o jónica, no sé, tendrías que verla. Luego se casó con Adlington. Otro que tal, tío Pascual.

Nos mudamos de barrio porque Whitechapel nos estaba volviendo morbosos.

Paseos de amanecida: vimos una mamada en la que el burro de turno terminó echando las bascas de borracho encima del gorrito de la puta, mientras le difuminaba el maquillaje —digno de Ensor— con el tubo de leche condensada; o una cuadrilla matando a garrotazos a un hindú puto que no tendría más de once años...

Nosotros mientras, acojonados detrás de la niebla... Zola, el mismo Rocker, no eran más que monjas escribiendo. Vallina una vez soltó un tiro. Conformes: uno malherido; pero los demás —navajas barberas, hueso y brillo cortando el vaho como un papel— detrás nuestro, corriendo más que nuestra sombra. Le tapaba la boca a don Pedro, lo sujetaba; es que habría acabado abierto en canal y colgado como un cochino de la verja del hospital en medio de la miseria, de la miseria de verdad, de la que pendía en cualquier esquina de aquel barrio.

Nos mudamos a una casita agradable de Charlotte Street, y ya con bastantes menos romanticismos Vallina continuó sus estudios en el University College. Con eso, el afrancesado se volvió anglófilo... ¡Bah, la cosa tenía truco! Anejo al Departamento tenían, y le dejaban manejar con plena libertad, un completísimo laboratorio de química donde hurgó todo lo que pudo para perfeccionar sus elementos de lucha revolucionaria.

¡Ea querida, lo dejamos para mañana! ¿Tú sabes la hora que es ya? Anda, que por hoy está bien.

Pero si estabas dando cabezadas, ¡que te dormías!... Pero no... Pero hija, si es lógico: tantas batallitas de cipayos y mambises te cansan... Ah, que ayer noche trasnochaste... Bien, ché, bien, a mí no me cuentes nada.

Si no te quieres ir a descansar, puedes con toda confianza —tú lo sabes— sobarla un rato ahí, en el sofá de la chimeneíta... Sobarla, ¿qué va a significar sobarla? Pregúntaselo otro día a cualquiera que haya estado en la cárcel, es

palabra de allí: que te echas y descansas un rato en el sofá. No, en la cárcel no hay sofás. Ni siquiera un sofá para todos los presos, preciosa mía. Anda, descansa.

¿No...? Pues echa cuenta: Doloritas no está porque no sé por qué quería salir esta tarde, y el ama de llaves, de tarde libre también, oséase, que andan por ahí las dos; ¿por qué no vas tú, si es que no quieres dormir —otra vez te lo digo—, a la cocina y te echas al colete un par de tazas de café «maera», doble de carga y espeso, y luego te traes una absentita, sí, doble también y con una yema, y te la vas tomando mientras charlamos, verás que speed... Bueeeeno, que sean dos las absentitas con yema... Yo también voy necesitando un cordial.

Así me gusta, larguito. Spuashh. Cómo reconforta... Mira, ni la tequila con *Coronita* fresca, ni siquiera un mescal, con su gusanito rojo y regordete, son comparables a un vaso de esta absenta: fíjate qué nata cría con el hielo... A mí me la mandan de Franchessi, algunas botellitas embaladas en cajas de vermú del rosso... Hasta ahora, han colado siempre.

Una noche me despierta don Pedro:

—¡Caramba, Padilla, qué sueño tan pesado tiene usted!

—Don Pedro, ¿qué...

—Acaban de llegar dos agentes de la secreta; llamaban, llamaban y, como usted no atendía, les abrí. Y no quieren nada conmigo, quieren hablar con usted...

—¿Qué más le han dicho? —repentinamente fresco, una leve molestia en la nuca, y con el último bocado de la cena ocupando indebidamente el lugar del cerebro.

—¿Qué les digo, Padilla? Están abajo, esperando...

—Dígales que ya bajo yo. ¡Ay mamaíta O'Farrell!

—No diga usted «ay madre mía». No, Federico. Usted no ha hecho nada en absoluto, nada le podrán hacer...

Entonces se me vino a la cabeza el versículo del salmista que decía «El Señor es mi pastor, nada me puede salvar.» O algo así.

Me apresuré con la bata, bajé, y a una señal mía se sentaron en el saloncito con toda confianza. Aquello me estaba dando repelucos. El mismo don Pedro, no sé por qué, me pareció en un momento —por su cara amigable, inconcebible en él en similares situaciones— que formaba parte de un trío sin duda ténebre que me miraba con escalofriante insistencia.

Por fin uno de ellos sacó un periódico y me lo mostró con sonrisita cómplice, era *The Evening Standard & Saint James Gazette*, un diario conservador y respetado por su seria información; lo tomé en mis manos, releí la cabecera, fecha y precio, y se lo devolví con una sonrisita del subtipo estúpida-interrogante.

El agente desdobló el tabloide inmenso y leyó: *Entrevista a un anarquista español*, y a continuación una sarta imponente de disparates: «el atentado que tendrá lugar contra el rey de España el día de su boda» —yo por aquellas calendas no estaba ni al día de tamaños fastos patrios—, «la sustitución de la monarquía por la anarquía», «los nuevos ministros y gobernadores que sustituirán a los actuales, preparados», etc., etc., etc.

Don Pedro, en cuanto se calló el secreta, y mientras éste me miraba con violenta fijeza, estalló en risas secas y estridentes; carcajadas coreadas de forma inmediata por las ululantes gárgaras de aquellos dos policías.

—¡Ministros y gobernadores anarquistas! ¿Oye usted semejante sandez, Padilla? Ja je je!

Tras de una corta pausa —tenía miedo cerval a cuestionarme las causas de diversión de aquel estúpido Trío de la Bencina— y ya más calmados, de los dos Dupont, dijo el Dupont más decidido:

—Cuando se publicó esta entrevista recibimos orden de poner en claro lo que había de verdad en tan extraña noticia, que desde un primer momento no tomamos en serio. Y así lo hicimos, averiguando que un periodista absolutamente sinvergüenza había abusado de la buena fe del periódico. Aunque no lo crea —y en no tanta cantidad como en otros países, desde

luego— siempre hay algún periodista sinvergüenza en el Reino Unido. Y el asunto fue tan claro para nosotros, que ni siquiera le molestamos a usted para interrogarle...

—Pero oiga, y yo qué tengo que ver con...

—Ji ji —la risa del poli se volvió arpagónica, ese ji ji de los avaros—, sí, Dios mío, qué inútil hubiera sido interrogar a usted en tales circunstancias.

—Entonces, ¿qué desean ustedes de...

—Pero ha dado, suponemos, la casualidad de que efectivamente se ha arrojado un fuerte artefacto explosivo contra los Reyes de España el día de su casamiento...

—¿No pensarán ustedes que yo tengo algún tipo de rela...

—...El día de su casamiento. Y ahora el citado periódico nos acusa de negligentes, y a nuestro Servicio de abstruso, por no haber tomado en cuenta, como era nuestra obligación —¿verdad, sargento Bloops?—, la gravísima denuncia que el prestigioso diario ya había dado a conocer.

—Yo, señores, les juro; y aquí don Pedro les puede...

—Entonces nos llamó su Excelencia el Sr. Ministro de la Gobernación y quedó, creemos, convencido con las explicaciones que hubimos de darle. Pero como mañana se espera una interpelación en el Parlamento sobre el atentado de Madrid —no en vano Ena de Batemberg es una princesa británica—, el señor Ministro desea conocer su punto de vista al respecto esta misma noche. Aunque siendo como es, tarde para hacerlo legalmente, nos encomendó que le rogáramos en su nombre esta entrevista. Tan intempestiva, ji ji.

—Yo aún diría más: tan imprevisible, impresentiva, no, ji ji, tan..., ji ji ji.

Distendidos de pronto los músculos del cuello y bastante aliviada la cabeza, iba a responder; cuando don Pedro:

—Díganle ustedes al ministro que sigue siendo completamente falso lo que dice ese periódico, y además disparatado, porque los anarquistas no

reconocemos jefes, ni ministros, ni gobernadores. ¡Queremos fundar una sociedad nueva donde exista igualdad y no quede rastro alguno del Estado!

—Don Pedro, don Pedro, por Dios, que parece que está usted hueco, no dé tamañas voces; además es tardísimo y estos señores, a lo peor, van a pensar que...

—Así se lo diremos al Sr. Ministro, pero además nos gustaría conocer sus opiniones sobre el atentado que acaba de tener lugar en España y lo que piensa del futuro de esa monarquía, pues nos parece que interpreta usted muy bien el sentido del pueblo español.

Mi leve dolor de cabeza se convirtió en un piolet clavado con bastante fuerza en la nuca; me decidí a aclarar las cosas, pero don Pedro:

—El atentado es una simple respuesta a los atropellos que sufre ese pueblo, y espero que no sea el último, como no ha sido el primero. En cuanto a la monarquía, no durara mucho: Alfonso XIII será el último rey de España.

De los Dupond y Dupont, el que había abierto la boca hacía un momento para soltar la sarta de estupideces incomprensibles:

—¡Toda Inglaterra pensaría que interpreta usted muy bien el carácter y el sentido del pueblo español!

Tras las últimas palabras, oí cómo aquellos dos individuos daban las gracias a Vallina despreocupados, y a mí —sonrisas amplias, hongos y bastones agitados en el aire— me agradecían mis respuestas que tan valiosas les habían sido al parecer, y el haberlos recibido en casa a horas tan importunas.

...No me preguntes más. Después de aquello se me quedó la mente en negro.

Don Pedro al día siguiente convocaba un mitin con varios oradores, para disertar sobre «el regalo de bodas que el pueblo español había hecho al monarca inquisitorial» o sobre «la sangre popular convertida en maldición estruendosa —al menos horrisona, desde luego— contra sus verdugos». Y todo con el entusiasmo incondicional de Rocker y el Club Anarquista Judío en pleno, atestado de banderolas y guirnaldas.

Don Pedro acabó de secretario y de tesorero.

...Y hasta de fantasma de la ópera del Alexandra Hall, si le hubieran dejado.

Anda, apaga ya el cacharro éste. Que ya es hora ¿no?

BOBINA 6 a)

...NO, no, dale otra vez al botón..., pues si no se mueve el indicador es que no está grabando. Dale un catecito, a ver si... ¡Un cate, coño, no ochenta! Sí, claro que se mueve la aguja, con semejante tunda... Pues eso, que por fin médico. ¡Y de los chachipén! En seguida lo llamaron para atender a un joven con cáncer, como médico permanente de cabecera... Era un millonario mejicano.

Pues porque había corrido fama de la humanidad que se le salía por las manos, por su eficacia indudable en prácticas de hospital y como visitante, fuesen las que fuesen las condiciones del enfermo. ¿Él?, consumido por su pasión. Ahora te cuento...

Espérate, que voy a hacer un par de joints... Por cierto, vaya ambiente que había esta mañana en el *West End Bar*, al ladito justo de tu Columbia, ¡menudo pestazo a marijuana! ¡Qué no será aquello por las noches!

Para rodearme de una bruma auténtica y sentida y necesaria, voy a poner algo en la gramola y a liar dos de éstos... No sé. Es que te tengo que hablar también de Francisco Ferrer, y para eso hay que acercarse de alguna manera a su vita beata, a la santidad suya... Y lo que me suele ocurrir cuando me acuerdo de él es que me siento un don Latino de Híspalis o un Estebanillo González y, claro está, como comprenderás, no es plan de hacerlo a palo seco.

Ferrer Guardia tenía mucho dinero. Pero había sabido meter todas las adicciones que la vida nos pasa por las narices para que soportemos otro día más sobre este puto par de zapatos —nada más que para eso—, las había sabido meter dentro de una sola pasión. Todos los hombres, todas las personas, todos tenemos una gran y única pasión. Unos la descubren, los menos, y otros jamás.

Y es una lástima. ...No tengo ni idea, pero es así. Algunos la confunden con una mujer bella o con un hombre hermoso, incluso con un simple negocio lucrativo, sin acordarse de lo que dijo de golpe Francisco de Borja: *No habré de servir más a señor que se me pudra*. Todo lo demás son condimentos —necesarios, desde luego—, pero ¿piensas que pudiera vivirse sólo de perejil, azafrán y pimentones, excluyendo toda sustancia? Pues la mayoría lo hace. Así se anda, que parecemos zombies.

No. Esa pasión a la que yo me refiero es la que te pone proyecto tras proyecto por delante, los vas realizando, mal, bien, cada vez mejor; y antes de que los hayas terminado, ya te ha puesto otro que te está timando desde la barra de putas de la vida; pero tú lo único que sabes es que tienes oficio para empezarlo, arte que te chorrea y que desde luego vas a terminar el trabajo que más has amado en este mundo... Por el momento.

Hasta que te das cuenta de que ya otro proyecto está marcándote desde la misma barra pegajosa, que sabes que es tu verdadera y única casa. Y que en el fondo nunca nada es tan malo: en la cabeza vive un sísifo benévolo y borracho.

No sé cómo decírtelo, pero ése es el verdadero manantial de la eterna juventud, el grial que no te da la vida eterna, sino morir —tengas la edad que tengas— con tu juventud intacta: delante de los ojos una vida única y distinta siempre, la tuya, y que la ames. Ésta es la condición única... Tengas los años que tengas, será tu pasión. ¿Eres viejo?, mejor: las ves venir; y antes de que lleguen tienes en la mano el buril que hará el salero de Cellini o la Custodia de Arfe... Y hacerlo mejor que nadie. Ese es el chile que te calienta la boca.

Algunas personas tienen todo esto. Ya sé que es una perogrullada lo que te estoy diciendo —todo el mundo tiene derecho de vez en cuando a soltar alguna, y los hay que incluso abusan—. Pero hay quien sabe tener todo eso.

Ferrer Guardia era millonario, como yo; pero tenía delante de sí la enseñanza: «sus» niñas y niños, «sus» hombres, «su» Enseñanza. Educación útil y alegre ¡por fin! Y lo hizo mejor que nadie. ¡A mí me dejas!, soy un diletante, aprendiz de todo y maestro de nada... Nunca sabré si mis proyectos son espejos mal manejados que reflejan pasiones ajenas, las tuyas, las de don Pedro... Si realmente no soy viejo aunque lo aparente, es porque una pasión

que desconozco —otra vez, Ignorancia divina— me estará corroyendo como un ácido bendito.

¿Qué prefieres *Nochebuena en Nueva York* de Conchita Piquer o las *Danzas* de Granados? ...Pues marchando la 5ª de Granados para la aguja. Estoy ahora mismo *in the cloud number nine*, como si me hubiera fumado una arroba de cañamones liada en *The Evening Standard & Saint James Gazette*.

¡Bueno..., pues yo necesito todos estos preparativos para hablar de Ferrer! No, perdóname, si no me enfado, es puro énfasis... ¡De psiquiátrico!, dilo más veces.

Es que es una de las pocas personas que quise de verdad y a la que sigo queriendo; y si tengo que pensar en Ferrer Guardia como si estuviera solo, como si tú no me estuvieses preguntando, quiero rodearme de cosas que me puedan hacer llorar por él, disfrutar con él, reírme con él y con Solé Villafranca... Porque eran como el brillo de ese solitario de tu anillo, que reverbera más que el sol en una alberca.

Los queríamos —Vallina y yo—; a él con el respeto del padre y con el temor de que, al ser nuestro hermano indefenso, pudieran hacerle daño. A Solé porque era lindísima persona, alegre, y porque también lo quería ¡y cómo!; porque te miraba con el calor de la confianza, con la inteligencia de que no podía pasarles nada nunca, y al mirarte te metía dentro el hormigueo y el rubor del niño cuando es feliz.

¡No me quiero amargar demasiado! ¡Vámonos a comer algo al local más bullanguero que encontremos! ¿Ok?

...Pues, por lo menos, déjame que te cuente antes un viaje que hice a Madrid aquel año 9 para ver cómo estaba el meneo, y para quitarme de en medio dos o tres días después de tantos líos; para ver a algún amigo y oír hablar y cantar en español. ...Pues fue Rocker mismo en la imprenta, que me preparó unos papeles panameños, igualitos a los que me hicieron en París...

Llegué a casa de mi tía Tina Padilla, en Serrano. Mi tía Tina siempre me quiso con exceso y siempre intenté corresponderle en la misma medida; bueno, era mujer excepcional. Estaba algo majara, pero yo era su ojito

derecho... No; ella se llamaba Ernestina..., pero nunca nadie que yo sepa la llamó por su nombre completo.

Tres días pasé en Madrid. Y el primero —queriendo—, solo y a mis anchas; bebiéndomelo por los ojos como si nadie me conociera. Salí por la mañana con cinco duros en el monederito de malla. ¿Cómo que...? Eso, hace cuarenta años, era una fortuna para un solo día... Te voy a decir lo que hice con ellos.

Me gasté cuarenta céntimos en Alcalá desayunando chocolate con buñuelos. Cuando me di cuenta —entretenido en librerías de viejo y de nuevo—, era medio día y me llegué al Sanatorio a ver de lejos a Manolo Machado y su cuadrilla de brega.

A las tres estaba en un restorán de Echegaray: sopa de cocido; el completo con garbanzos, la berza, morcilla, babilla y tocino —lo que en Sevilla decíamos «la pringá»—; lenguado y sorbete. Ah, y dos jarritas de rioja de La Guardia y, para el pescado, manzanilla de Sanlúcar. Eso fueron tres cincuenta.

Cafelito en Fornos, treinta céntimos; no saludé a nadie, ningún camarero me reconoció. Me asomé a la calle, y cuando vi pasar a una chulilla nos fuimos por un simón, a darnos un flete por el Retiro, durante una horita. Los labios más sabrosos del mundo son los de una niña de Madrid o los de una gitana de Jerez, ¡que se te quite de la cabeza que por aquí vamos a encontrar algo que se les acerque! Me salió por peseta y media el coche, y dos pesetas de esas de plata que traían a don Alfonso niño con sus tufitos, para brillantina y chucherías de la chavala. Merendola con la ninfa: cafés con media, ochenta céntimos.

Pero la prójima quería ver el lujo asiático de cerca. Cenamos en un restaurante de la Carrera de San Jerónimo. Miradas burlonas y brindis desde alguna mesa por la pareja del indiano y la vistosa; yo me limité a responder levantando el dedo corazón, mientras ella sonreía respetuosamente: un bisté y patatas, muchas patatas, cola de langosta thermidor, y el postre que eligió, que nos lo comimos al alimón: «A ver esa boquita, cucharadita para mi nena, cucharadita para mi nene». Los amantes de Teruel mechados: siete pesetas.

Quedamos en vernos en el hotelito de mi tocayo Urales porque yo sabía que allí tendríamos buenas caras, el mejor informe de cómo estaban las cosas, discreción y la cama del cuarto de huéspedes.

Mientras hacía tiempo para que ella se compusiera un poquito, me llegué otra vez al Fornos a su hora ideal y, mientras paladeaba la mejor achicoria del mundo —otros treinta céntimos—, el pecho se me llenaba con el turbión de mala leche que levantaban las tertulias.

Hablé con Federico y Soledad que me pusieron al día y me dijeron cómo iba el asunto para Ferrer Guardia. Tomamos una copa. La nincha y yo echamos un polvazo. Como la pareja de la casa se fue a la función del Real, les deje las llaves en una maceta. Cuando salíamos, en una Venta de al lado y para que la niña repusiera fuerzas, cayó otro bisté con papas, y con eso y ocho pesetas de plata se fue para su casa cantineando bajito.

Compré *El Herald*o y *La Corres*, que con la propina del sereno se llevaron la última peseta... Y a dormir. En la mesilla de noche, la tía Tina me había dejado un termo de leche calentita con miel. La gloria.

Segundo día. El Madrid normal. Rematé la noche con un amigote viendo *ABC*, un juguete musical y lujoso que ponía en el teatro de la Zarzuela la tiple Emérita Esparza, una niña-penagos avant le mot que estaba liada con la marquesa de Doria. El cambio de miraditas tiernas entre las safos tuvo en vilo al público, que esperó a la marquesa a la salida con la sana intención —supongo— de abucheada. Al Madrid de chistera y plumas de pavón siempre le ha rebosado una hijaputez bastante ácida. Las amantes tuvieron la prudencia de que el coche de la Doria las esperara en la calle de Arlabán, aladaña del teatro.

Aquella madrugada ardió la Zarzuela. Por la mañana temprano me confortaba con el tufo a quemado de la guata y el yute de los palcos.

Ahora que hablo de música y antes, al principio, que hablaba de pasiones: otro viaje a Madrid. Esta vez quería verme con la maravilla en persona, mi paisano Rafael de León y Saavedra, marqués de Campo la Reina. Sería por el año 32 o el 34, no me acuerdo.

...Sí que sabes quién es, ¿no te suenan Quintero, León y Quiroga? Pues Rafael de León. Quedamos para cenar en un figoncito —estrado y decoración de tonos bandoleros— que tenía entrada por Plaza Mayor. Tenía también un sótano con piano, pero de aquel sótano de luces verdes era más cómodo salir por unas escaleras que daban a la cuesta de San Miguel, casi enfrente de la plaza de abastos. Cenamos ya tarde, él convidó. Cuando fuimos a echar cuenta de lo que sonaba en el tablao —habíamos estado absortos en mis correrías con don Pedro por la «siberia extremeña» y con las historias de Rafael en Málaga, Sevilla y Madrid— terminaba un cantaor madrileño, recuerdo que le decían «Chato de Las Ventas»:

—Con el permiso de los señores voy a acabar con unas milongas por Antonio Chacón —una blasfemia, un comicastro con el peleón deshaciéndole las varices de la garganta. Contrahecho.

Bien puestos de caldo, nos dio por copiar las letras en unos papeles pautados que desdobló Rafael:

Voy a cantá una milonga
para que pasen el rato.
Les voy a explicar a ustedes
mi verdadero retrato:

Soy mu chico y calvorota
y tengo poca nariz,
por eso me llaman «Chato»
desde el día en que nací.

En la pila me pusieron
de mote «Chato Las Ventas»,
y todos, cuando me vieron,
del susto a poco revientan.

Mi pare con gran talento,
viendo que era tan bonito,
me enseñó a cantar flamenco.

Y aquí sigo tan contento
y sin parar de dar gritos.

«El Chato» terminaba entre las chocarrerías de los camareros. Nosotros, apenas nos sacudíamos de encima la risa triste, vimos aparecer un chaval con guitarra, Niño Sabicas, que luego ha tenido nombre, y una muchacha trigueña, entradita en carnes sin estar gorda, con unos ojos color verde mayo.

Empezó entonándose por los Pavones, cosas de Tomás o cosas de Pastora. Segura, calentando bien; arañando las subidas y con empaste de contralto en las bajadas. De pronto Sabicas calló la guitarra, y ella sola, con el tacón a compás en la madera, hizo un martinete y deblica barea. Nosotros, copiando:

A las claritas del día
ya estaba llena la plaza,
y a la mitá de la gente
sin trabajo la dejaban.

A la puerta han llamaíto,
a esta horita ¿quién será?,
si será mi compañero
que se viene a refugiar.

Un palo detrás de otro
le fueron dando a mi cuerpo,
llenito de verdugones
fueron dejando mi cuerpo.

Pero no van a lograr
que diga lo que no quiero.

Rafael de León requirió un camarero:

—Pepe, dile a la muchacha que si quiere hacer el favor de acercarse. A mí tráeme una cerveza fría con dos dedos de pipermin en un vaso largo, frío también.

—¿Con pipermin ha dicho usted, don Rafael?

Carmen se alisó el crespón negro y vino a la mesa:

—Señorita, no se me vaya usted a ofender por lo que le pida —fino y elegante. Un señorón antiguo.

—Depende...

—Lo único que quiero es que me mires fijo un momento. Vaya, que quiero que me enseñes la niña de los ojos.

El camarero trajo una cerveza verde claro en el vaso estrecho y congelado, y Rafael le deslizó a la flamenca («Gracias, guapa. Tú eres Carmen Linares ¿no?») un billete de 500.

La Linares sonrió:

—Y usté Rafaé de León, que me l'an dicho...

Pero él ya iba corriendo por las escaleras al sótano. Abrió el Pleyel y en las teclas carriadas, con dos dedos, torpeó algo así como el estribillo de una zambra, fue a la consolita esquinera y cogió el teléfono —todo sin descanso, ligero, girando el reflejo verde de la baquelita agujereada por los números.

—¿Casa del señor Quiroga?

—Coño, Rafael, ¿ya estás borracho? ¿Me quieres dejar? Da por supuesto que me has levantado y...

—Maestro, no grite usted que se le va a despertar la señora.

—A mi señora ya la has desvelado, y ha dicho unas cosas la mar de feas del bohemio este del León.

—Mira, Quiroga, coge un pautado y anota...

—Pero, tú estás loco. ¡¿Qué voy a escribir, si estoy dormido?!

—Apunta (fraseó unas notas en el piano). ¿Lo has cogido?, ¿lo tienes?

—Sí. ¿Me puedo acostar ya, Rafaelito? Son las cuatro y cuarto de la mañana...

—Cuando quieras, maestro. Mañana trabajamos con ese pie y una letra que voy a escribir ahorita mis...

—Pero ¿todavía no la tienes escrita?

—La tengo escrita en la cabeza; si eso te decía, que ahora mismo la paso. Hasta dentro de un ratito, maestro..., mejor hasta la tarde.

En la misma consola del teléfono, como si los pentagramas fueran renglones, empezó a escribir con una letra minuciosa:

Ojos verdes, verdes como la albahaca.

*Verdes como el trigo verde,
y al verde, verde limón...*

—Es que se la tengo que tararear cuando se me viene a la cabeza; si no, al día siguiente la letra no tendría la música que se me ocurre en el momento y que es la suya. Se me olvida. Yo no sé música, pero me viene el pie y entonces... Así escribimos María de la O, pero cuando lo llamé, que también era muy tarde, estaba yo en otro ambiente..., se puede decir que distinto de éste.

Se puso a mirar el color del vaso, se lo bebió de un golpe y pidió otro, y escribió la letra de la canción en quince minutos.

...¿Invertido? ¿Qué es eso de invertido?, ¿que está del revés? Mira, Rafael de León era y sigue siendo, estoy seguro, un maricón como una casa, un amigo como una casa, un artista como una casa y un caballero como una casa.

¿Yo te he preguntado a ti, o tú a mí, si somos invertidos? No ¿verdad? A mí es que me importa un pito. A ti, supongo que también, reina mora...

Rafael de León, don Pedro, Ferrer Guardia; los tres y cada uno están resumidos por su pasión.

Tienes razón, a Ferrer los billetes no le venían de cuna. Era hijo de rabassaire; humilde ¿no? De joven entró en Ferrocarriles en la línea Barcelona-Francia, pero como se dieron cuenta de que hacía de enlace con los republicanos exilados, en concreto con Ruiz Zorrilla, lo destinaron a Granollers. Allí, aburrido y con un horizonte de mierda, lo colgó todo y se largó a París.

Su afición —te lo habré dicho mil veces— era la educación, y había estudiado por su cuenta toda la pedagogía traducida al español y la francesa. De hecho, el inevitable Malato, Tarrida del Mármol y los amigotes políticos lo introdujeron, para que pudiera ganarse cuatro perras como profesor de español en una especie de círculo popular laico... Ahora viene el quid. ¿Cómo enseñaría este tío?, ¿qué claridad de ideas y de exposición no tendría?, ¿qué don de gentes...?, como para que Ernestine Meunier pusiera la fortuna a su servicio —y ésa sí que era millonaria—, atraída por sus planes, y para que no tuviera que pensar en finanzas al poner en marcha la única revolución pedagógica posible. ...Sí, perdona, sí se demostró que era posible hacerla a base de honradez y lógica pura.

Hoy nadie lo recuerda, pero las Escuelas de Ferrer repercutieron en todo el mundo... Su recuerdo inconveniente se ha llevado —bastante más cómodo— a la mera anécdota por la sonrisa cómplice de los popes de la pedagogía progresista... Igualita era su *Escuela Moderna* que el *Summerhill* del Neill este de ahora.

Toda la burguesía laborista británica tuvo en cueros a sus niños en Summerhill; educándolos naturalmente en aquella montañita veraniega... De aquel polvo que cogieron en la colina tórrida, vino el lodo de la generación tory más aséptica, ecléctica e idiótica que jamás hubo: sólo habían aprendido que al resto del mundo le tenían que ir dando por el culo... Y no es que Neill sea tonto, ¡qué va!, es más listo que lepe, lepijo y su hijo.

Bueno, pues de ahí le venía el dinero a Ferrer, de Ernestine Meunier.

A lo que iba. Don Pedro recibió una carta en Londres de un ricachón sevillano —y te digo «ricachón» y no señorito, porque el individuo este era, sin títulos ni pedigree, ostentoso de pedrería—, rogándole que atendiera y visitara a un muchacho mejicano riquísimo, Zaldívar, que estaba en la City tratándose de un cáncer de laringe; parece que el canceroso, de unos treinta años, tenía a su prometida en Sevilla.

Residía en una planta del mejor hotel de Londres, y como era íntimo de Porfirio Díaz me lo tenían todo el día de visiteo y de coba el embajador y los personajes de la colonia iberoamericana. Tiburones, no más, mamasita.

A Vallina sólo le comprometía la desgracia del chaval, porque para él tenía que con aquello poco se podía hacer; tampoco cobró una perra.

—¡Fíjate —se me escandalizaba don Pedro—, al pobre, encima, le obligan a vivir en el más lujoso hotel, rodeado continuamente de procesiones de loros con collares y medallas!

Tenían que entenderse por escrito: Cómo envidio a ese hombre, le anotó a don Pedro después de que un barrendero que les miraba asomados al balcón, les hiciera un enfurecido corte de mangas, considerando seguramente su propia y perruna vida. ¡Hija, pero tenía salud...! El barrendero tenía salud.

Le intervino Horseley, eminentísimo cirujano que se limitó a cerrar y decirle que se volviera a Méjico, que hasta ahí había llegado la ciencia médica. El bajón moral que pegó Zaldívar hizo que Vallina pasara mucho más tiempo con él; y yo, como hubo corriente de simpatía desde el principio, empecé a ir también. Estábamos callados horas mientras don Pedro leía en alto alguna novela distraída, ¡le obligó a leerle los Diálogos de cortesanas!, ¿te imaginas a don Pedro, con más colores que un semáforo, leyendo al Aretino? O le hablábamos de Sevilla o nos echábamos unas partiditas al mus —si estaba la enfermera— o a la ronda.

No nos echaba tampoco cuando venían visitas de etiqueta. Se presentó un día por la salita un fantoche español, un político amigo de Maura que iba a representar a España en la opereta pacifista de La Haya... ¡Un reaccionario de

los que entran pocos en un kilo! Empezó por decir, en plan gracioso, que el peor enemigo de la Patria era Francisco Ferrer, y que Maura:

—Ya lo verán ustedes, señores, ya prontito lo va a retirar del tabaco. ¡Pero en menos que canta un gallo! —un mamón integral.

Zaldívar cogió entonces papel y pluma y nos presentó por escrito. El gordo palideció como enharinado, flojeó de tobillos con la alfombra y, sin darnos nunca la espalda, se despidió y desapareció con una velocidad que nadie hubiera adivinado en sus papadas. Fue la última vez que vimos reírse a Zaldívar. Volvió a Méjico; se despidió llorón, completamente jodido.

Me dijo Vallina que sobrevivió algún tiempo, o sea, que se le alargó la agonía. De existir Dios, no cabe duda de que habría sido un hijo de la gran puta..., pero si es la Naturaleza la que coge a un tío en esa edad y lo agarrota con el cáncer, tampoco cabe duda de que la grandísima puta sería ella. La gran chingada, hablando con propiedad en este caso concreto.

Por eso..., ni padre ni madre ni perrito que te ladre, no tenemos nada en absoluto... Sólo podemos intuir si acaso una leche de karma solitario, una tristísima partida de ajedrez contra uno mismo. Para matar el tiempo organizadamente.

Pues la visita del politicastro maurista y su despiste —con la inquietud que nos dejó— fueron la causa de aquellos días que me tiré en Madrid en 1909. ¡Es que iban a por Ferrer Guardia! Teníamos que desenredar el aparejo, porque Ferrer —y nosotros lo sabíamos— no se había metido en absoluto en la famosa «semana sangrienta», precisamente por haber quedado absuelto en 1907 de lo de la bomba del casamiento real, no queriendo dar motivos para que lo trincaran otra vez.

¡Hombre! ¿no me iba a acordar céntimo a céntimo de aquellos cinco duros? Tú me has visto mirando de higos a brevas esa cartulina con la que he hecho las boquillas: apunté los gastos de aquel día, por si nunca hubiera podido volver a mi Madrid.

...En Barcelona, imposible. Jamás hubiera dado el pego ni disfrazado de panameño.

Mi charla con Federico y Soledad; el arretrato de cachas de mi chula, mis cinco duros, mi tía Tina... La tarjeta era sólo un recuerdo, por si no volvía nunca más. Ahora esa cartulina cumple un designio más alto: junto a la maría, virgen y mártir, quemada por dos infieles.

BOBINA6 b)

O sea, que si te das cuenta, tú has venido a amargarme la vida cada día un poquito más. Te voy a decir una cosa: no te hablo más de Ferrer Guardia ni de su asesinato ni de la madre que lo echó por coño... Ahí en tu Departamento de la Columbia, ahí tienes que tener por fuerza el n° de Diciembre pasado de la revista de *Oxford Past and Present*, el que dedicaron a *Terrorism in Barcelona and his impact on the spanish politics* o algo así, 1904-1909. Léetelo y con eso te empapas. ¡Pero a mí me dejas tranquilo!

...¡Eso es mentira! Yo no estoy llevando nada, pero que ninguna historia por ese camino. ¡Que no te escucho, cartucho! ...¡Bueno, de eso sí!, ¿de lo que él hablara con nosotros?, de eso sí. De Vallina; yo lo que quiero es hablar de Vallina y tu obligación es preguntarme cosas sobre Vallina.

No me importa reconocerlo; pues sí, me acabó de hacer un liaíllo...

¡Por eso!, por eso, porque me lo he fumado tan tranquilo, creyendo que no tenía problemas, que no existían profundidades más o menos abisales; y ahora me vienes tú con ésas.

Que te conste que es como un hachazo en mi corazón. Eso es como si de pronto hubiera sonado en la radio: *olvídate del Duque, pobré Almudená, pobré Almudená*, con la voz de Conchita... Un hachazo en pleno corazón.

Tienes razón, hay que ver la cantidad y calidad de las tonterías que pueden llegar a decirse con este tabaco-grifa. ¡Di que sí, ríete todo lo que te dé la gana! Pues no se me han saltado las lágrimas con el «pobré Almudená». Ríete, niña. ...Ofu, vaya tela tío. ¡Doloritas!, vaya cómo has cargado los serones, que el mulo está que se cae.

¡Hostias!, la nube en que estoy flotando la regalo a los psiquiátricos.. Cendal flotante de alegre bruma... Esto deberían estudiarlo los neurólogos, los psiquiatras, los loqueros, esa gente..., ¡ayudarían a tantos infelices, darling!

¿Esto...? Porque nosotros no acostumbábamos, pero si lo hubiéramos fumado entonces no hay Guerra Civil. ¡Y mira que dimos por culo en Marruecos! Con lo sensibles a la risita tonta que somos los españoles....

Ofú, vaya tela tío... Bueno ¡venga ya!, ¡tráeme un poquito de azúcar, Dolores!, en una copita de ponche mismamente.

Malatesta y Vallina escribieron a Ferrer a su casa de Mongat, y al poco tiempo apareció por Londres. Almorzamos; estuvimos toda la tarde charlando con él, dándole cuartelillo para que dejara aquel verano España, que ya volvería tranquilamente, que...

Le advertimos de la necesaria alerta con la que habría de vivir, teniendo en cuenta las indiscreciones del picatoste maurista y los temores de la gente de Madrid: que allí había una rifa para chivo y él llevaba todas las papeletas... Vallina y Malatesta le querían convencer de que metiera capital y toda energía en organizar la insurrección armada y que después del triunfo, ya sin ningún obstáculo, se implantarían los métodos de la Escuela Moderna.

—Don Francisco, usted discernirá con su mejor opinión; pero la ocasión la pintan calva. Contamos con el ofrecimiento de una casa alemana de abundantes y magníficas armas. No existe —como le decimos— más dificultad que la falta de dinero para pagar la cantidad que se nos exige por adelantado. Y ese punto, en concreto, para usted....

Ferrer sonreía escuchándoles y decía, como siempre, que la cuestión de la enseñanza era lo único que no podía posponerse:

—Es lo único que no puede esperar, aguantar una y otra posposición —sin la absoluta prioridad que le corresponde— porque nos la imaginemos a merced del enemigo... Puede que ustedes tengan razón, que sea la cuestión tan desesperada como la plantean, que estemos tan en sus manos... Ustedes descuiden, que nunca dejaré de cooperar a la obra revolucionaria, pero —me

perdonarán— no en la medida y cuantías que me piden. —todo lo dijo sonriendo. Falló el sablazo revolucionario.

Y volvió a Barcelona. Y al poco, los sucesos que sirvieron de pretexto para matarlo.

En cuanto supimos de su detención, Vallina recorrió todas las sociedades progresistas de Londres, y la mayoría, como la Rationalist Association, contestaban que no creían justificada la alarma.

La ejecución en Montjuich llenó de gente Trafalgar Square a pesar de una lluvia de granizos como balas que caía sobre gorras y sombreros. Lo único que pudimos fue hacer añicos los cristales de las ventanas y balcones de la Embajada. Vallina marineó y arrancó la bandera borbona. En total, el derecho al pataleo, quitar las porras y patear a cuatro o cinco bobbys... Los soldados españoles dispararon también desde el tejado del palacio cinco o seis tiros a la multitud... Y entre carreras y resbalones —empapados y ateridos— se despidieron la rabia y el duelo británicos.

...Ya, ya sabemos que Maura de aquélla se fue al carajo. Pero ¡me cago en la leche que mamó!, qué rastro de sangre.

Rodrigo Soriano y don Melquíades, después de haberse leído los siete tomos del sumario, a 800 páginas el tomo, demostraron al Congreso que aquello no había sido más que un trasunto del bíblico «cordero llevado al matadero». Pero, y ¿qué?

Recuerdo que al poco tiempo Vallina y el propio Malatesta, con motivo de la caída de la monarquía en Portugal y la imposibilidad de ir allá —no fuera a ser que cualquier otro rey sustituyera al depuesto, digo yo—, sacaban el tema del mal endémico anarquista: la falta de dinero. Mentaron a Ferrer... Otra vez los monises. Malatesta gañoteaba indignado:

—Me dirigí a William Morris rogándole me prestase un dinero para uno de estos viajes. ¿Sabe usted lo que me dijo? «Te quiero mucho, Malatesta, para ayudarte a hacer tonterías». ¡Dijo tonterías!

Se congestionaba Vallina:

—Pero, ¿cómo es posible que un escritor libertario como Morris —como tantos otros hombres de su categoría— desconozca las terribles necesidades de la revolución?!

¡María de la O!, qué desgrasiaíta gitana tú ere teniendo de tó... Y mientras, Ferrer knock out.

Para cualquier otra cosita ya te digo, el *Past and Present* de diciembre... Yo, con tu permiso, hago mutis que estoy con una pájara y un amargor de boca... Tengo la boca reseca.

BOBINA 6 c)

EN serio, siempre que algún entuerto o mitin no apremiara, paseábamos por el Museo Británico... Para mí, excepto la biblioteca, todo una auténtica plasta.

Una vez, leyendo en esa espléndida biblioteca, se me acercaron dos jóvenes españoles que ya había saludado superficialmente en alguna ocasión, y que se presentaron como escritores: Maeztu y Araquistáin. Eran colaboradores de la Enciclopedia que en Londres y con dinero USA estaba publicando Sanin Cano, para la editorial Nelson. Querían hablar con Vallina. Al día siguiente los vimos:

—Doctor Vallina, aparte el honor que significa tratarle, le transmitimos el ruego de Cano para que sea usted quien se encargue de los asuntos de Medicina. Traemos esta lista de cien entradas por si... ¿Acepta usted? ¡No sabemos cómo agradecerle!

Vallina no tenía dudas al respecto; el trabajo estaba tirado para sus conocimientos y la remuneración, principesca.

Un día se equivocaron y le entregaron una lista para hacer biografías de unos Papas. Don Pedro no dijo ni pío y en los artículos se explayó sobre los envenenamientos, incestos y asesinatos cometidos por los santos vicarios:

—¡Y sin mentir en una coma! —me aseveraba.

Pues se los pagaron pero que muy bien y se publicaron tal cual... Cuando él recordaba el pasaje, terminaba siempre diciendo:

—Sanin Cano, ilustre sabio de Colombia, y tan amable. ¡Un santo!

Nunca faltábamos a una especie de Rastro que los miércoles se celebraba en el norte de Londres; los libros se tasaban por tamaños: los grandes, diez

peniques, los menores a cinco. Allí cayó casi completa la *Rivadeneira* a 10 el tomo, o las *Mémoires* en pergamino de Letude o las *Máximas* que Enrique IV de Francia encargó a Antonio Pérez.

Por esa época le dio al Doctor Vallina por el neomalthusianismo; imagino que porque los Victorianos habían requeteprohibido el disertar sobre sistemas de anticoncepción o de aborto, nada más coherente por parte de ellos y nada más lógico que la reacción de nuestro héroe.

Después de una conferencia que hizo con una linterna de proyecciones —a todo esto, de público que no se cabía—, ya por la noche en casa, se presentan dos policías secretas para tratar del tema de las conferencias. Recuerdo lo único que le dije:

—Ya se lo advertí a usted. Pero usted, menos caso a lo que yo le digo, hace de todo.

Sin embargo —oh chamba— resulta que los polis habían estado en el local como particulares y, a pesar del interés que habían puesto en las proyecciones, con la oscuridad, los apuntes que tomaron estaban hechos un asco:

—Mire doctor, tenemos un sueldo de risa, y no queremos más hijos porque no hay con qué.

Y ahí tienes a Vallina después del repullo, explicoteando y poniéndole en claro las notas a la policía secreta.

...Sí. Aunque yo le iba cogiendo gusto a mis escapadas de wee-kend, la vida, como ves, cada vez era más aburrida... Convencí a don Pedro de que me acompañara a Madrid en una de éstas con el señuelo de visitar al viejo Salvoechea, y entonces nos pasó lo de Pardiñas y Canalejas que ya te conté.

Pero, ya te digo, poca cosa. A pesar de que en Inglaterra la guerra se olía cercana, se hacía poca cosa: un mitin antibelicista en el Royal Opera House, en el que intervinieron Bernard Shaw y Anatole France, y que al final el órgano del teatro atacó una grandiosa y bellísima Internacional.

Lo más distraído del mitin aquél, si me permites adjetivar así, fue que por cada una de las cinco entradas del patio de butacas irrumpieron grupos de gentlemen —es un decir— con bastones en ristre para acojonar a la parroquia. Ya iba a saltar sobre ellos Vallina, que estaba en la mesa presidencial, casi en proscenio, cuando el hijo más joven del diputado laborista Landsbury se arrojó desde el último piso de gallinero, aplastando en su caída a un par de los energúmenos asaltantes. Me pareció un arma originalísima que no sé si después se habrá vuelto a utilizar. En fin, el vuelo rápido del enajenado Landsbury fue la señal de la tremolina que te será fácil de imaginar. Aquello ya olía a guerra.

Después de lo de Sarajevo —no, no te voy a contar la I Guerra Mundial, descuida—, empezó a mustiarse lo del pacifismo. Tras de una enésima manifestación en Picadilly, asistimos a una reunión de representantes de las organizaciones revolucionarias de Londres.

Vallina, que por aquel entonces parecía haber estudiado para redundante:

—Todos los esfuerzos inútiles que hemos hecho hasta aquí para evitar la guerra: discursos, resoluciones de congresos, el mismo *Manual del Soldado*, han sido fuego fatuo que no ha servido para nada. Dada la agitación formidable con que contamos en Londres contra esa guerra, propongo la declaración de una huelga general revolucionaria que creo lo único realmente eficaz.

Un distinguido líder obrero, con una lógica si cabe más aplastante que el panzazo de Landsbury júnior:

—Por ahí, por esa huelga que Mr. Vallina propugna, debían haber comenzado los compañeros franceses y alemanes; pero no lo han hecho. Si lo hacemos nosotros solos, facilitaremos la invasión de Inglaterra por los boches.

Al día siguiente unos cruceros alemanes ocultos por la espesísima niebla atacaron la costa y sus poblados, con mil bajas entre muertos y heridos. El pueblo, como alegres casadas de Windsor, se abalanzó sobre cascos y fusiles. Y de paso, la baba de los capitalistas ingleses hizo subir el nivel del mar.

Ahora que he mencionado el *Manual del Soldado* de Roberts, en España lo tradujo Ferrer Guardia. Las quintas del chupe se negaban —o alborotaban— a ir a una guerra que de ninguna forma era la suya... Pero Marruecos era el vivero de medallas y ascensos de los espadones, ¡menudo circo liaron con lo del Monte Gurugú! No sólo a los militares se les hinchó la barriga con la crucifixión de Ferrer, a los curas también se les hizo la boca agua y con más razón.

Los libros de texto y manuales de Ferrer se extendían por toda España. En la Bética hubo curitas que los pedían a sus Prefectos:

—Su Caridad debía leerlos: los niños llegarían a aprender de verdad...

¡Que aprendieran las criaturas con Ferrer! Que inocentones. Sí, ya sé que cura e inocente es casi flagrante contradicción, pero hubo inocentones. Lo que pasa es que tuvieron que colgar los hábitos, o bien el Padre General tuvo la deferencia de mandarlos a las Provincias de Oriente o a las Africanas...

Otro desvío de la historieta, no, si yo te digo a ti...

¿Te apetece tomar algo? A mí tampoco. Tengo bombones..., no, de licor no; After Eight, que me gustan muchísimo.

¿Pongo a Billy Ekstine? Iba a proponerte Edgard Sampson, «swing, softly, sweet Sampson», pero prefiero una buena voz con orquesta a una orquesta sola... Además Ekstine —aparte de tener detrás al Duke— tiene auténtica dulzura de barítono..., lo suyo sería decir que es un tenor abaritonado, pero ¡qué mal me suena esa expresión! Mira, trae *Sophisticated Lady* de Billie la llorona; aunque no lo quieras admitir es una balada que a ti te pega totalmente.

Don Pedro me decía:

—La culpa de esta guerra la tienen los millones de votos del SPD alemán. Si los socialistas alemanes hubieran echado sus votos en la urna contra la muerte, en vez de usarlos para freir a los míseros 10.000 anarquistas... El SPD..., ¿qué harán cuando todo haya pasado y piensen en la cara de esos muchachos con los ojos tan abiertos por la nieve y el fango, por el asombro del

tiro que llegará seguro a la trinchera? ¿No ven que esos chiquillos llevan los leguis siempre orinados? ¿La vida, la casa de los padres, el amor, un trabajo alegre a cambio de la ceguera que dejan los faros encendidos de la nada?

Y aunque estas cosas las farfullaba cuando ya estaba groggy en Méjico, yo sigo creyendo que tenía razón.

Ah, durante la guerra de España, una noche íbamos dando barzones y callejeando por Vich, en Cataluña, cuando se nos une al paseo un compañero y al notar por el habla que era andaluz le digo:

—Nosotros, sevillanos; aquí el compañero es médico, Vallina. Y yo me llamo Federico.

—Yo de Almería. La casualidad, fui amigo en Londres hace ya unos pocos de años de un médico que también era sevillano, creo. Me han dicho que ahora está en nuestro lado... A saber dónde; en algún hospital, seguro...

Vi una taberna con el carburo encendido al fondo, y lo empujé dentro.

—¡Me cago en la leche! Si son don Pedro y el Federico... ¡Quillo! —indicó al barman— ¡Haz el favor de echar una frasca de negro, que te voy a pagar con cuarterones y papelillos de arroz!... Don Pedro y el Federico Padilla, los dos juntos como siempre. ¿Qué hacéis?, ¿dónde estáis...?

Sí, son preguntas un poco absurdas, pero son las que se hacen... Vallina no se acordaba del nombre, le hice el recordatorio:

—Don Pedro..., éste es Deogracias Cano, ¿recuerda usted?

—¡Hombre, claro!, «el Titi», el del laboratorio...

—Usted es mal fisonomista, Vallina, pero mire que olvidársele un nombre así de raro... Eso nunca me pasará a mí.

—Calle, Padilla. Y usted Cano, ¿en qué Columna milita...?

Don Pedro había montado un laboratorio en el semisótano de la casa que teníamos en Londres, con la excusa para los vecinos de que investigábamos soldaduras de aluminios y oxidaciones varias de metales para una fábrica

inglesa. Lo que hacíamos —really, really— era experimentar explosivos, comparar en cantidades ínfimas la mayor eficacia con la mayor economía de medios.

Un día que hacíamos una de estas pequeñas pruebas, «El Titi», que hacía poco que había oído de nosotros, se presenta:

—Mire usted doctor, yo no es que entienda de cargas y fulminantes, es que soy el que le dice a Romero de Torres cómo tiene que pintar los carteles de Explosivos Riotinto. Cuando chico, de teta nada: chupaba mechas de cartuchos.

Todavía me acuerdo...

...Bueno, pues entró a trabajar. Y una tarde que no estábamos en la casa y que Deogracias no se había quedado muy conforme con los preparativos, echó no sé qué más para la prueba que haríamos a la noche.

En cuanto llegamos Vallina y yo nos pusimos a tomar el sol —para una vez que el sol sale en Inglaterra—, repantigados como todos los vecinos en el jardincito de atrás de la casa. Al rato, aparece Deogracias diciendo que iba al laboratorio, que se había dejado olvidado un periódico. De repente, una explosión que descalichó todos los tragaluces del semisótano y los gritos del Titi; quemadas las dos manos, chamuscadas las pestañas y las cejas:

—¡Salud, anarquía y una mierda pa tu tía! —resoplaba una y otra vez el Titi, al borde del síncope ácrata.

Don Pedro lo curó enseguida —otro emplasto natural eficacísimo.

A los vecinos, sonriendo:

—Nuestro ayudante que sin querer, desde luego, desparramó los útiles de laboratorio. Y ya se sabe la tontería cualquiera que puede ocurrir en estos casos...

Los vecinos también sonriendo y volviendo a tomar el sol, como si nada:

—Oh, right, right. What a shame the Service... ¡Blessed sun! ¡It's sunny!

¡Eso es una civilización, niña! ¿Te das cuenta? ¡Eso es una civilización!

Luego me lo he encontrado en Nueva York, al Titi..., estuvimos un día entero de recuerdos, de lloros y de juerga... El me dio el argumento para una historia que me sacó *Vanity Fair*... Una puta madrileña de la que se colgó en el 36, ¡buena fecha para los amores, por los cojones! Ah ¿que ya te di la revista con el cuento? ¿Cuándo?

BOBINA 7 a)

¡A España, digo! Que con motivo de la guerra mundial —cosa más rara no he visto en mi vida— en España se proclamó una amnistía general... ¿Guerras hay?, que no hay para mi España alegría que se le iguale: amnistía general, ¡hala!... A que fue raro el motivo, ¿no te parece? ¡Una guerra!

Supongo que en realidad se debió a la euforia de los grandes contrabandistas: calzado, mantas, lonas, chourisos arrasidos —que dirían en Orense—, etcétera. Para eso March era un lince; fletaba barcos llenitos de zapatos del pie izquierdo, que pasaban la aduana del país en conflicto como muestras. Nada de aranceles..., luego repetía la misma operación, pero con los zapatos del pie derecho. ¿Calidad? ¡Sí mujer, en eso estaba pensando el bueno de D. Juan! Zapatos y botas de cartón; eso sí, el mejor cartón del mercado... Para eso, era un lince el hijoputa.

A la España vampírica, hipócrita y brutal de la neutralidad quien la pintó bien fue Fernández Flórez en una novela que leí hace mucho, ¿cómo se titulaba?, *Iberina*, o algo de *Iberina*... No me acuerdo, pero espléndida como todo lo de don Wenceslao: acuérdate de aquellas Tragedias de la vida vulgar...

¡Hombre, prosa como pocas! O ¿tú crees que todo han sido terceras de *ABC*? Mira, en esa misma *Iberina* o como se llamase, siendo el tema terrible como lo era, te tenías que reír con sus acideces... En esa novela, creo, va una madre soltera e indigente —víctima de ignominias hipocritonas— con su hijo recién nacido y canijo envuelto en una toquilla, y dice el tío, dice Fernández Flórez que el niño «era una croquetita de huesos de pollo».

...Terrible sí, pero fantástico.

Claro que me gustan... Ah, a mí, a estas alturas, eso me da igual; fachas, pues fachas. Si me río con ellos, ¿qué voy a hacerle? Será que son buenos aunque piensen en mis antípodas. Decía Goddivada: «Líbrate de quien piensa “esto es bueno y aquello es malo”, porque todo lo que vivas es digno de ser vivido». Un monje le dijo al maestro Yiap Son: «La rueda está rota. El lecho del río está seco, no fluye el agua; la noria rota no dará más tumbos. Este es el fin del pesar.»

El fin del pesar. Estoy viviendo en el lecho seco de un río donde mi mundo ya no existe y no rodará más porque las guerras se lo han llevado. El fin del pesar: reír me interesa. Hablar, porque tú me preguntas ahora. Pero lo que es reír, sí me interesa.

Es que la literatura en general, para los comunistas —hablo de estalinismo, no confundamos— no es más que una sarta de cácales, como dice uno que yo conozco que es de Puerto Real. ...No, niña, nada de utopías, si es como una historia sacada de Ionesco:

¡Popularización y elevación, camaradas escritores!

Cerca del obrero, del soldado, del campesino y aprender de ellos —siempre desde un profundísimo conocimiento del marxismo-leninismo— y de paso enseñarles a leer. A partir de ahí—siempre desde una honda inspiración marxista-leninista— proceder a la elevación de la obra literaria. Elevarla desde y para las masas, ¡ajo, camaradas escritores!

¿Un cubo de agua —dirían— se levanta desde el aire? ¡No!, se levanta desde el suelo. ¿La literatura se puede levantar desde el feudalismo terrateniente o —piensan— desde esa pequeña burguesía que soportamos de mala gana? ¡No! ¡Se eleva desde el pueblo!

Lo malo, digo yo, es que no haya cubo que levantar, que el cubo no tenga agua, que el culo del cubito esté astutamente pegado al suelo, que al levantarlo se me derrame el agua, que ese líquido pueda ser realmente agua y no cualquier otro fluido y, sobre todo, si el cubo flotase en el aire ¿qué haríamos?, ¿qué haremos, también, si no queremos coger o mirar el puto

cubo? ¿Y si el cubo está lleno —lo que es más que probable— de mordazas servidas por una espeluznante y helada pandilla de burócratas?

Una enorme sarta de cágaes, como decía mi amigo don Manuel Cózar Sánchez que fue maestro en Puerto Real. Déjate a ti misma leer o hacer lo que te salga de los cojones, siempre que no se los pises a nadie.

...Bueno, pues esto que es tan simple, tampoco tiene nada que ver con políticos en el poder o para el poder, ni con el voto a los partidos: ese poder notarial por el que uno vende su persona y bienes, como decía Bellegarrigue. Mira, el mismo don Pedro me escribió una... ¿No te parece? ¡Claro! ¡Y al mismísimo diablo tendríamos chamuscando condones...! Yo ya no sé a cuento de qué coño venía todo esto.

La fetén y de las jons es que los políticos lo que siempre han querido de la Cultura es que sea el pretexto zoológico de su propia zafiedad y su vacío, y la verdad es que tienen medios de sobra para conseguirlo. Y la literatura... Jolín, que rollo te estoy colocando! Yo ya hubiera echado a correr...

De los humoristas. Sí, hija, es verdad, hablábamos de humoristas... Pues verás, Pitigrilli, Jardiel, Hipólito G. Navarro, el mismo Camba o Mihura —incluidos La Ametralladora o Don José—, que eran, además, espléndidos narradores. Si te cito a Wilde es casi una tontería... ¿Chesterton?, claro..., ¿y yo le voy a hacer ascos porque sea católico? Tú no riges. Twain. No he tenido jamás escrúpulos a la hora de reírme. Ah, y mi Wodehouse, xenius oxoniensis..., en serio, nacido allí mismo.

Mira, lo que te quería decir, el mismo don Pedro que era más tieso que un cuello de ballenas, en esta carta que me escribió desde Berlanga —ahora te contaré; porque yo me fui directamente a Sevilla— me dice:

«Como Vd. sabe, cuando salí de Londres, las catorce cajas grandes de libros las mandé a Sevilla, a casa de una tía mía que me había ofrecido pagar los gastos. Pero las dificultades, Padilla, vinieron luego, a la entrega de las cajas. El caso es que, como Vd. conoce de sobra, el cargamento de libros era enorme y entre las cajas, además, iba una con una colección de cráneos de mono de procedencia africana. Los cráneos se hicieron sospechosos por el asombroso

parecido con el que lleva Alfonso XIII sobre sus hombros, y hubo hasta quien supuso que se trataba de calaveras que habían pertenecido a personalidades asesinadas por los anarquistas (se lo juro a Vd.) y se negaron rotundamente a entregar el equipaje. Recurrí a Barriobero, que vino en mi ayuda como abogado, así como al doctor Manuel de Brioude, catedrático de la Universidad de Sevilla, quien tuvo que testificar que aquellos cráneos eran de monos que no habían participado en ninguna labor de Estado. Por fin, el pleito se resolvió a mi favor, gracias a las idas y venidas de esos amigos. ¡Cómo hubieran podido imaginar aquellos monos, cuando en vida saltaban por la selva, que iban a ser tan vilmente calumniados después de muertos, comparándolos con hombres de los menos recomendables!»

Lo que yo te digo, detrás de un palo de escoba te encuentras un humorista estupendo.

...Es que, verás, cuando supimos de la amnistía, dijimos: por barco no, porque los alemanes van a jugar con nosotros a las escopetitas de la feria; además, Josefina estaba ya casi de nueve meses... Ah ¿que no te he hablado de ella? La compañerita de Vallina se llamaba Joséphine Kolbach, era luxemburguesa... Lindísima. Bueno, pues resulta que a Josefina y a mí nos permitían cruzar Francia en tren, pero a don Pedro, no. Así que él tuvo que salir después que nosotros, desde Liverpool y en un mercante, a la aventura de los torpedos. Afortunadamente llegó bien a Berlanga... Sí, pasó de Portugal a Berlanga.

Pues, porque su hermana se había casado con un boticario de ese pueblo, el boticario más borracho que he oído en mi vida. Berlanga está en Badajoz, por la tierra de barro casi frontera con Sevilla. Además allí estaba también la madre de don Pedro, que tampoco quería a un farmacéutico beodo por yerno. Bueno, pues cuando llegó al pueblo se encontró con que habíamos llegado tres en el tren: Josefina, menda y Harmodito, que le había dado por nacer en París, en pleno trayecto. ¿Yo, con Harmodito? De ama de cría.

Allí los dejé y me fui para Sevilla, y a Sevilla me escribió don Pedro la aventura que antes te leía. No habíamos podido hablar en persona por culpa de las prisas.

Lo de Berlanga y el boticario no duró mucho. Habían mandado un secreta al pueblo a vigilar al doctor. Como Vallina o leía o se levantaba tempranísimo para recoger florecillas campestres, el secreta se aburría como una portera y se dedicaba a emborracharse y a hacer sesiones de magia en el Café de Señoritos, de payaso auténtico; se hartaban de reír de él y ya por la noche tenían la deferencia de arrastrarlo por los brazos y por los pies hasta la fonda.

Total, a Vallina se le ahumó el pescado, porque en el pueblo no había nadie que valiera un duro, y cogió a Josefina y al niño, a su madre y a la hermana y se vinieron todos a Sevilla. ...No, al boticario lo dejaron en Berlanga, con sus aficiones como es natural: darle al codo y ponerse impertinente cada dos por tres.

Además, así Vallina gestionó el asunto de su título de médico en España y se colegió en Sevilla.

Sevilla, después de los sitios por donde nos habían zarandeado, nos parecía una ciudad de juguete, hermosa, recortadita... Pero encontramos a los sevillanos tan gilipollas como los habíamos dejado.

Yo te digo una cosa, a mí el Gran Duque de Alba este me sabe como agua con orozuz... ¡Toma, ya sé yo que eso es por estar acostumbrado al Fundador, que es más de hombres. Pero que ya no lo compro más: el Fundador lo encuentras en cualquier parte, el otro hay que buscarlo... Y me ahorro 380 pavos, encima.

Perdona, el otro día se me olvidó referirte algo. Tengo que reconocer —para que no te engañes— que nunca soporté a don Miguel de Unamuno, ese llorón dubitativo con cara de lechuza papirofléxica. Sin embargo, algo hay objetivo: el caballero dio bastantes bandazos políticos. Sí, el más famoso cuando intentó contemporizar con el régimen de Franco que, si no llega a soltar Millán Astray sus comentadas coces legionarias, cualquiera sabe adónde hubieran llegado esos amoríos. Le ayudó mucho también a mantener su figura —ya no era más que unas aristas de acero de Pablo Gargallo— ante la opinión pública el hecho de que, después de aquello, se muriera tan prontito.

Pero hay un asunto que no le perdono, aunque luego rectificó evidentemente por la polvareda internacional o por su propia naturaleza feble de cacumen... Cuando asesinaron a Ferrer en Montjuich, él escribió en prensa jaleando el comportamiento de los matarifes —la mar de jacarandoso—, diciendo que qué más podía pedir Ferrer Guardia que haber sido ejecutado de forma tan castiza y española. Lástima que nadie, nunca —por la prisa que se dio en morir—, le obligara a comerse en el mismo Montjuich donde fusilaron a Ferrer, página a página, todas las requeteagonías de todos los cristianismos que escribió.

¡Hombre, eso depende de la calidad del papel en las distintas ediciones! Sin ir más lejos, las cabras esos distinguos ni los tienen en cuenta a la hora del aperitivo...

...Por supuesto que puedes no estar conforme, ¡faltaría más! Pero, ¿yo puedo decir lo que me salga de los huevos, o me tengo que constreñir a lo que usted consideraría adecuado decir de don Miguel...?, ¡faltaría más! también, ¿no?

...¿Lo del Cristo de Velázquez? Probablemente lo escribiera por rezarle a cualquier cosa en los momentos de duda sobre su propia existencia.

Además, te ruego que en lo sucesivo no me compares más a una noble cabra montaraz con semejante patocho, que sólo triscó, si acaso, por Fuerteventura.

BOBINA 7 b)

VALLINA se había acomodado provisionalmente en la calle Alhóndiga, en casa de su tía Asunción, porque a él le dio la gana: él sabía de sobra que mi casa era la suya. A la mañana siguiente de instalarse, casi de madrugada, riiing, riiing:

—Padilla, le llamo desde casa de mi tía. Véngase usted para acá; calle Alhóndiga 9. No, sin piso: es casa entera. Lo que pasa es que uno de mis primos está en el escritorio de la fábrica de cervezas que tiene don Roberto Osborne en la Cruz del Campo; y él quiere, antes de irse al trabajo, ponernos al día en la cuestión de los cerveceros. Sí, por lo visto hay meneo. Véngase usted ya, y rapidito.

Esas fueron las primeras palabras del buda en Sevilla.

Ya podía haber preguntado al maestro, alguna vez, ¡tantos años juntos!, cómo coño llegan las palabras de un sitio a otro por los hálitos de un cable. Tema éste, el de la relación entre palabras y cables, sobre el que siempre he sido ignorante de forma particularísima.

Pues bien, me presento en casa de tía Asunción con la noticia de que el Rey estaba en Sevilla para unas horas sólo, pero que estaba en Sevilla; y en éstas llama a la puerta un guardia civil que nos saluda ceremoniosamente:

—Buenas. Con el permiso de ustedes; aquí que mi jefe me manda con la orden de que estos dos señores de aquí —desdobra un papel, nos escudriña las caras, guarda el papel— no salgan de la casa hasta nuevo aviso, o sea, más claro, hasta que su Majestad se haya ido.

Se sienta, muy tieso, a un ofrecimiento de doña Asunción.

No habían pasado ni cinco minutos, otro guardia:

—Maqueda, que el jefe me ordena que vea si estás aquí y que me quede contigo. Ustedes disimulen, buenos días. Estos dos son los de las fotos, ¿no Maqueda? —saludo ceremonioso.

Acto seguido, aparecen también dos municipales armados, con idéntica separación temporal en su llegada que los de la Benemérita y con igual prosopopeya en el saludo.

La tía Asunción sienta a todas las fuerzas de seguridad alrededor de la mesa camilla, y les pone en medio una botella de Anís del Mono cerrada y cuatro copas. ¡No era nadie, la tita Asunción!

—Caliéntense ustedes la barriga, que hace fresquete, y además la espera no se les hará tan aburrida...

—Se agradece, señora, pero estando de serv...

—La leche que tragaste, Maqueda —susurró el otro de los civiles.

—Vale. Muchas gracias, señora; se matará el gusanillo a la salud de ustedes. Con su permiso...

Y empezó el trasiego y, con él, las tonterías y dicharacheos.

Ya cerca de las dos de la tarde —hora en que Alfonso XIII ya estaría, como la jaca, caminito de Jerez—, se despidieron de nosotros mucho más solemnes que cuando llegaron; aunque uno de los guindillas se llevaba la botella vacía, rascándola con una llave grande a ritmo de campanilleros:

*Don Alfonso, como es tan travieso,
con el nabo tieso
ha rompío un faróóól
Lo cogimos los municipales
y nos lo llevamos
a la Prevencióóón...*

*Chun, chururúchunchún,
chururúchunchún, chururúchunchún...!*

Definitivamente, estábamos en Sevilla. Por si cabía alguna duda al respecto.

El doctor Ruiz, amigo de la familia, metió a don Pedro en el Hospital de Sevilla —hermosos patios sembrados de palmeras adornaban una severa fábrica de la baja Edad Media—, en la sala «Amor de Dios» de enfermos agudos. De este señor, que era el director del Hospital, sorbió Vallina toda la experiencia de treinta años de ejercicio. Era este doctor Ruiz viudo, pero no debió quedar muy contento después de sus vivencias conyugales, porque era un auténtico obseso aconsejando a los solteros contra el matrimonio: un apóstol arrebatado. Quizá algo misógino... Tal vez sólo fuese impresión mía..., pero no creo ¿no?; cada vez que recordaba a su difunta, a él no se le caía de los labios «la loca de mi Mariana, de la que el Señor ha tenido a bien librarme», y miraba así, para el techo y con los ojos vueltos, con la serenidad del hombre que ha recuperado la Fe.

Se mudaron a una casa de calle Bustos Tavera, saliendo a San Marcos, como quien dice con todo el barrio de la Macarena por delante. Ya empezábamos con los escarceos subversivos, tanteando, porque los trabajadores y el pueblo llano de Sevilla también son muy jodidos: lo mismo un día los tienes en masa en la calle, con la vena hinchada de los gritos y blandiendo cuchillos de cocina, el que menos; y al día siguiente, abúlicos, con cuchufleteo descreído o amodorrados por el vinate.

Nos encontrábamos —don Pedro y yo—, generalmente, en el bar-churrería de la Plaza de San Marcos que se llamaba Los Claveles o algo así, por la tarde noche. Allí paraba buena gente y distraída. Los de la fábrica de vidrios «La Trinidad» —la mayoría, anarquistas de una más que mediana edad— se hicieron una iguala con Vallina. Tenían buen vino y conversación. Vaya, gente cabal. Don Pedro y familia vivían en los balcones del primer piso y en el bajo estaba la consulta.

Antes te decía que nos veíamos «generalmente» en el bar ese, porque no encontrábamos ni otra hora ni otro sitio; y es que de este hombre, de Vallina, se aprovechaba absolutamente todo el mundo. Los pobres y los no pobres. No decía que no ni para una apuesta.

Por lo pronto él por las mañanas, visitaba en la calle; por las tardes, consulta de pago y ya, la gratuita, la pasaba por la noche, muchísimas noches. No te digo yo que hacer eso fuese malo..., sería la generosidad, ¿qué se le iba a hacer?

Muchas mañanas la gente o yo o quien fuera le llevábamos los churros desde Los Claveles, porque le daban las claras.

Además, escucha un detalle —si es que está meridiano—, a él todo lo que olier a religioso, aun entendiendo y gustando lo que hubiese de artístico, le repugnaba; bueno, pues llega la Madrugá del Viernes Santo de ese año.

El se las había prometido felices y cogió la cama en cuanto pudo. A las tantas, le dan unos buenos porrazos en el portal, se asoma y ve a Solano, un varillero que estaba en el lío, pero que le gustaba muchísimo el vino blanco:

—¡Don Pedro, por Dios, don Pedro! —en Sevilla se mienta mucho a Dios, una costumbre no meditada suficientemente por los ácratas—, ¡asómese usted...!

—Solano, hombre, ¿qué quieres? Si vienes ya con la bolilla, hombre...

—Ay don Pedro, que se me ha puesto la niña muy mala, que no puede respirar, que dicen allí que es la difteria... Si me ve chispón, es por la desgracia que traigo encima y porque ha salido la Macarena y... ¡hombre!, se encuentra uno a todos los amigos del barrio...

—Y ¿dónde es allí?

—Donde yo vivo, en un patio de vecinos del Corral del Conde.

Al Corral que se fueron con instrumentos para una traqueotomía.

Al llegar, la niña roncando y más sana que una pera. Al Solano, como iba de la manera en que iba, le dio por decir que aquello era un milagro de la Macarena —la verdad es que no se puede pedir mucho discernimiento sobre materia religiosa a un libertario en plena exaltación ética.

—Don Pedro, a usted lo invito yo a cenar, no me diga usted que no, que me desprecia usted la salud de mi hija.

Y allí tienes a Vallina con una caña de manzanilla en una mano —y sin bebérsela, que tiene más mérito— y en la otra una rodaja de pescado frito, zarandeado en plena bulla macarena, detrás del palio. Acabó maldiciendo — me dijo, cuando me lo contaba— a voz en grito a «aquellas turbas alcoholizadas y fanáticas, ¡y que no dejaban de gritar ni un momento!: Macareena, ¡guapa!, Macareena, ¡guapa!... Padilla, lo que yo le diga, eso sí que es una tortura y no lo de las tonterías de la cárcel Modelo.»

Que, como te digo, no sabía decir que no.

De todas formas, la visita al Corral del Conde fue fundamental; ya te explicaré...

Iba a poner alguna música acorde: «Los Gitanillos de Bronce», un L.P. francés que encontré ahí al lado, en Pig 's Records, en la sección IMPORT. REC. siempre voy buscando alguna repesca hispana, y me encuentro un 33 revoluciones de flamenco jeditado por franceses! ¿Habría prohibido Franco grabar discos en España?

...De todas maneras, coincidido contigo: a medida que te hablaba antes, iba tomando todo un cierto viso —tal vez tan excesivo como involuntario— demasiado sevillano, con comillas. Y conviene despejar el ambiente.

Para ti una absenta con hielo para la natita, ¿no? Ah, pues como quieras, ¡hala!, absentita seca para la niña.

Voy a...

¿Doloritas, dices...? No, si ya iba yo a por las bebidas... Además, hoy me parece haberla visto con un montón de papelotes. ¿De verdad crees que a ella le interesará lo que te estoy contando?... Espera, voy a ver si está muy liada.

Como quiera que sea, esta vez las bebidas las pongo yo.

Ve tú buscando mientras, entre los discos de jazz, uno que se llama «Chet Baker in N.Y.», que toca con el Gerry Mulligan. A mí me gusta más la trompeta de Baker que la del negro este..., ¡Davis!, el que está con Gillespie. Menos mal que a ti te gusta también el jazz, si no, no sé con quién iba a escucharlo. Voy a por Doloritas. Ese no; busca el «Chet Baker in New York».

...Dolores, que me he acordado ahora: hazme el favor de traer el álbum de fotos mío de después de la guerra; no, de después de la mundial..., que sí lo encuentras, mujer; si pone la fecha en el lomo: de 1918 a mil novecientos no sé cuantos.

Vamos a distraer la cabeza un poquito, niña, ¿te apetece? Un rato, sólo un ratito.

Bueno, sí, ahí hay fotos auténticas y recortadas de periódicos o de revistas; ¡también tengo pegadas tiras de «Dick Tracy» del *Sunday Times*, que me encantaban!

Cualquiera foto que me gustase...

Mira, ésta no va pegada aquí, es muy anterior; es del estudio que Fortuny tenía en París, sí, la hice yo con un trípode de madera, el conjunto era mucho más exótico y orientalista que de «casacón», ¿verdad?

En Granada, en el Real Bajo, he visto una tienda de tejidos Fortuny, de estampados y manufacturas, seguro que fue donde empezó el abuelo con las telas. En Venecia no hace mucho, ¿el año pasado, Doloritas?, vimos también un comercio de telas, decadente y fastuoso, también rotulado Fortuny, pero era una absoluta falsía con estampados a lo Klimt y con mucha greca ática... Unas mentiras carísimas...

Esta foto de la derecha es de la consulta de don Pedro, ¿no ves los anaqueles blancos, la canina colgando del techo y los montones de libros a los dos lados de la mesa...? Me acuerdo perfectamente de esas sillas de metal pintadas de blanco..., hasta olían a hospital. Sí, también con exposición, claro... Era una espléndida Kodak de madera y el fuelle de piel, una 6x9, con sus flejes cromados y relucientes. Uff, cualquiera sabe dónde se quedó eso.

¡Estas fotos están revueltas! ...Sí, Doloritas, seguramente la culpa es mía porque las pego yo, pero es que parece como si hubiera estado tonto al colocarlas en un álbum que no era el suyo... ¿Cómo que estaría borracho? Doloritas, sabes herir; llegas a tener mucha más mala leche de la que imaginas...

Total, dejémoslo estar. Otra más antigua todavía: «Ratas de agua»; bueno, niños en una playa, como los que pintaba Sorolla, pero los fotografié en Whitby, Yorkshire. Tiene todos los ingredientes sorollescos, con menos luz y más mierda, aunque también es menos catetito todo.

Esta otra sí es de aquel año: el rostro de una muerta en el Corral del Conde. Me gasté una fortuna en el revelado. Encargué el papel a Ilford —entonces sólo fabricaba y servía por encargo—, yo mismo dirigí los grises para sacar los rasgos de la negrura del fondo. ...No, me metí allí sin don Pedro. Iba solo, buscando pintoresquismo. Me llevaron los niños a la habitación IV, entrando en el Corral, primera escalera a la derecha, primera galería... Pues porque a esos niños les había dado caramelos en una ocasión y cuando me vieron llegar ese día con los acapadres de fotógrafo, les faltó tiempo para enseñarme a la joven. La disposición de los pelos y los labios finísimos me recordaron inmediatamente a la santa Inés de Julio Romero. En realidad, no quise hacer más que algo tipo prerrafaelita. ...Les di un duro.

Aquí estamos con los vidrieros en el bar de la Plaza San Marcos. Sería primavera por los veladores puestos en la calle; yo soy el del jipi-japa. Ni idea de quién pudo hacerla, a lo mejor fue la misma Josefina. Los campanarios del fondo son los de Santa Isabel y Santa Paula. ¡Qué Sevilla!

Esa de ahí la hice en Folkestone, pero creo que es del año 13, son algunas de las gachís de un International Beauty Show que se celebraba... Fíjate en los ojitos y en los labios mórbidos de la de England, la de la izquierda. Fíjate ahora en la de la otra punta, en la española, ¿no tiene la cara de la santita clorótica y vestida de negro y miriñaques, de la señorita decente esa que también pintaba Romero de Torres? ¡Así cómo vamos a ganar International Beauty ninguno!

Ese que está muerto es Lechamarzo, el doctor Lecha Marzo, lo que pasa es que la calle que le pusieron la rotularon así, LECHAMARZO, todo seguido.

Ah, yo qué sé; interroga a los dignos operarios del nomenclátor sevillano... La familia me dejó hacérsela por la amistad que nos teníamos. Treinta años justos cuando murió: la gripe del 18. Antes de venir a Sevilla como catedrático de medicina legal, Lecha Marzo, con diez años menos, le echaba la pata

jugando al golf al cartero de Saint Andrews, que dicen que fue el inventor. ¡Qué niblick!, 140-160 yardas de salida y de ahí no bajó nunca.

Fuerte y encantador, amén de médico y forense de cagarse la perra.

Aquella gripe se llevó curiosamente a los más sanos. No quiso a los niños raquíuticos, a los escrofulosos... En esta foto que le hice, no sé por qué me parece un torero recién corneado, muerto ya en la enfermería, medio vacía la plaza, la boca entreabierta sonriendo al descanso que no había pedido. Lo vieron todos los médicos, Vallina y todos; es que fue una epidemia muy gorda...

La única vez que don Pedro tuvo que tratarme, yo respondí; Lecha no, por desgracia.

Vallina en aquellos días tomaba un coche por la mañana y se iba a un barrio, el que fuera, entraba en una casa, salía y se metía en otra, en todas había un enfermo, una enferma. No cobraba, no anotaba visitas. Tampoco, casi, aparecía por su casa... Llegaba la hora de comer o de cenar y se sentaba en cualquier mesa de cocina, y la hija o la dueña o quien fuera le ponía el plato por delante.

¡Bueno, ya está bien de ver fotos de gente difunta!... Aunque la muerte de verdad es lo de menos, en realidad no existe o no importa.

La evolución de las fotos de los amigos o de las propias —aunque se siga vivo— es la que te va diciendo: «ésta persona que ves ya no existe, ha muerto, era otra en esta imagen; ahora tiene una cabeza distinta, otra sangre, mudó la piel, tiene la cara adusta, aquél ya está calvo. Son otras personas, hoy son otros.» Yo no soy el del jipi-japa. De mí no queda absolutamente nada. Y ahora miro tranquilamente a mi cadáver sonriente, con un sombrero que tuve, en la primavera del velador de Los Claveles.

¿Algo solanesco? A mí no me gusta Solana, ¡qué triste, qué exagerado, qué 98! Ni Ramón, ni Pombo ni nada de eso. Leer greguerías o goyerías es como buscar diamantes en la mierda: encontrarlos, los encuentras; pero amigo, te has recorrido las siete u ocho manzanas del Madrid más costroso, hurgando en

todos los cubos de basura. A veces hay oro, sí: el anillito de la cocinera en el potaje que hierve en la hornilla, con su dedo y todo.

Yo me veía imposibilitado —no por mi convalecencia, ésa era la excusa— para acompañar a Vallina a través de las miasmas de los cientos de pobres que él veía y auscultaba... Lo que sí hacía era soltarle chasca, para que al despedirse y estrechar la mano del tísico o de quien fuese le dejase en el hueco de la mano cinco duros o los que, a su juicio, fuesen menester. Medicinas, comida. Lo que fuese... Efectivamente, un cobarde; yo era un cobarde total, como todos los héroes.

Me fui a pasar la convalecencia al Kursaal renovado, que ahora se llamaba Kursaal Central Café. Estaba siempre por allí Eugenio Noel..., vaya, no es que escribiera muy allá, pero era un perfecto y asiduo compañero de juerga. Le gustaba, lógicamente, el flamenco y se hablaba de tú con «La Macarrona». En aquél año 18 oí por primera vez el jazz; porque vino de Madrid una jazz-band de negros, la «Cabaret Parisiana Orchestra», todos de smoking rojo...

Ahí tuve yo una flaqueza..., pues que hablé con el pianista que era el director, ofreciéndole los servicios de mi bonita voz abaritonada —que mal me suena este adjetivo—; porque en aquel momento lo hubiera dejado todo. Y todo era todo... Pero no hubo suerte: lo que buscaban era un trombón de varas para los solos —el que tenían antes se fue con la gripe que por lo visto no hacía ascos a las razas—, y el cielo me había negado pericia varilarmónica.

Cuando «La Macarrona» coincidía con aquel dixie acharlestonado, le decía a Noel: «¿Usté me puede esplicá qué torniyo se l'aflojao ar globo del mundo terráqueo, usté que es un don Ramón y Cajal?» Como si fuera nuestra madre, igualita que una madre.

Yo, la verdad, me eché a los peligros, porque anduve liado con Concha «La Pileña» y la Juana Junquera. No voy a entrar en detalles sicalípticos. Don Pedro luego les hizo los abortos... ¡Hombre!, pues porque ellas no querían dejar el baile ni el arte, que eran su vida. Qué mal se lo pasaron las pobres... Pero es que yo tampoco me veía por ahí, trotando mundo con un par de churumbeles empernacados en los cuadriles y...

¡Que no soy cínico, coño! Que con ustedes no se puede hablar de nada.

La epidemia aquella fue como todo, cada uno cuenta la feria según le va; yo la pasé cansadísimo, pero —paradojas de la life— ferozmente bien.

¡No, yo ya no soy así! Yo soy otro hombre. No creo que sea necesario que os lo jure. Acordáos, aquel yo se quedó difunto entre las fotos...

Fíjate en ésta, ¡qué bien ha salido «La Pileña»...!, aunque el revelado sea un desastre, sí.

BOBINA 7 c)

POUR vaincre l'ennemi l'audace, encore l'audace, toujours l'audace, ese lema me lo repetía Vallina desde que lo leyó en París, en el pie del monumento a Danton, me parece. Se lo quedó desde entonces como una muletilla que reiteraba, una y otra vez, cuando iba a organizarse algo gordo. Y estaba a punto de pasar algo en Sevilla, porque Vallina me había dicho, como al paso y en un susurro, «L'audace, l'audace, toujours l'audace» en un par de escapadas al bar desde la consulta.

Raro, pensé, porque si se hubiese tratado de proponer cualquier burrada esporádica, escaramucera, yo qué sé, un petardo en el Palacio Arzobispal, por ejemplo, él habría gritado la muletilla abiertamente al entrar en el bar y después del ¡toujours l'audace! final, nos hubiera llamado a un velador a los cuatro o cinco de confianza, para contarnos con pelos y señales la atrocidad — en el mejor sentido de la palabra— que estimara necesaria ejecutar.

Porque sí, porque yo lo conocía y así era él... Y ahora no, ahora venía sinuoso, con prisas, en voz baja... Raro, pensé. A ver cuándo y por dónde me sale éste.

Y es que, claro, la cabra siempre tira al monte; y a él todo el plan que traía en la cabeza le venía bullendo desde las últimas experiencias médicas y brutales que había vivido con la epidemia, por los patios de vecindad de esos barrios dejados de la mano del siglo XX.

Verás, primero me gustaría situarte —porque tú no conociste esa Sevilla y tampoco puedes llegar a imaginarla—, o por lo menos darte una idea de cómo veía yo la cosa. Luego te cuento todo tal y como pasó, ¿Ok? ...Que sí, que luego me preguntas lo que te dé la gana, pero no te lo aclaro todavía, ahora mismo, porque te faltarían datos. ¡Hombre!, confía en mí; para que puedas

saber algo sobre lo que quiero que tratemos, antes, te repito, lo lógico es que te sitúes.

Quita ahora el aparato y lo conectas cuando sepas qué preguntarme... ¿No?

Ah, si crees que te puede venir bien, déjalo. Por mí...

Ayer o anteayer te reconocí mi cobardía; pero eso es porque yo voy contigo con las del beri: si te hubiera vacilado de valiente, te lo habrías tragado igual. Y no, aquí el valiente siempre fue don Pedro, porque sus pasiones eran la Medicina y perseguir la utopía —llámale lugar que no existe, como prefieras.

Las mías, mis pasiones —una vez descubierto en 3º de Derecho que la Justicia era pura filfa y que, si seguía, era por cínico— fueron la transparencia y la autenticidad a través del iris amarillo y las pupilas de águila de Vallina. Para mí eso fue como vivir en el pellizco continuo de un cante... Se me ponen los vellos de punta.

Dame una calá, que estás embobada y me lo estás dejando en el cartón puro.

Por lo demás: leer poesía y mis pocos clásicos; aunque, sin saber por qué, relea como un poseso el Diálogo de la Lengua o las charletas de Hilas y Philonus; o reírme, de mí, del buda y ¿por qué no? del mismo don Pedro. A estas alturas, me río yo hasta del *sursum corda*...

—Eso, don Federico, son vicios, aficiones insanas, suburbios, sinagogas... — como me decía un guardia municipal que conocí en una taberna de Alájar.

...Como que yo nunca tuve pasiones auténticas.

Si acaso, mi vivir desde el momento aquel en pura flor de cananas: la violencia alegre y necesaria y justa, el tiro que a través de mi mano pegaba la Humanidad entera. Aquello fue como el que se enamora a los quince en plan burro, y es feliz hasta las lágrimas. Exacto, así, como el enamorado. Si la alegría, la necesidad y la justicia eran verdaderas, no fue sino porque tuve la sensibilidad de no mirar nunca más a través de mis ojos cínicos —esos de estar de vuelta hasta del lucero del alba.

Conseguí hacerlo a través de la única mirada que yo había visto entregarme en bandeja cuanto de hermoso puede guardar un hombre en su cerebro: la mirada amarilla de Vallina. Como la de un niño. Qué fácil sería decirte como la de un loco, pero qué va. La verdad y la belleza. Un mundo bueno y posible, porque podía llegar a ser real en los ojos de una criatura.

¿Sabes lo que siente un niño cuando ve a los hombres malos pudrirlo todo y matar de hambre, sin que nadie les diga ni pío? Pues que ni jueces ni la hostia. El niño sabe que los jueces y la hostia también son malos como los hombres malos. El niño lo que quiere es meterles un cuchillo por la espalda, de frente no puede. El niño es el cuchillo, la navaja que vacía la barriga, los perdigones que deshacen la nuca, la bomba que mata al jefe de todos los hombres malos. Porque el jefe...

¿Pero no me ves? Soy viejo y don Pedro se murió; las guerras me dijeron que me fuera al carajo. Me queda cariño... Tolerante. Pero porque tú sabes, como yo, que la tolerancia te permite seguir riéndote de todo y, ahora más que nunca, de ti mismo. De lo que hayas significado.

Sólo ese karma que quieres curiosear —todavía no sé por qué—, el mío, y que algún día tendrás claro... Pues lo habrás visto claro cuando los dos, tú y yo, nos riamos de él, del karma ese también, cuando mi famoso karma se quede en pelota picada y se vaya al carajo. Que así será antes o después, descuida.

...Siempre tuve esa conciencia de que vivía gracias a Vallina. Si no ¿de qué iba a estar yo aquí? Yo fui un cobarde. Y un héroe porque llegué a ser también auténtico a mi manera: sabiendo que todo era un quedo inmenso, como la bola del mundo, me suicidé y me metí en unos ojos. Eso me devolvió como niño a mi propio cuerpo.

Estos latazos que te largo, a ti te dejarán como al negro del sermón: con los pies fríos y la cabeza caliente, pero a mí me matan poco a poco. Es como si fuera al hospital a sacarme sangre todos los días. Estoy helado... Voy a hacer un liaíllo y nos vamos a la mesa camilla a calentarnos con la copa de cisco. Ahí tengo un poquito de alhucema, échasela pero que no atufe.

¡¿Eso qué ha sido?!

Otro ruido como ése, y me tenéis que llevar al doctor Mayo por parada cardíaca y muerte súbita. Has sido tú al tirar del micro, ¿no?

...Ay, el «Rubichi», el gato más zángano de Nueva York y parte de Newark menos cuando encuentra algo valioso que romper. ...Todas rotas.

Claro, la caja de placas de cristal que trajo Doloritas con el álbum. Ahí están —bueno, estaban— algunas placas antiguas que todavía no había pasado a papel... Ésta no se ha roto, hazle tornasol debajo de la lamparita, verás cómo se ve el negativo que forma la emulsión de plata.

¿Qué le vamos a hacer?, pues nada; jodido gato... No, jodido yo, que había dejado la caja en el mismísimo filo de la mesa. El pobre gato se habrá llevado su buen susto... Y tú también, ¿no? Bien, todo tiene su lado aprovechable: ya hay menos cosas que guardar.

Sí; si quieres las placas que quedan, llévatelas de recuerdo... No, a mí me da igual, de verdad. ...Joder, si no, no te lo diría; me habría quedado calladito que estoy el doble de guapo. No, hija, eso no te pasa a ti; tú estás mucho más guapa cuando hablas: mueves las cejas espesas que tienes y se te abren, al esperar respuestas, las aletas de la nariz..., como cuando coqueteas. ¡Claro que coqueteas! No, perdona, si no es que lo hagas intencionadamente, es que sin que se sepa muy bien por qué o sin tener para qué, todos, pero que todos, coqueteamos... Ah yo no sé, eso será cosa de antropólogos, de psiquiatras o de consultorios radiofónicos.

Esa forma de respirar tú mientras preguntas o charlas, las cejas que se te arquean... Esas cosas —tampoco sé por qué, te lo juro— son las que consiguen que don Pedro y mi vida salgan de la boca como si todo hubiera ocurrido ayer.

¡Pobre «Rubichi»! Ven aquí, gato zanganillo... ¿Tú quieres seguir siendo un niño y quieres que los hombres malos dejen de serlo? ¿Tú eres don Pedro? Claro... Por eso has roto esas fotografías, ¿para qué las queríamos, verdad?

¿Quién inventaría los braseros de cisco picón? Qué calorcito; echa ya la alhucema, que huela esto a portería. ...Verdad: nada más anacrónico ni más exótico que una copa de cisco en N.Y. ¿Tus zapatos tienen suela de material?

Es que si las tienen de goma, como pongas los pies encima de la alambarrera, se te van a quedar pegadas...

Bueno, enciende tú el peta..., el cigarrito, el petardo; es que es natural que no domines la terminología legionaria sobre el tabaco-grifa, y a mí eso se me olvida. Perdona... Digo muchas palabras que a ti ni te suenan. Las buscarás luego en el diccionario de la RAE, y allí tampoco estarán. Viven en el aire de los barrios. Son palabras que viven sólo en las cabezas, pero que han llegado ahí por los olores de las tabernas, por los gritos de verano en los rebates de las puertas, por el susurro del té de pucherete de un sabbath pobre en Whitechapel, por las chulerías de los casinillos de Biarritz, por el aroma a cordero con coliflor y caldo bordelés de todos los restaurantes de París.

En Biarritz, poco antes de tirar para acá, estuve almorzando un día con Belmonte, Julito Camba, Sebastián Miranda, Morand y Christine del Castillo. ...Christine era una compañera que como tenía dinero y no le quedaban ganas de líos se había instalado en un hotelito exento, en plena playa. Allí en su casa paraban Belmonte y Paul Morand cuando recalaban por Biarritz: estaba empeñada en hacer unas espléndidas versiones al castellano —ten en cuenta su ascendente español— de los poemas de Morand. Cualquier día se editarán juntos y valoraremos al que, además de todo, es un estupendo poeta...

No, no, ella era bastante más joven que él.

¡Tanto como despotricaban Bretch y Eheremburg de la inmoralidad política de Morand! Ya hubieran querido escribir don Bertoldo —y cacaseno— o el don Ilya unos versos como estos...

Me he acordado de aquel almuerzo al ver aquí, en la mesita camilla, la novela esta de Morand con el papel que asoma entre las hojas, con letra de Christine, y que es la copia de la versión de un poema que ella envió a la Gaceta Literaria... Apareció en la página que llevaba Ramón Gómez de la Serna, este señor tan generoso para con los demás omitió, cosa rara, la autoría de la versión castellana. Lo tituló, también cosa rara, Jaculatorias De La Sagrada Cripta, cuando aquí puedes ver que originalmente se llamaba..., espera que lo saque..., es una sátira feroz y magistral sobre Hollywood:

BAÑO CON DOUGLAS FAIRBANKS

Espero en un sillón de peluquero, niquelado, basculante.
Me contemplo en el espejo;
¡Dios mío! ¡Qué será cuando tenga cuarenta años...!
Sobre el mármol hay tarros y todos los afeites chillones del cine.
Pintarse, hacerse: to make up.

Aquí es donde Fairbanks crea los héroes que surgen de ese espejo
como salen del suelo, los soldados del «Ladrón de Bagdad»...
Fairbanks ha entrado con pasos cauchutados.

Me mira, avanzando su quijada azulada de blanquísimos dientes,
y entornando sus ojillos, hundidos bajo unas cejas
del calibre de sus bigotes.

Viene del Golf y sus miembros bien ajustados
no hacen el menor ruido,
como las puertas y ventanas de las casas americanas.

Me muestra en la pared sus trofeos:
la foto de Charlot
y su título Oficial de Instrucción Pública, expedido en París.

No abre la puerta de su despacho,
como todos los yanquis,
con un cock-tail temblón en la mano,
pero me pasa a la piscina.

—¿Baño?

—Sí.

—Doscientas libras de sal marina todas las mañanas.

A la izquierda baño turco, aire caliente;
a la derecha, baño ruso, vapor.

Fairbanks se queda desnudo.

El arrebatacapas ramoniano se quedó tan pancho. A Christine le dio igual, pero no volvió a colaborar con esa revista de Giménez Caballero, tan española, tan de faca y catite y pañolón, tan de puerto de Sierra Morena. ...Si algún día se publica la poesía completa de Morand en español, Ramón habrá consumado el robo a Christine del Castillo con una simple nota del editor a pie de texto: «Traducción atribuida al propio Gómez de la Serna», algo así por el estilo, 1929 ó 30...

Descuida, si viene por Nueva York, te la presento. Sí, suele aparecer con relativa frecuencia: asuntos de libros antiguos, entiende de bibliotecas y de joyas y de subastas. Sigue encantadora... Y a eso que me preguntas no te lo sé poner bien en pie.

Otra vez se me fue la historia al cielo, ¿te das cuenta? ¡Qué te vas a dar cuenta! si estás flotando, qué suerte, hija mía..., con tres chupadas.

Mejor pones a Carmen McRae. La Fitzgerald es demasiado picarona, y Billie Holiday, patética y autocompasiva. Sólo Carmen McRae canta con la serenidad que necesitaría ahora... Pero escoge lo que te dé la gana, porque hablo por hablar. No me echés cuenta nunca.

Don Pedro estuvo en el Corral del Conde, en la Cava, en la Calzada, en el Corral de los Trompitos, en el de las Vírgenes. Al principio le acompañaba por pura curiosidad, ¿para qué te voy a decir lo que no es? Pero pronto —ya te lo dije—, con la cosa de mi convalecencia dejé de hacerlo. Puro asco, fue por puro asco...

Cuarto de baño, sólo en casa de los ricos; y eso que los católicos siempre han sido guarrísimos y apenas se lavan, a lo mejor Franco ahora les obliga a ducharse. En las casonas de la Edad Media convertidas en casas de vecindad, ni soñarlo. Tenían varios patios, los traseros sin ver el sol jamás, con el verdín renegrado, apulgarados. Si tenían que bañar a alguno con tifus se alquilaba en la hojalatería una bañera de zinc, a perra chica el día. El problema era dónde meter el armatoste en la ínfima habitación. Dejé de ir una mañana en que Vallina fue a ver a un enfermo y tuvo que saltar a la cama por los pies, era la única manera de entrar. Por lo que entreví en aquel tabuco, encima de la cama aullaba todo un aquelarre de Goya.

Don Pedro iba señalando en casa, sobre un plano, las manchas negras de la ciudad: la tisis y tifoideas endémicas.

Era invierno. Patios de fango y basura sobre los que algún tuberculoso escupía trocitos de pulmón, sobre los que a su vez se revolcaban jugando niños inyectados de mierda y muerte. Los propietarios de aquellas cavernas, para no entenderse con la canalla, arrendaban la casona entera a un intermediario que, a los tres días, ya iba con coche y con los dedos de uñas negras como almejas cubiertos de sellos de oro, tresillos y solitarios. Levantaban un odio transparente.

...Vamos a ver: estos hijos de puta iban al uno por cien, pedían fiador, un mes de guante y tres de fianza. Si el inquilino se ponía malo, o se quedaba sin trabajo y se retrasaba treinta días en el pago la renta, desahucio inmediato, inapelable...

La muerta bellísima de la foto..., sí, la Santa Inés de Romero de Torres que te dije, se llamaba Adelaida Valle, me la follaba por dos pesetas cada vez que iba con Vallina al Corral del Conde, es que antes te omití este pequeño detalle.

Entonces, cuando entró aquellas dos veces en Los Claveles con lo del «toujours l'audace», intuí que lo gordo habría de venir por este lado. El polvorín, hasta la colcha de un odio denso como el ámbar.

En éstas, tres casas más arriba de la consulta, desahuciaron a uno; los muebles, la mujer y tres chiquillos en medio de la calle Bustos Tavera. Los vecinos callados, rodeando, quietos. De pronto, un chaval de unos doce años trincó un adoquín y le hizo un butrón a la puerta de medio metro. Qué magnífica mecha, qué pólvora tan fresca: un resorte. La gente con badilas, cuchillos, palos, arrancaba rejas y ladrillos. La acción imparable.

Vallina nos llamó la misma noche a unos cuantos, los decididos, y allí en su casa, nada más que con nuestros santos cojones, formamos un «Comité Revolucionario de Defensa de los Inquilinos». Presidente, ni falta que hacía. Secretario y tesorero, servidor.

Al día siguiente, los gallos despertaron a los cerdos más temprano de lo corriente. Cantaban los pasquines que habíamos puesto por todas partes, llamando a todas las clases a la lucha; porque en Sevilla no sólo reventaban por saltar los piojos, sino que la cólera se había instalado también en los empleaduchos, los curas pobres, los guripas.

Y esa cólera estalló turbia, pero madura y fría porque así lo permitía nuestro respaldo, porque todos sabían que los anarquistas no nos íbamos a andar con tiquis-miquis. A otro y a mí no nos daba tiempo de apuntar a tanto socio, joder, llegamos casi a 34.000, a perra gorda por barba y por una sola vez, y es que el dinero iba a servir para lo justito; aquello iba a triunfar a la nostra manera.

Primera medida del Comité:

«Cada uno se incautará de la vivienda, no pagando renta alguna hasta tanto ésta se rebaje en un cincuenta por ciento y se supriman los intermediarios.»

La gente, al pie de la letra.

En los primeros choques cayó un intermediario —que yo recuerde, uno por lo menos— pataleando desde una azotea. Los porteros eran los chivatos de esos intermediarios y de la policía: matamos a dos y se apalearon tres. Yo colaboré con mi putter de hierro; donde ponía el ojo, mazzolata.

Nos llamaron a cabildeo con el Gobernador —estaba in albis de lo que en realidad se venía cociendo por sus gordos asesores—, y éste, en un arranque de honradez inpremeditada, le dice a Vallina:

—Le autorizo a usted a desalojar todos los corrales que no reúnan las condiciones higiénicas exigibles.

Pegó un salto la enorme barba de Sánchez-Dalp:

—¡No, por Dios, Bermejo, que éste lo hace!

...No, hija, no creas. Eso no podía dar resultado, ojalá. Le dijimos a la gente que aquello era un cuento chino que no iba a resolver nada, suburbios, sinagogas; y que lo que había que hacer era arrimar leña directamente. Que en

cuanto divisaran un guardia, «al de la gorra, que corra»; si aparecían los niños neos a defender la sagrada propiedad de sus papás, llamarlos, «¡Oiga, amigo, el del abrigo!», e inmediata pérdida de dientes del que hiciese ademán de chuleo con la pipa.

Se formó una columna de unos mil hombres, cada uno pertrechado de algún elemento destructor. A donde llegaba la columna, casa ruinosa. Don Pedro señaló especialmente la de un tal Felipe Cubas, al que consideraba particularmente repugnante. Nunca me he sorprendido tanto de la fiereza de la turba como entonces, aquella gente tenía el pincho de la injusticia bien clavado en los riñones.

Con la rapidez de un mixto se formó una cola interminable de propietarios temblones e intermediarios enjoyados ante la consulta, pidiendo una hoja firmada por el Comité. En las hojas se hacía constar que se accedía sin reservas a las demandas —«pol Dio, pol'amó de Dio»—. Así pues, si la hoja estaba clavada en la puerta, la gente respetaba la vivienda y pasaba de largo. En el caso de que no haber hojita alguna...

Lógicamente, al ser yo el secretario, todas debían llevar un lacre con el sello de los Padillas.

Pues menos mal que estamos grabando: ésta se ha dormido. Jodida, cómo ronca...

BOBINA 8 a)

¿LA Siberia extremeña? Así era como llamaba Vallina a la comarca de Badajoz que llega casi a lindar con Toledo y Ciudad Real... En realidad allí empezó todo; ese lugar nos educó para saber dar un vuelco, llegado el momento, a toda nuestra historia. ...Pues sí, la verdad es que don Pedro de vez en cuando se ponía rimbombante y un poquillo cursilón en sus expresiones: «¡la Siberia extremeña!» o «¡toujours l'audace!» Tal vez fuese como tú dices.

Una tierra dura donde las haya que trasudaba por poros enormes la fuerza y la eficacia. A partir de entonces dejé la juventud a un lado, dejé de divertirme como había venido haciéndolo... O no. Digamos que pasé a ser lugarteniente del estratega Vallina, cargo que desempeñé en la guerra con operatividad total y en ese mismo sitio, la siberia extremeña.

Un lugar no común: dehesas de granito y gigantes berroqueños de formas heladas y dudosas por las nieblas del Guadiana.

Sin saber por qué, o sea, sin un motivo suficiente que yo recuerde ahora mismo, en el invierno del 19 —faltaban días para la primavera— entró de madrugada la policía en casa de mi madre. Me detuvieron sin más ni más. En conducción ordinaria fui hasta el patio de la cárcel del Pópulo; yo ni pregunté: me iban a largar cualquier retórica desabrida, y además tenía más frío que once viejas.

Cuando ya arrebolaba sobre el patio del presidio, empecé a distinguir las figuras que había estado oyendo murmurar en lo oscuro. Estaban Pedro Vallina, Chacón y otros que recordaba de asonadas obreras. Tampoco ellos concretaban motivo ninguno.

Espera, espera, que me estoy acordando de una cosa del pueblo adonde nos mandaron:

*Herrera la muy cochina
tiene una fuente en la plaza,
un cabrón en cada esquina
y una puta en cada casa...*

...No, Herrera del Duque. Es que por las noches nos desvelaban coplillas simpáticas como ésa, o como aquélla:

*No quiero mujer de Herrera
aunque me la den de balde,
la que no es carabinera
tiene que ver con un fraile.*

Eran a modo de seguidillas manchegas, o así al menos las procuraban los mozos que mientras tiraban coces rebuznaban en la plaza.

Estas deben ser, sin duda, las refinadas muestras de sabiduría popular, poso de distintas civilizaciones y que al parecer se deben seguir conservando y protegiendo a toda costa.

Nerviosos. Tú verás: iban deportando gente a los destinos más diversos, y a nosotros no nos decían ni mú. ...No, eso de «ni mú» debe venir de no decir ni mus en el juego de cartas; lo que pasa es lo que pasa. Pues lo que te decía, ni mú. Así que me atreví a preguntar a un coronel de la guardia civil a quien supuse enterado y que parecía estar al mando de aquella dispersión de detenidos:

—Disimule usted, mi coronel, ¿se tiene noticia de adonde nos van a mandar?

—Estamos todavía buscando el peor sitio para ustedes.

—Conformes, mi coronel...

Entonces, Don Pedro I el prudente, desliza la lavativa:

—¡Mejor! Me alegro porque así podré cambiar lo más malo en bueno, y llevaré luz a las tinieblas. Cambiaré hasta a la guardia civil, lo más difícil de enmendar pero no imposible, porque la dignidad en el hombre es innata y no puede haber muerto en todos los guardias —y se quedó tan pancho.

El coronel, al principio, le miró sorprendido, como pensando que el cerumen de los oídos estaba trabucándole sonidos y palabras. Pero saltó como un muelle; no dio ni la orden: colorado hasta casi la congestión, entre él y un número nos esposaron, a mí con Roque García y a Vallina con Sánchez Rosa. Y en tren, a Badajoz.

A Roque García, como lo agarraron primero y a mala leche, se le pusieron las manos y las muñecas al filo de la gangrena... Paramos en Mérida y cambiamos de convoy, subieron socialistas de renombre de Badajoz que protestaron por cómo nos llevaban, pero los culatazos apenas nos permitieron intercambiar opiniones.

Al llegar a Badajoz capital, en contraste con las tierras calmas protegidas por el vuelo tranquilo de milanos que habíamos traído, empezaron a salir por todas las puertas que daban al andén de la estación hombres arremangados que, no conformes al parecer con que se hubieran llevado a sus jefes, blandían unos bastones recios y trancas desbastadas, emprendiéndola con los primeros guardias que pusieron pie en tierra.

Un pueblo —como diría don Pedro— de hombres buenos, trabajadores e inteligentes, si no tiene armas puede ser vencido y aniquilado por el ataque de otro pueblo de hombres malos, holgazanes y estúpidos, pero bien armados. Sin embargo, aquellas estacas estaban estupendamente preparadas...

En fin, el oficial al mando, viendo que pintaban bastos, ordenó que se nos quitaran las esposas e indicó a los responsables de la locomoción:

—¡Quillos, más maera o sos meto el fusil por el culo!

—Jefe, si estamos parando porque hace falta leña!

—Pues tira p’alante con toa tu puta madre; que ya pondré yo a éstos a cortar troncos cuando estemos en mitad del campo. ¡Y corre ya, me cago en tos mis muertos, que estos caníbales se quieren subir al tren! ¡Corre, coño, que te pego dos tiros y me pongo yo con la máquina!

—¡A sus órdenes! —no hizo falta parar, llegamos a Cabeza del Buey al grito de «más maera».

Allí empezamos a andar hasta el castillo de la Puebla de Alcocer que desde el teso domina el pueblo, para hacer noche. Roque García ya iba con una fiebre altísima y, tiritando, se quedó en la Puebla. Nosotros, a la mañana siguiente, por veredas de cabras o trochas por el estilo alcanzamos Talarrubia y nos entregaron a un sargento —éste, bajo la influencia de Vallina después, dejó la Benemérita y luchó con la FAI— que nos llevó cerro arriba y cerro abajo, sin puente ni carretera, trompicando y cayendo, al atardecer tristísimo de Herrera del Duque que, como decía don Pedro:

—Siendo cabeza judicial del partido, es lógico que sea un perfecto modelo de inmoralidades.

Poblachón destartalado, feo, de empedrado disparejo, sucio en calles y fachadas y con una bellísima fuente de piedra en medio de la plaza. En el monte pardo más cercano tenía la silueta sin gracia de una ruina medieval. La humedad y la tristeza subían del Guadiana como la noche bajaba y se agarraba a nuestros hombros. Nos miraba algún pastor curioso y ya de recogida. Sucios y arrugados de dormir en el suelo, helados, rendidos, sólo con ganas de vomitar en la fuente bellísima... Yo sólo quería beber, beber y dejar la bilis sobre la puta piedra renacentista.

Cuando amaneció, vino el disgusto: Sánchez Rosa y Roque «Malito» García quedarían en Herrera; Vallina y yo, a Fuenlabrada de los Montes, el peor de los pueblos del mundo y encastrado ya en las estribaciones de los montes toledanos.

El sargento que nos llevaba tuvo su anterior destino en el mismo Fuenlabrada, y no dejó mal recuerdo. Lo saludaban, |e preguntaban por nosotros:

—Estos son unos fenómenos: aquí, el doctor es una eminencia, y el otro, un punto sevillano con más dinero que pesa... ¡Vaya, de monises van bien los dos; ha habido suerte, señores!

Vallina, que hasta la presente había venido bromeando con el guardia, se puso más tieso que un ajo porro:

—Usted se equivoca, sargento; aunque soy médico, de monis es nada. Ni los ambiciono.

—Ya lo sé, hombre, ¿a usted le parece que tengo cara de tonto?

—Lo que tiene usted es mucha cara de guardia civil...

—Pues le voy a decir una cosa: le conviene a usted pasar por rico, para que estos imbéciles le traten bien, que le presten lo que puedan necesitar ustedes en un caso de apuro...

Aquella respuesta, para no mentir, me chocó en un oficial de las huestes de Ahumada, inusual diría yo... Sin embargo, no eché en saco roto el consejo de alguien que sin duda conocía bien el percal, y di dos o tres sablazos bien dados..., hasta que pude conducir la correspondencia de mi dinero a región tan remota. Don Pedro, sin embargo, no consintió en pedir a nadie. Para una vez que no tuvimos más remedio, el dinero se lo sacó al propio sargento...

Pero la gente de Herrera del Duque quería a Vallina en su pueblo y proponía cambiarlo por Sánchez Rosa; al parecer les hacía falta un médico que no matara necesariamente a los enfermos. De modo que el propio Ayuntamiento de Herrera rogó su traslado al Gobernador, quien contestó a vuelta de correo poniéndoles una multa. Todavía deben andar rascándose la roncha. Así y todo, lo llamaban muchísimo, y allá que iba yo con él, en plan de ayudante...

No, no, jamás me dejó pasar —ni yo lo hubiera consentido— cuando se trataba de visitar a una paciente, señora o señorita. ...Eso qué va a ser una tontería. Estamos hablando de caballeros. ¡De auténticos caballeros!

Vale, muyaya, pues será una tontería porque tú lo dices... ¿Qué sabrás tú del respeto a la intimidad, al pudor, de la verdadera caballerosidad? ...Sí, sí, pero eso será conforme y según, porque hay algunos cuerpos que más vale no

verlos, y aun dando por bueno el axioma de que no hay nada más hermoso que un cuerpo desnudo, digo yo que también tiene su importancia que al dueño o la dueña les apetezca enseñarlo, ¿no? A ver, desnúdate, que tú tienes un palmito muy curioso...

No, si yo lo decía por si colaba, como comprenderás no me había hecho ilusiones. A un pobre anciano, ¿quién le va a enseñar nada a un pobre anciano? ¡Ché! ¡Que no, que es broma! ¡Oye, que no te desnudes! ¡Doloritas, socorro! Joder, qué niña esta...

Pues mira, Sánchez Rosa y Vallina se llevaban muy bien... La verdad es que con Sánchez Rosa nadie hubiera podido llevarse mal: siendo cabal —podías contar con él para lo que fuese—, tenía trato simpático... Don Pedro como quien no quería la cosa, de vez en cuando, me largaba malevolencias de él..., como al otro lo habían dejado en Herrera...

No, nada de importancia:

—Pues Sánchez Rosa no lo pasa mal, ha hecho buenas migas con los más acomodados; un bando de vagos que viven del trabajo ajeno... —o también— Padilla, ¿no ha oído usted hablar por aquí o en Herrera de las comilonas del compañero Sánchez Rosa? Claro, como allí se aburren de forma soberana y él, tan buen conversador, les habla de lo humano y lo divino, pues allá que van de cenorros en el campo, y con buen vino y abundante... —luego, como si se arrepintiera un poco, añadía—: De todas maneras, aunque no ha hecho ningún adepto, quíerase o no, ha conseguido disipar los errores que habían sobre nuestros ideales...

Sí, efectivamente, pura cuestión de pique. Mira si había pique, que en una ocasión en que el Ayuntamiento de Herrera invitó a Vallina a dar una conferencia sobre hipnotismo —la cultura de Vallina era un verdadero revoltillo de amenidades—, no sólo aceptó, sino que encuadrado por dos municipales hizo que todo el pueblo pasase ante él, adivinando nombres, datos personales y cosas así a través de dos médiums: un tuerto y una tuerta —te juro que ignoro si estas carencias físicas eran necesarias— a los que había sometido a sesiones preparatorias, previa y concienzudamente. Me fijé, y

cuando Vallina miraba de reojo a Sánchez Rosa que estaba entre la concurrencia, fulgía su sonrisa como la de una vedette.

Llegamos a conocer bien Herrera del Duque. Las casi ruinas de un convento de frailes, con tallas de santos tan bien hechas que tenían las caras de tunantes auténticos, de sinvergonzones que habrían sido en el siglo. Menudeaban jueces, abogados y procuradores que hozaban en el fangal del juzgado. Se traficaba con las mujeres y se vendían las hijas.

Hubo un crimen que apasionó a la comarca. Una pérfida se deshizo de su esposo, lo envenenó exprimiéndole aguijones de alacrán en el vaso de vino. La condenaron a muerte, pero fue indultada faltando poco para el garrote. ...Pues nada, que —parece ser— el marido le obligaba a follar con el rico más cerdo del pueblo..., y éste, luego, pagó lo suficiente para obtener el indulto y poder seguir follándosela con bastante más tranquilidad.

Apenas me relacioné con nadie, si acaso con el notario, Eugenio Sellés —de la misma promoción de Piñero Valverde..., tu padre lo tiene que conocer—; Sellés estaba escribiendo por entonces su conocido drama *El Nudo Gordiano*. Su casa por lo menos era una bombillita en la noche oscurísima del pueblo.

Pero vamos a ver si me dejo de tanto requilorio: a nosotros dos nos dejaron en Fuenlabrada con la prescripción de que, sin quedar detenidos, no saliéramos de aquel lugar de pesadilla:

—Ahí quedaréis a las órdenes del cabo Ventura. No se os ocurra mosquearlo que se encocora a la mínima.

Pressiosso Ventura, como llamaba la gente a aquel comandante de puesto, se perfumaba como una madama y hacía destacar el cuidado bigotito rubio sobre un fondo algo sobrecargado de polvos Bella Aurora. Después de refregarnos —literal— que su guerrera entallada y su culito pimpante eran de natura:

—Y no de corsé ni de braguero, como dicen las muy guairas... Tengan cuidado, porque aquí hay unas lenguas lagartonas que ojalá y no la tomen con ustedes..., como ustedes son dos también... ¡No se puede ser autoridad en este pueblo sin que lo crucifiquen a uno con *la calurnia y el boicor*!

—Si usted lo dice, mi cabo...

—No lo duden ni por un momento —mirada feroz a los botones de mi bragueta y a la de Vallina, alternando—, y ¿dónde piensan alojarse? Aquí hay sitio de sobra. Aquí sólo estamos el guardia Epifanio y yo...

—Pues en la posada o en la fonda; en lo que haya, mi cabo.

Vallina, como una tralla:

—¡Será su cabo de usted, Padilla! ¡Mío, dé por supuesto que no!

En éstas, la voz de tiple machorrón —¿contratenora?— del guardia Epifanio que, digo yo, estaría haciendo la colada, arrancándose con suavidad por el cuplé *Nene*, de Tórtola Valencia:

*Oyes, estás sesquivocado corrrbigos...
¿Quién t'a disho as ti que yo tes quiero?
Qué'squivocado estarr.
Larelo, lalalá. Lalalá.
Oyes, pero que tú estás muy desquivocado corrrbigos...*

Etcétera, etcétera.

...Sí, sí, te juro que el hijo de puta cantaba con esa dicción peculiar, si no ¿por qué te crees que se me iba a quedar en la cabeza?

Total, que con nuestro caché («a una posada... ¡Vamos, hombre, eso faltaría!») adonde únicamente podíamos parar era en el casón de Doña Blasa.

La viuda Doña Blasa, dama distinguida y cuñada de Don Benigno, hipopotámico amo y cacique de Fuenlabrada... Y tan cacique. Por lo visto, llegaban elecciones y llevaba a los suyos de buena hora los primeros a votar, después hacía colocar las agujas del reloj municipal a las cinco de la tarde y ya no había dios que votara. Aunque fueran las nueve y media de la mañana; al que protestaba, paliza y calabozo, por desobediente.

—¡No reconocemos cachés ni categorías de ninguna especie! ¡Ha quedado claro que queremos fonda, y nada de Blasas distinguidas! —galleó Vallina.

Lo dimos por imposible. *Pressiosso* Ventura nos hizo tal pressing que, mirándonos, ya intuíamos en la insistencia de aquel maricón un clarísimo gato encerrado... Pero ¿cuál, mi tierna interlocutora? ¿Cuál? ¿Cuál?

Don Benigno era el médico y, con tantas ocupaciones, a sus sesenta años sólo podía echar más barriga y agrandar el cementerio. Su señora, doña María Francisca, una pantera —aunque algo más bigotuda que la metáfora—. Tenían dos lagartijas también hirsutas de bozo que casaron, respectivamente, con otro médico, don Natalio, de profesión arramblar con tierras de arruinados; ah, no, perdona, de profesión médico, efectivamente... Médico, hija, médico.

Pero ejercía poco porque, conchabado con el secretario municipal, se dedicaba mayormente a arramblar con tierras de arruinados...

Y la otra casó con un abogado sorprendente. Verás, sorprendente en tanto que, por un lado, era un burro sin esquilarse: rechazó la luz eléctrica para el pueblo como innovación muy peligrosa. Sin embargo, por otra parte, tenía cosas que hacían pensar en una mente discreta:

—¡La imprenta ya ha cumplido su misión! ¡No se puede ni se debe continuar publicando libros! —decía enfático en el Casino mientras me intentaba meter un gato al dominó y, la verdad, aunque el gato no colaba, sin embargo la frase me dio que meditar.

...Porque si hubieran prohibido publicar más libros en su momento, es decir, después de Jorge Manrique, de menudos pedorros nos hubiéramos librado ¿no crees? De todas formas, a buenas horas mangas verdes...

El que resollaba por su cuenta —sin miedo a don Benigno ni al Papa— era el cura don Rodrigo, un garañón de teja y manteo como los que pintaba *El Motín* que dormía en la misma cama con el ama, la Bárbara —caballo grande, ande o no ande, farfullaba el ensotinado cuando alguien de la partida se ponía rijosillo—, y la hija de la Bárbara, una potrita de la hostia, que te lo digo yo... Cama fuerte. A pierna suelta y roncando entre las dos. La Iglesia debería

prohibir tanta desmesura en los tonsurados. Y tanta avaricia: que todos somos hijos de Dios...

Doña Blasa, que vivía con dos hijos ya zagalones, tras de alguna bojiganga y muecas mal fingidas mentando categoría y hacienda, nos aceptó. A condición de que don Pedro, mientras viviésemos en su casa, se negara en absoluto a visitar a los enfermos que lo llamaran. ¡Claro, por fin, el gato encerrado!

Di que sí, chiquilla: Vallina, encantado con sus largos paseos silvestres, florecillas, libros, descansar... Pero enseguida vimos cómo eran los enfermos los que venían a verle, y siempre después de medianoche:

—Oiga usted, doña Blasa, que usted dejó bien clara la condición de que...

—Mire, caballero, mi cuñado es un infame que nos tiene a todos enredados; él ordenó a la guardia civil el hospedaje de ustedes aquí, para que les espiáramos. Se asustó, el muy *jodio*, viéndole a usted médico de los de verdad, no le fuera a poner en evidencia. Con los enfermos a las deshoras de la noche me evito reprimendas, y además tengo una caterva de contraespías que informarán a ustedes de cualquier intención retorcida del muy hijo de puta del don maligno ese, que no merece otro nombre.

Los zagalones, al unísono:

—¡Menudo hijo de puta!

Le pagábamos cada uno un duro diario, pero la comida iba de balde por la lluvia de pollos, conejos y perdices que nos caía por don Pedro.

Al segundo domingo de Fuenlabrada, aparecieron por la casa varios jornaleros, gorra en mano, remendados y cabizbajos, que pidieron a Vallina les acompañara —él sólo— so pretexto de enseñarle los andurriales más pintorescos.

A la vuelta, me contaba don Pedro exaltado: «Padilla, no puede usted imaginar... Les digo a esos hombres:

—Pero, ¿por qué pensáis que soy un hombre bueno, si estamos aquí hace apenas tres días como quien dice?

—Mire usted, porque hemos discurrido así: ¿quiénes son los malos que nos traen las desgracias? Los reyes, los obispos, los generales, los gobernantes, los terratenientes y los caciques que nos humillan y nos estrujan; y si todos esos son muy malos, usted, que predica la rebelión contra ellos y que trata bien al pueblo, tiene que ser muy bueno. Lo hemos pensado y no creemos equivocarnos. Así que con usted, aunque nos cueste la vida.»

A Vallina se le saltaban las lágrimas; a mí además se me subieron los colores.

Sí que es verdad, hoy nos han vuelto a visitar Ananda y Upali. Yo no quería traerlos más, pero es que entreabrías los labios de una forma mientras escuchabas tantísima chuminada... Lo que tú quieras... Allí, entre aquellos pedruscos y aquella gente, a ti te resultará incomprensible, pero a nosotros la vida se nos giró en redondo.

Apaga. Si quieres seguimos charlando, pero apaga; desconecta que ya no aguanto más...

BOBINA 8 b)

YA, perdona por no haberte mandado avisar. También, también podía coger el teléfono, pero se me pasó... He recibido esto por correo y quiero contestarlo personalmente y cuanto antes. Mañana te cuento.

...No sé. ¡Hombre!, si dices que no quieres irte, yo qué sé..., ponte a ordenar con Doloritas; tomaros una copa a mi salud... Eso, eso... Pues, por mí, como si te operas... A emborracharse juntitas.

¿Quién coño ha enchufado ya este aparato? Qué manos más largas y más ligeras tienes, hija. Mañana te lo cuento todo. Ah, pues eres muy libre... Lo dicho, por mí que te pique un pollo. ¡Quita ya eso, niña! ¡Sé buena, anda!

BOBINA 8 c)

LO de ayer era esta joya.

¡Eh, las manitas quietas, que van al pan! Las cuartillas estas y la carta son algo gordo para mí y sólo las manoseo yo. ...Pues porque si te los dejo para que los leas sin más ni más no ibas a entender nada y, seguro, te ibas a cachondear de mí.

Y últimamente, con el repaso de tantas cosas, estoy al borde de la angina de pecho. No estoy para cuchufletas. ¡Es más, no las permito! ...Coño, ¿no ves?, ya te estás riendo. Sabes de sobra que admito el chufleteo que haga falta; pero hay cosas que todavía me ponen el corazón en un puño, y la verdad...

Verá usted, señorita, yo se lo explico a usted; no se me desmande... No, mejor te leo la carta directamente. El remite es de Juan Blasco, un antiguo compañero de estudios que ahora es religioso en la Argentina. No, no me carteo con curas. Qué mala leche tienes.

Es la primera vez que sé de él, desde nuestra más tierna Inglaterra. Te lo ruego: no más gracieta mohosas; si no vas a poder reprimirte, pasamos al cuestionario más estricto o lo dejamos, como prefieras. Sí; tiene que ver en cierta forma con todas las historias que nos traemos.

Dile a Dolores que venga, que le va a gustar; y ya de paso os traéis la botellita de orujo patrio que me regaló el otro día don Manoel, el del drugstore, el de «¡Don Federiquiño, entraron non sé cómo e roubáronme os chourisos...!», ¿te acuerdas?

Pues arriba, encabeza con una crucecita en dos trazos y debajo de ella:

Paz y Bien

Mi estimado Padilla:

Quizás ni me recuerde, hace ya tantos años. Me gustaría pensar que sí. Supe de la residencia de usted en Nueva York por el agregado cultural de nuestra embajada en Buenos Aires. Espero me disculpe si hice estas pesquisas para encontrarle, pues como quiera que sea deseaba comunicar con usted.

En primer lugar, quiero que me perdone. En la guerra, como comprobará si sigue adelante, usé de su nombre para librar de graves circunstancias a unos hermanos míos en Religión y a mí mismo. Y ello, sin tener en cuenta si así podía producirle a usted cualquier tipo de consecuencia funesta. Tampoco tuve reparo en si le causaba problemas (ya que no sabía en qué situación se hallaba usted) con unos artículos o estampas que fui publicando en El Pueblo, un diario de aquí.

Por todo esto, le ruego la caridad de su perdón. Por los recuerdos que guardo le sé más que generoso. Me haría un gran bien recibir algunas letras de usted en este sentido, aparte la alegría de leerle.

Por otra parte, el director y la redacción de El Pueblo me han embarcado ahora para que aquellos sueltos queden, tras algún retoque conveniente, en forma de librito.

Y, ahora sí, quiero pedirle permiso expreso para utilizar su nombre que, en concreto, aparece en esta versión libresca como en la copia manuscrita del Capítulo correspondiente que le acompaño para que pueda leerlo.

De cualquier forma y decidiendo lo que usted tenga por conveniente, quiero que sepa que en este Colegio nuestro le recibiría como a un hermano y que aquí tiene usted su casa. ¡Ojalá se decidiese a venir! Todavía recuerdo algunas complicidades y su buen humor de juventud del que, estoy seguro, algún rescoldo quedará.

Reciba el abrazo más sincero de

Juan Blasco, S.F. pbro.

Nota bene: Descuide, que no obraré nada sin su consentimiento. El libro se titulará Estampas de mi cautiverio. Vale.

Aquí, aquí tengo la copia del capítulo ése. Escancia orujo, amor, que yo estoy leyendo...

¡MANOS ARRIBA!

Unos meses después, por Navidad, celebré mi primera Misa rezada en la cripta de Santa María Maggiore de Roma. Los cristales del relicario que guarda los maderos de la cuna de Jesús Niño, los metales bruñidos de la candelería y las sacras brillaban vívidamente y los cirios lanzaban su llama mansa y palpitante.

En el momento solemne de la elevación todas aquellas luces, a través de las lágrimas, se quebraban en múltiples pedazos y cabrilleos prolongados, como aquella noche inolvidable las luces del puerto de Tarragona. Cuando, junto al requeté joven, en el silencio vigilado de la cubierta del «Río Segre», veía el rielo de luces y de estrellas sobre el agua densa y pegajosa. Cuando esperábamos la voz del miliciano con «la lista» de la madrugada, y yo sentía irremediablemente terminar mis días sólo como diácono.

Alzando a Jesús recordé al Padre Ramón, otra madrugada, pocos meses antes, proponiéndonos:

— Vayamos a librar al Santísimo de ser profanado.

Los de la FAI se habían ido situando ante la fachada de nuestro colegio de Vich.

Fuimos los tres que quedábamos a la espaciosa capilla cuyas puertas daban directamente a la calle. El padre Ramón se puso el sobrepelliz y la estola con cierta calma. Yo sentía un poco de impaciencia.

—Apresurémonos algo —le dije.

Sonriendo, con aquella su mirada transparente, repuso:

—No creo que haya necesidad.

Encendimos dos cirios; sobre el altar se desplegaron los corporales, rechinó levemente la puertecilla del Sagrario y rezamos en secreto unos momentos en una postrera adoración eucarística.

De la calle nos llegaba vagamente un rumor de pasos quedos y conversaciones a media voz. Y en el acerado percutían las culatas al apoyarse en el suelo. También los milicianos estaban nerviosos.

Nosotros rezábamos una oración de angustia. El P. Ramón tomó reverentemente el pixis con las especies consagradas, lo envolvió con los corporales, después con un periódico y se lo puso en un bolsillo de la chaqueta.

—¿No será más prudente sumir las especies?—insinué.

—No creo que haya necesidad —repitió él sonriente.

Y salimos de la capilla. De un soplo apagué la lámpara ya inútil; sobre el altar quedaron velando un sagrario vacío las imágenes que media hora más tarde arderían entre el tiroteo.

Brillaba la luz alta y sola de la bombilla entelada en su morrión de alambre, movida por el aire del pasillo.

Entonces venía lo más difícil y arriesgado: burlar la vigilancia de los milicianos. Convinimos en que primero saldría por una puerta lateral el P. Ramón portador de la preciosa carga, nosotros iríamos después. Nos despedimos emocionados.

Después de orar aún por unos segundos, el P. Ramón abrió suavemente la puerta y salió; nosotros observamos por la raja.

En aquel momento, justo y por delante nuestro, frenó un coche que venía a una velocidad extraordinaria; los milicianos le habían dado el alto encarando los fusiles a sus ocupantes y, en la breve discusión que siguió entre ellos,

distinguí asomando por la ventanilla del conductor, con el gorrillo rojinegro e introduciendo el cañón de su pistola por la nariz del faísta más próximo, a mi antiguo compañero de «college» Federico Padilla O'Farrell. Quién te ha visto y quién te ve.

Con el jaleo y las órdenes de Padilla, no advirtieron al P. Ramón que se encaminaba serenamente hacia la vecina casa donde pasamos la noche anterior. No tuvo necesidad de llamar, unos ojos amigos acechaban también por su mirilla y la puerta se abrió, sin requerir las palabras mágicas que han removido siempre las piedras de entrada desde los tiempos de Alí Babá.

Las especies consagradas estaban a salvo; Dios no quiso una profanación más.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo el P. Eduardo con una especie de entusiasmo nervioso. Nos despedimos afectuosamente y salió él primero.

El instante era afortunado, pues los milicianos se encontraban todos frente a la fachada principal apuntando a puertas y ventanas esperando una orden de fuego.

El P. Eduardo enfiló tranquilamente por la calle lateral desierta, silbando un aire popular cualquiera, aunque para seguir al compás de la melodía daba unos pasos marciales tal vez desmesuradamente largos.

Me encomendé a Dios cordialmente y me dispuse a salir a mi vez adoptando el magnífico procedimiento del P. Eduardo. Procuré recordar la estridente canción con que en mis horas de exégesis bíblica me aturdí desde la calle un organillo, la ensayé brevemente detrás de la puerta silbando muy piano» y eché vereda arriba. Iba en mangas de camisa, con las manos en los bolsillos de los pantalones y la americana bajo el brazo.

Entonces pude advertir, demasiado tarde, que veinte fusiles apuntaban sus bocas hacia mí, pero yo seguí en dirección opuesta sin apresurar el paso, silbando mi estridente canción. Todo inútil.

—¡Manos arriba!—me intimaron voces estentóreas.

Aquel grito me era muy familiar; pues en el patio del Colegio los niños cuando jugaban a «ladrones y policías» lo proferían muy a menudo, apuntándose con revólveres imaginarios; el que primero daba el grito ganaba y el otro tenía que levantar los brazos y darse prisionero, si no quería enredar el juego y atraerse un probable pescozón del Padre vigilante en el recreo.

Esta vez se me adelantaron los milicianos y ganaron ellos, sólo que todavía ignoro si ellos o yo representábamos el papel de policías o el de ladrones.

—¡Manos arriba!

Me volví lentamente afectando una profunda sorpresa y señalándome con la mano al preguntar:

—¿A mí? Pero si yo soy amigo del señor Padilla O'Farrell al que ustedes acaban de saludar. Pregúntenle, que él les dará razón de mí.

—¿Quién dice éste?, ¡¿un extranjero?!—se espantó el jefe de la cuadrilla.

—No, eran Padilla y el médico que iban volados en un coche y les dimos el alto. ¿No te decía yo que eran tipos raros? Ahora va a resultar que también conocen a los curas —le aclaró el faísta solícito, todavía palpándose uno de los agujeros de la nariz.

Pero todo era real. Se me acercaba una veintena de milicianos rojos llevando en medio al P. Eduardo, apresado también, no obstante sus largas zancadas y su excelente estilo en el silbar.

A los cuatro segundos estábamos el uno junto al otro, con los brazos en alto y aguantando la chaqueta entre las piernas, haciendo, seguramente, una extraña figura, aunque procurábamos mantener el torso erguido, tal como recomendaba a nuestros muchachos el profesor de gimnasia.

—¿Y vosotros quiénes sois?—nos preguntó con aire enigmático de perfecto detective el jefe de la patrulla.

Otros de los presentes se apresuró a contestar por nosotros:

—Son los Padres, yo los conozco.

—Pero, ¿qué c... son?, ¿curas, padres o qué?—se impacientaba la jerarquía.

*—Sí, hombre; son Padres que hoy se les ha olvidado ponerse la sotana —
acabó el amable informante.*

*Fuimos cacheados con grave minuciosidad. Al padre Eduardo le ocuparon un
breviario y a mí un cepillo de dientes, dos objetos bien sospechosos, por cierto.*

*Un miliciano, el chocarrero del grupo, hojeaba el libro con cómica seriedad y
la emprendió con el salmo 132, el que empieza «Quam dilecta tabernacula
tua...», con tal entonación y disparatando de tal manera (a su descargo vaya
que no lo hacía a propósito) que sus camaradas reían estrepitosamente.*

*Después con un ingenio lamentable ensartó unos chistes sin gracia alguna
acerca de mi cepillito; se lo pasaron de mano en mano todos los libertarios en
un riguroso examen y me lo arrojaron al bolsillo con un gesto de desprecio.
Debo confesar que no tuve ya valor para usarlo más.»*

*¿A que sí?, ¿a que tiene gracia escribiendo?; joder con Juanito Blasco...,
¡hombre!, si yo me llevo a enterar, lo sueltan cagando hostias.*

*En cuanto me dé la picada, ya estoy en Argentina, en el Colegio de la
Sagrada Familia dándole un abrazo a ese mamón. ...Pues porque lo dice en el
membrete de las cuartillas, ¿lo ves?, «Congregación de Hijos de la Sagrada
Familia. Barrios 643. Buenos Aires».*

BOBINA 9 a)

I smell trouble...

¿Ya?, ¿ya has acabado? Límpiame las comisuras, que las tienes blancas..., las de los labios. Has hablado sin parar treinta y siete minutos exactos.

Bueno, bueno, bueno, calentita venimos hoy... Yo, como verás, he aguantado como un Séneca que no hayas dado ni las buenas tardes y, paciente como Job, ni siquiera he tosido durante la filípica que has tenido a bien largarme. Y ello, no obstante tu tono molesto hasta lo insensato y esa vocecilla tuya menuda pero desagradable.

Ahora, si te parece, me toca a mí. Por mi gusto no ladraría, sin embargo «noblesse oblige»...

De modo y manera que tú le has contado a papá y papá te ha dicho a ti... Pero, perdona, el menda de tu padre ¿de qué cojones me conoce a mí ni a mis amigos como para permitirse aseverar, desmentir nada? ¿No te acuerdas ya del contrato —porque aquel papelito que firmamos lo era— en el que quedaba clarísimo que nada de lo grabado o dicho por mí en esta santa casa podía salir de ella? ...Sí, sí, a menos que tuviera que ver con Vallina, por supuesto, si no ¿para qué coño me ibas a andar preguntando sobre el ínclito, día sí y día también, ni para qué hubiéramos firmado papelito *ut supra* ninguno?

U séase, que como te extrañó tanto mi talante amistoso con lo de Juanito Blasco decidiste comentárselo a su eminencia papaíto, y éste, tirandillo tirandillo, del hilo sacó el ovillo ¿ne ce'st vrai? Lo que pienses que yo he malinterpretado, me avisas y me hago una focto..., que no tengo el menor inconveniente en retractarme, exacto.

Y va el cabrón —sin señalar, que yo soy el primero— y te dice:

—Hija, en el fondo lo de Padilla no va a ser tan buena idea como creímos, vamos, que no va a ser lo mejor para ti porque ese señor está loco de atar.

¿No? ¿Lo he entendido bien? Y que lo que te leí de Juan Blasco:

—No es más que otro de sus cuentecillos para el *Vanity*, que a Padilla le gusta especialmente escribir sandeces sobre prostitutas y curas y gente rara...

¿No? Eso, resumiendo y si no he entendido mal... Y oye, no es que seas más vieja que la cotonía, ni mucho menos, pero tú ya tienes una edad... ¿Cuántos años cumples? ¿No ves?, y todavía andas tirando de las levitas de papá... ¡Hombre, un poquito de irse soltando!

¿Sabes lo que te digo?, que cuántos pelos tiene un jigo. No, nada, una frase tonta que se dice por Sevilla para indicar, sin patetismo alguno, que hasta aquí hemos llegado.

Se acabó, niña: tú le has dejado a tu padre, para que lo lea, hasta el cuento que hice de la novia aquella del Titi, porque, lo que es tu padre, ¿de qué va a leer algo mío en revista ninguna, si de parvulitos pasó a Krause saltándose el catón?

...Sí, claro que él ha oído hablar de mí, naturalmente que ha oído hablar de mí, ¿no ves que siempre he manejado muchísima pastorra? Él, más que nada, lo que habrá escuchado es el abaniqueo de mis billetes.

Me da un poquito de sadness..., sobre todo por ti. ¿De verdad crees que yo puedo servirte para una tesis dirigida por Miss Foley y, en privado, por tu señor padre? ¿Sobre don Pedro Vallina Martínez? Lo más lógico será que él le eche un vistazo y diga, joder, los anarquistas siempre han sido unos zumbados. Y no le faltará razón como te digo, porque es verdad: siempre hemos estado locos, pero nunca tontos.

Yo te he hablado de un anarquismo ético, el de don Pedro..., y en esa anarquía lo mismo entran las pipas —las pistolas, ¡pum! ¡pum!— que la caridad de las Hermanas de la Cruz, porque todo es necesario a su tiempo y en su momento justo: la búsqueda de la utopía por definición, tres rayitas, el

barco eterno de lo imposible lógico del Bosco. L'ivresse, l'ivresse..., rica mía. De estas cosas tan raras quien sabía mucho era Rimbaud.

Aparte las obviedades sobre la trágica estafa de los totalitarismos, incluida república de los soviets, que en mis devaneos seniles te haya podido largar, aparte esto, y habida cuenta del tema que has escogido, tu tesis, muchacha, admite una síntesis de muy poquitos renglones: Aquí está el lebrillo de gazpacho que ha hecho la gente; cucharada y paso atrás hasta que no quede ni gota o todo quisque esté hartó. Pero amigo, si en el ínterin cualquier cabrón dice aquí mando yo porque el cucharó es mío, se le avían unos perdigonazos en la barriga y a otra cosa mariposa, porque te juro —empírica pura— que ésa es la única forma de que la gente, en este caso, vuelva a coger el cucharó y a sorber gazpacho tan tranquila...

Tu padre se parece más de lo que yo pienso a don Manuel Azaña. ¡No, por el culo no!; yo no he hablado nada de culos... Pero, si no llega a ser por un quítame usted o deme usted tales paginillas de *El Sol* o de *El País*, hubieran sido uña y carne putrefactas ambos dos...

Antes de seguir, déjame que repase algo que considero fundamental para delimitar el campo —algo dudoso y tambaleante, como los tiempos que vivimos— en el que nos hemos venido moviendo tú y yo hasta ahora. ...Se trata del imprescindible *Manual de Urbanidad* de Carreño —no me había fijado: los hermanos GARNIER todavía estaban en el 6 de Rue de Saints-Pères—, libro raro por su sensatez aplastante, absolutamente inusual en el género, y que debo a la generosidad de mi amigo —y conste que me honro con su amistad, como con la de Vallina o con la del cura Blasco o con la de Doloritas o con la del sursum que me lo merezca— don Juan Adolfo García-Junco Rodríguez-Jurado, genealogista de justa fama, persona impar y la chistera mejor llevada de Sevilla. ¿Qué será de él en estos días propiedad de los mediocres?

Bien, pues el párrafo 19 del Artículo VII, Capítulo «Del tacto social»», dice en el tenor literal de su letra: «*Nada hay más indigno que revelar aquello que se nos ha confiado con carácter de reserva, o que nosotros mismos conocemos debe reservarse, aunque para ello no se nos haya hecho especial*

recomendación. El que no sabe guardar un secreto, no es apto para entender en ningún negocio de importancia; y aun cuando semejante defecto no tenga origen en un corazón desleal, arguye por lo menos un carácter ligero y vulgar, que aleja siempre la estimación y la confianza de las personas sensatas. Mas como puede suceder que nos veamos en la necesidad de hablar sobre alguna cosa de naturaleza reservada, conviene desde luego que en esto deba guiarnos una profunda prudencia, y que raro será el caso en que no sea vileza y perfidia el transmitir lo que se nos ha confiado bajo el signo de la amistad o la condición de una severa reserva.»

Ante ello, he procurado mantener, con respecto de algunos de mis compatriotas en exilio, el acomodo que aconseja el párrafo 13: *«Cuando en el círculo en que nos encontremos haya una persona tan grosera, que se resuelva a hacernos intencionalmente alguna ofensa, opongámosle una serenidad inalterable, y dominémonos hasta el punto de que ni en nuestro semblante se trasluzca nuestro enojo. Una persona de tacto aparece en estos casos, a la verdad bien raros en la buena sociedad, como no advertida de que se ha tenido la intención de ofenderla; y esta moderación, esta delicadeza, este respeto a los demás, viene ya a ser una vindicación anticipada, por cuanto deja completamente entregado al ofensor a la reprobación y aún a la indignación de la sociedad, la cual es siempre la mejor vengadora del agravio que se recibe con magnanimidad y con nobleza.»*

Lo he procurado mantener. A la vista está que no lo he conseguido. Ya sea porque soy un borrico de reata o porque de nobleza, la que quieras, pero dejo la magnanimidad para el que se crea eso de que la sociedad es siempre la mejor vengadora del agravio, etcétera, etcétera, que dice el bueno de Carreño.

Aunque, con todo lo dicho, el resbalón fue el no haber tenido en cuenta desde que te conocí lo que se me gritaba desde el párrafo 5º del mismo capítulo del vademécum citado: *«vi las personas demasiado impresionables, de imaginación exaltada o de espíritu apocado, no se les refieren innecesariamente hechos sangrientos, o que bajo cualquiera otro respecto causen horror o conmuevan fuertemente el ánimo; y cuando la necesidad obligue a entrar con ellas en conversaciones de esta especie, se ahorraran todos los pormenores que no sean absolutamente indispensables, se procurará*

emplear un lenguaje que neutralice en lo posible la fuerza de las impresiones, y nunca se elegirán para ello las horas próximas a aquella en que han de entregarse al sueño.»

Sin embargo, la persona no puede ser correcta, y esto por definición. No siempre, al menos. De imponérselo, nos estaríamos tirando de cabeza a la piscina vacía de las lógicas contradicciones y de ahí, al loco o al imbécil, un paso. Esa es la infortunada utopía del Manual de Carreño, y que lo deja en lo que es: un ringlero de graciosísimas consideraciones dibujables por por Opisso o Xaudaró.

Así pues —a ver si de una vez te enteras—, me voy a mostrar de la manera más gráfica. Tal y como soy. ¡Doloritas ven, que necesito más público!

A mí me dibuja perfectamente la retahíla que, con ligerísimas variantes, largaba «El Maquila» padre, vendedor ambulante que se instalaba en «el Jueves», cerca de Omnium Sanctorum..., un baratillo a modo de Rastro que, supongo, seguirá celebrándose ese día de la semana en la calle de la Feria, en Sevilla.

Pregonaba «El Maquila»:

¡Señoras y señores! Este magnífico reló de fondo de acero inoxidable, mírenlo, ¡mírenlo bien porque éste no lo vendo por cincuenta duros, ni por veinticinco, ni por tres, ni por dos, ni por uno!; porque yo lo que vendo son cuchillas de afeitar, ¡y qué cuchillas! El lagarto que traigo en la maleta no es un lagarto cualquiera: perteneciente a la familia de los pequeños caimanes, fue cazado por un servidor de ustedes en la finca «Las Arenas» de D. Alvaro Domecq, en Jerez de la Frontera. Pero antes, mucho antes de que la tortuga salvaje del Orinoco dé el triple salto mortal de espaldas, les voy a enseñar a ustedes la faja sin ballenas con sujetador incorporado que lleva la pechera a su sitio justo... Esa manita, niño, ¿no hay colegio hoy?

...De «o sea, un falso» nada, ricura. Acuérdate de que, aparte la normal farfolla de exorno, el bueno del Maquila decía, para quien lo quisiera escuchar, que lo que él vendía eran cuchillas de afeitar... Pero tú —velis nolis— también apareces en la instantánea; y, hoy por hoy, no ocupas más lugar que el de «esa

manita, niña, ¿no hay colegio hoy?». Mira, yo te dejo que me compres las cuchillas de afeitar, pero no que me toquetees el género. ¿Ok? El género lo iré enseñando yo, conforme me parezca...

Y ahora —si no te importuna— vas y le dices a papá o a quien te pete que pregunte al Provincial de la Congregación de Hijos de la Sagrada Familia esa en la Argentina, y a la fecha que estamos de 1950, sobre la realidad de Juan Blasco, o sobre su librito, de que cantaría misa por diciembre del 36, seguro, y de que le han olido los pies muchísimo de toda la vida —recuerdo perfectamente este detalle del internado.

Si es que le sale de los cojones tomarse la molestia, con los papás nunca se sabe.

Dile que yo, si quiero un lector, lo único que tengo que hacer —como cualquier hijo de vecino— es escribir una carta, y con eso y un bizcocho hasta mañana a las ocho. Que, sin siquiera conocerme, no tenga la desvergüenza de ir contando embustes de mí, ni darse pistos ningunos..., que ése es capaz de denunciarme a los federales por lo de los cañamones de cannabis sativa. Que seguro que también se lo has contado.

Y tú, muyaya, vete al carajo; si vuelves, ya sabes cómo. Nadie puede ser correcto y yo sé que tú tampoco. Normal y cumpliendo..., vuelve cuando quieras. Desde ya te digo que nunca volveré a referirme a estos asuntos ni al día de hoy.

De todas maneras, por si no reapareces en escena, no me voy a dejar en el buche un par de cosas: me parece mentira que no sepas que la Siberia extremeña no es ninguna cursilada de don Pedro, sino una comarca ¡que se llama así! del alto Badajoz... Y, lo que es más grave, que ni tu ni tu padre os hayáis acordado, que no hayáis caído —mira, tu— en que Salvoechea, don Fermín, murió en 1907 y, por tanto, no pudo presenciar, evidentemente, el asesinato de su amigo —verdadero amigo— Canalejas, la mañana del 12 de noviembre de 1912.

Te lo dejé como un inocente cepo, como una broma, para que algún día cualquiera me vinieses con «que aquí hay otro gazapo, que te lo he cogido,

embustero» y esas cosas... Pero no lo hiciste ni un día ni otro, ¿por qué?; no lo entiendo. Si he seguido hablando contigo, no ha sido desde luego por respeto a tus estudios de Historia, claramente desaprovechados.

...Pues, porque me ha dado la gana, por puro aprecio; me diste buena impresión.

Aaaadiós, muy buenas.

Dolores, déjalo estar... Cuando puedas desenchufa por favor el aparato. Nunca pensé que un chisme tan admirable pudiera resultar tan perfectamente inútil...

¡Que me dejes, Dolores, hazme esa caridad!

BOBINA 9 b) y c)

VICENTE:

Sin quererme meter en camisa de once varas, me parece que esta nota te conviene. En la BOBINA 9, no sé por qué se conecta en lo que son las partes b) y c) porque el viejo don Federico ese se ve que no quiere hablar.

En la parte de cinta grabada b) se oye continuamente de fondo una ópera de Wagner que no me acuerdo cómo se llama. El viejo únicamente tose y va de arriba para abajo, como haciendo cosas. Sólo dialogan (y tampoco quietas delante del micro) las dos mujeres. El viejo repite en tres ocasiones, pero al voleo y sin venir a cuento: «Audaces fortuna juvat timidos que repellit». Tú sabrás.

Cuando conectan para grabación en lo que sería la c), siguen hablando y hablando la muchacha y la Doloritas como en la b). Lo único que dice el señor mayor, me parece a mí también que sin venir mucho a cuento, es: «Dolores que no se te olvide: la poesía tiene como tarea el que este mundo no sea habitable para los imbéciles, como me decía no hace mucho mi amigo Aldo Pellegrini, porque no hay nada más opuesto a la imbecilidad que la inocencia. La característica del imbécil es su aspiración sistemática a cierto orden de poder. El inocente en cambio se niega a ejercer el poder porque sabe que todos lo tienen.»

Tú sabrás también de qué va esto.

Te escribo la notita sobre el folio en blanco para que no te líes con lo del latín de antes y la frase de la c); que no te creas que la máquina se ha estropeado. Que te conste que del viejo, a pesar de que él mismo o alguna de las dos

muchachas conectan la grabadora y el micro, sólo se escucha lo que te he escrito.

Ya lo sabes. Un abrazo y que me digas algún día cómo con estas tonterías se puede escribir una novela.

Paco

BOBINA 10 A)

ENCHUFA, enchufa, vamos dale al micrófono, que ya que hemos llegado a un acuerdo debemos aprovecharlo. ...¡Pues anda que tú estarás contenta con los diítas que hemos pasado, cabezota! Que sí, que yo también me callo, pero es que me da rabia: eres más cabezota que yo, que ya es decir.

...Hija mía eso es lo que parece, como si te hubiera parido yo en vez tu padre. Ah, ¿que tu padre no pare...? Coño, pues será lo único que no tendrá en la agenda de sus peculiares perfecciones... ¡Pero si has sido tú la que has empezado otra vez!

Usted cállese, Dolores, que nadie le da vela en este entierro. ...Ya sé que es usted todavía joven y de buenas cachas; si le doy el tratamiento de «usted» es por intentar un ambiente de respeto; pero ya veo la inutilidad, ya. ¡Menudo par de chulánganas estáis hechas!

Tú, pregunta, coño...

Pero por tan poquísimo tiempo que no pudimos ni tomarle el gusto al barrio, porque la huelga general cogió Sevilla entera; esos pocos meses del año 20 se me pasaron en un minuto...

Niña, ¿me dejas hablar o me callo? Además te digo una cosa: si quieres, habla tú pero no me tires más perdigones, que se te escapa la salivilla y me la envías directamente a este ojo... No, no, qué va a ser agradable.

...Venga, hacedme el favor, ¿vais a dejar ya el cachondeo? ¿No habréis hecho frente común, verdad, hijas? Pero si yo no merezco tal honor. ...Ni la pena, tampoco la pena.

Nosotros qué íbamos a organizar la huelga aquella. Porque era una tontería: jaleo por jaleo, si luego no hay un triunfo, leche migada con sopas gordas. Y además lo pagan quienes no tienen por qué. El señor Conde de Salvatierra se puso histérico y reventó como un faja. Una represión bestial. Eso fue patinazo de la CNT, con las tonterías que los catalanes vinieron a meter en las cabezas de los zagales: organización, encuadramiento, provocación sin venir a cuento. ¡Si estábamos perfecta y lógicamente organizados! En fin...

La plaza de San Marcos y la huelga...

Yo ya no volví a casa de mi madre ni para darle las buenas tardes. La verdad es que tampoco me volví a acordar más de doña Eleanor hasta que me informaron de su óbito. ¡Igualito que don Pedro!

A los tres meses de Fuenlabrada, a los demás ya los habían mandado de vuelta a Sevilla. Yo mismo pude volver pero me quedé con Vallina... No lo creas; que me hubiera perdido y no habría hecho nada práctico. Me quedé con él hasta que empezaron a llegar telegramas «an cá» doña Blasa diciendo que la madre de don Pedro estaba muy malita; no sé, un médico y Josefina le escribieron con que había cogido una bronconeumonía gripal o algo así y que, vaya, que se moría sin remedio.

Cogí el pendique a ver qué coño pasaba. El por qué a Vallina le vetaban la vuelta. Nada más llegar a Sevilla tiré para la Macarena para preguntarle a Tate «Ocho arrobas», un anarquista viejo de Cantillana, gordo y enorme como el propio mote indica, inteligente y bueno como el pico de un bollo —hasta el punto que incluso don Poleón Zulueta, el general de la Guardia Civil, lo visitaba como amigo cada vez que aparecía por Sevilla.

Pues Tate me dice:

—Nada, Federico, hijo, el desgraciado de Salvatierra, que parece mentira que sea gobernador; hasta que la gente se le ha subido a las barbas no se ha hecho el nuevo: «Ah, pero si yo creía que el doctor ya estaba en Sevilla...» Hace nada, un día o dos, ya lo ha mandado traer. Pero la madre de Vallina lleva una semana enterrada. Lo malo es que gente de Badajoz ha venido con la cosa

de que, de Cabeza del Buey para acá, me lo empujan andando en conducción ordinaria, amarrado y a paso de caballería...

—Anda ya, Tate, joder... No puede pasar todo eso junto.

—Peor: don Pedro viene con palúdicas porque los cabrones no le han librado ni de las gaviás de agua sucia.

—Voy a por él, hostias, Tate.

—Dile cuando lo veas que la gente trincó los caballos por los plumeros y arrancó el ataúd de su madre del coche de muerto, y que nos la llevamos en hombros al cementerio.

—¿Fue mucha gente al entierro?

—Una manifestación.

Alquilé un casón de tiempos de Pedro I el cruel en el mismo San Marcos, en la mismísima plaza, al lado de la taberna. Una casa de una vez, con avíos para todo.

Como un rayo eché mano del talonario del Crédit Lyonnais y detrás de la Plaza Nueva, en la trasera de San Onofre, me compré un Lincoln-President precioso, arena y negro, como los de las cuadrillas cuando van a la Maestranza.

Previsoramente puse en el asiento de al lado una escopeta con cartuchos de posta, pero me lo entregaron sin resistencia pasando El Ronquillo. Me dijo que la bestia que le dieron al salir era un jamelgo recosido de la plaza de Badajoz, y que se despanzurró per in eternum a la altura de Los Santos de Maimona.

Deliraba de las fiebres, pero cuando le conté lo de su madre no lloró como un magdaleno, se le endureció la boca y me dijo:

—No hay nada de dios, yo tampoco podría ser parte de un dios porque llevo conmigo las ideas y la moral anarquistas; sin embargo esa luz que tengo dentro iluminará incluso el alma dormida de esos maltrechos esclavos del tricornio; yo sé que la han vislumbrado debajo de sus charoles sucios. Usted

tampoco es dios, Padilla. Dios era la manifestación que usted dice que llevó a mi madre en hombros al cementerio —deliraba por las fiebres.

...La verdad es que los guardias, cuando llegó la hora, aquellos mismos guardiaciviles, se revolvieron contra los fascistas y bien que los tuvieron a raya. No les dejaron ni pisar la Siberia.

Jolín, la casa era un cromo! Yo le cogí cariño. Josefina y Harmodito estaban en la gloria. A pesar de los pesares, siempre la mantuve alquilada, ten en cuenta que pusimos de guardián de la fortaleza a «Ocho arrobas» y en aquella casa murió... Tate era una persona linda: su mujer lo había dejado, se escapó joven con otro, y Tate la recordaba todavía con dulzura:

—La pobrecita me dejó solo.

Aunque lógicamente muy retocada, todavía conservaba partes intactas de la construcción antigua. La fachada tenía señorío malgré unos moldurones añadidos en el XVIII al portalón, al balcón corrido, a las dos ventanas del primero y a sus parejas del bajo. Arriba, en la parte abuhardillada, habían abierto tres ocelos con mucha voluta rococó. Quedó niquelada matando la cal viva y venga brocha por dentro y por fuera, y en los bajos de la calle un zócalo de almagra; de guardacantón tenía una columna romana semiembutida que esquinaba la casa con calle Bustos Tavera.

En el zaguán, antes de un estupendo cancel de fragua, había una cuadra disimulada donde el señor guardaría su caballo de paseo. ¿Fortaleza...?, ah sí, ya; que antes lo dije. En el patio en el que se atestaban los enfermos —ya no teníamos aquellas colas de miserables en plena calle— había una fuente de mármol a ras de suelo donde confluía una olambrilla con ladrillos moros de canto. ...No, en realidad el único adorno eran los macetones de aspidistras que Josefina cuidaba —tenía las hojas con un brillo cerámico— y unas pocas escupideras de loza para que los gargajos y cuajarones cayeran alrededor de ellas, y no por toda la casa.

Vallina rotuló afuera GABINETE MÉDICO-QUIRÚRGICO, pero tú entrabas allí y no veías sala de operaciones por ninguna parte. Las curas, las más corrientes —pedradas de niños, limpieza de llagas y escaras, empomado de varices y

gangrenas— las hacía él en la camilla del propio despacho. La cirugía real, es decir, casi exclusivamente abortos a criaturas sin un duro o a mujeres de compañeros, se practicaba en una habitación del piso alto que tenía un tabique movable disimulando otra sala secreta..., y tan secreta: como no tocaras una aldabilla en la galería, allí no se movía pared ninguna.

Subiendo la escalera ancha, entrando por la cancela al patio a la derecha, a los pocos escalones —peldaños viejos que contaban un Quijote en cuerdasecas gastadas— había una alacena cuyo fondo camuflaba una puerta, y una escalerita que iba al «Cuarto de las conspiraciones», salón subterráneo y bien amplio adonde se colaba el anarquismo cabal del barrio: desde San Marcos al Espumarejo y San Julián, de los Terceros a la cúpula blanca y azul de San Luis de los Franceses y al arco bellísimo y populachero de Bab-Al-Macaraná..., desde donde vio Bécquer, cuando iba camino de la Venta de los Gatos, cómo se levantaba el cementerio nuevo y cómo se le iban acabando sus huertas al camino.

Yo en aquel sótano espléndido hubiera situado una bodega que correspondiese, pero teniendo en cuenta que ya estaba dejado de la mano de Dios y en realidad me entregaba como una bacante al vino de pitarra de la taberna de al lado, bien estaba ese «Cuarto de las conspiraciones»... Y en fin, ahí estaban la bombilla eléctrica, alta y húmeda, la antigua mesa, los palilleros y los sellos y las cosas de escritorio, unas cuantas sillas y bancos. Y armas. Viejas, desde luego. Armas viejas.

«Tate, que no se puede comer mucho por la noche...», las mujeres por oírlo y él que lo dejaran tranquilo, «que si me muero este año me ahorro ponerme malo el año que viene», y se reía, tragando y tragando, espurreando perdigones como tú, la risa lagrimeando en los ojos infantiles y dulces del viejo gordo. Con la cara de un Bakunín feliz y bondadoso. Sus mismos dientes podridos.

Por eso te digo que aquello era fortaleza y asilo y polvorín y pupilaje. Allí paraba también Bartolomé Torralba, de Paradas, un muchacho tan fino y tan pobre, tan huérfano y tan elegante que os hubiera entusiasmado. Vino a Sevilla buscando el amparo de Antonio Ojeda..., ex anarquista, hija, ex

anarquista falso como un judas y que lo dejó en el arroyo con una patada en la espalda. Teresa Claramunt, que entonces servía en casa de Ojeda, se lo mandó a Vallina que, claro, como el chaval valía, lo cogió en tutela y le pagó la carrera de médico.

Paraba también Alfarache «Viejo», un corcho-taponero ciego a quien por no herirlo —comía de nosotros y dormía en el famoso cuarto— le dimos el pomposo cargo de «clavero de polvorín», con su manojito de llaves inservibles y todo. Y él tan contento.

¿Idílico? No, a mí me parece que allí lo que había continuamente era mucha curiosidad por ver lo que nos parecía de lo más normal y, además, poner en su sitio lo que a ojos de todos no lo era. ...Curiosidad por la exageración de oro y pedrería que el tabernero enseñaba con recochineo cuando asomaba los dedos por encima de la barra, un ir y venir de sellos gordos como si un pequeño tesoro corriera veloz entre los vasos. Le gustaba decir:

—Don Pedro, esto es cuestión de profesiones —montañés de cuarenta años, con una berenjena entre los ojos—, usted por lo visto tiene que ser santo y yo bandido, como me corresponde. Así y todo también hago mis obras de caridad. Cuando estos obreros vienen enloquecidos y borrachos ya de madrugada, bien que les sienta el agua de pozo que le echo al vino. ¡Imagínese usted que se lo pusiera sin aguar!

¡¿Sentimental?!, querida, no me seas esnob... No, eso no significa moderna, como comprenderás no he pretendido piropearle; vete a la etimología latina. Eres una «sine nobilitate» pura en sentido Oxford. No desbarres, darling, que no merece la pena..., bien, bueno, conformes, pero sigamos...

Ah, ¿algún detallito siniestro, acaso? Sí, comprendo... Venga, vamos a la estampita a lo Felipe Trigo para mis niñas...

En los veladores de la calle estaba siempre un hombre de unos treinta y tantos, gastoso, con el pelo rizado a la brillantina y bien trajeado. Cuando pasábamos nos saludaba servicial, pero no perdía puntada de nuestras entradas y salidas:

—Don Pedro y la compañía, a lo que ustedes manden... —con una sonrisa de molares de oro.

Un punto de cuidado. Gastando todo el día en el bar y sin dar un palo al agua, no podía ser más que un policía secreta puesto allí para vigilar a Vallina y el meneo. Y eso comentábamos de él, pero buen corte que nos dio el caballero agradable.

Una noche estábamos el Tate, su garrota y servidor en la barra, trasegando la pitarra mencionada y al liquindoy de que llegara el doctor, porque ya pasaba la medianoche. Por fin vimos venir a don Pedro. Pero antes de que entrara en la casa, cuando ya íbamos a subir con él, vemos que el pollo de los saludos se le acerca y el Tate que atenaza la garrota. Yo aligeré el paso y llegué a oírle:

—Se lo pido a usted por lo que más quiera, don Pedro... Pero si es un momento, si vivo ahí al lado, en calle Enladrillada dándole esquina a San Román. ¡Hágalo usted por ella! Que está mala de verdad...

—Vaya que sea. Venga, vamos. Padilla, ¿usted viene con nosotros...?

El vacilón me miró receloso:

—¿Él también...? Sí, que venga don Federico si quiere. Es que, doctor, usted sabe lo que son las cosas, a la niña le ha dado por ir a las ventas con los señoritos y se hartan de pajaritos y manzanilla, naturalmente le habrán sentado mal. Tiene un cólico miserere. Usted sabe lo malos que son los cólicos de pajaritos, y éste es el tercero que tiene...

La casa era bonita. Al final de un patio entrelargo cuajado de dama de noche y de jazmines, el endrino de los brillos abrió una puerta.

En la cama de matrimonio se retorció una criatura rubia que no pasaba los catorce años..., era todavía más, más hermosa aún por el contraste con el dolor que largaban sus ojos, por las manos con las uñas clavadas en el vientre sin bragas; más linda porque sus labios sin una queja y abrasados por el resuello, pasaban de la serenidad carnosa a un rictus contraído y amargo de vejez. Las cejas espantadas. Tenía la barriga hinchada y un cacho de cordón umbilical le salía del coño, sangrando todavía.

Vallina, con una vena como un dedo de gorda latiéndole en la frente, colorado como un tomate, me dice:

—Federico, coja a este cabrón; que no vaya a echar a correr.

Yo, que me había llevado de paseo la garrota de «Ocho arrobas» por si las moscas, le metí un palo en las espinillas que al parecer lo estimuló a arrebujaarse contra la mesilla de noche, dándose un cantazo de paso con el mármol de la tapa. Perdió de pronto toda prestancia y compostura.

Don Pedro como una bala se lavó las manos en la palangana, y no había yo soltado la jarra de agua cuando ya lo vi con sangre hasta en las gafas, sacando los restos de placenta:

—¡Padilla, agua clara y jabón verde! ¡Del maletín: yodo, gasas, el sulfatiazol, el bote que pone Emético y la cajita de los bisturíes! —cumplí, pensando sin poderlo evitar que la última de las peticiones era, tres rayitas, homicidio involuntario en la persona de una menor.

Mientras, el cabrón barbotaba maldiciones en caló..., ¡qué va, un payo como una casa!, y se masajeaba lógicamente las espinillas en las que, cuando le arreé, creí percibir un ligero crujido. Pero esto quizá fuera un exceso de optimismo por mi parte.

Ya le había hecho beber el emético y la niña se vomitaba entre los pechos pajaritos casi enteros —era verdad, habían habido pajaritos en la juerga de los señores con la embarazada— se ve que se los tragó por las patas y allí estaban: menudos y oscuros fetitos, casi recuerdos jíbaros.

Don Pedro le había cortado la hemorragia; la chiquilla empezaba a dormir la mona. Estertoraba regüeldos de vino descompuesto.

Pero Vallina no había usado en todo el trasteo bisturí ninguno..., hasta ese momento. Abrió la cajita cromada, tomó un cortante mediano probando el filo con la sábana, y miró al cabrón que se desojaba, blanquito como una ídem. De improviso levantó al pelele por las solapas y, después de sacudirle contra un perchero de pared molestísimo, lo lanzó hasta el patio logrando que el

individuo, al derribar con los morros el primer macetón, tumbara el resto con un efectista efecto dominó.

Allí fue Troya, dos ancianas gritando desde la galería por el derrumbe floral; y don Pedro:

—¡Chulear a tu propia hija! ¡¿Dónde está la criatura?! —con el bisturí haciéndole lunaritos rojos entre la oreja y la papada.

—¡Lo tiene mi señora, lo juro! ¡Nació sietemesino...!

—Federico, busque usted a la bruja esa y, si todavía vive, lleve usted el niño a Josefina...

—¡Don Pedro, recoja usted los bisturíes que este mierda no los merece!

Afortunadamente me hizo caso, no sin antes dejarle la cara fina con un certero golpe de codo en las narices; así, como al desgaire, con auténtico estilazo.

La vecindad cogió a Vallina a hombros y entre vítores lo llevó como si fuese Gallito, por la espalda del convento del Socorro, hasta el bar.

En la taberna, con una tilita por delante, nos aseguraron que sí, que la pareja estaba conchabada con la policía porque los habían denunciado otras veces y que si quieres arroz, que éste era el tercer parto de la niña:

—¡Vendieron las otras dos criaturitas a un mantequero para las pomadas de belleza de las señoras! —decía una bigotuda entre sobresaltos de toquilla negra y perdigoneando también, en todas direcciones, al compás de los respingos del estambre.

Como quiera que sea, al tipito no lo vimos más ni por las mesas de la placita ni por el barrio. La chiquilla se repuso al cuido de un matrimonio sin hijos, el de la sacristana de San Román. El sacristán luego se pasó a los comunistas, sin por eso dejar de ser una excelente persona.

¿Qué niño?, sí, oh, ya, la famosa criaturita... Oye, ¿es mi imaginación o estáis sobrecogiditas y al borde de las lágrimas? ¡Hay que ver lo que os gusta un serial!

Pues sí, Vallina decía que tenía demasiado peso para un embarazo de siete meses. Pero yo que lo cogí y lo tuve un buen rato en brazos y le pude ver bien la carita, los ojos los tenía como de pescado y el perfil también de pez..., ¡y eso es síntoma seguro de que se nace sietemesino!, ¡a medio hacer, vamos! Seguro.

...Hija, ya si se crió o dejó de criarse no te puedo decir. La verdad es que no me acuerdo.

No, mira, más vale dejar lo de la huelga general para mañana.

Venga, vamos a despejarnos y nos jugamos un subastado para sellar las paces; o una ronda, Doloritas, que somos tres. Sacamos tres cartas a ver quién va por el orujo. ...¿Que si Vallina dijo algo después, con la tila, en el bar?

Hija, qué boquita me pones para llamar al Ananda y al Upali:

—Lo creí policia, pero era algo todavía peor... ¡Cuántas molestias e inquietudes me han hecho pasar mis nervios por encrespase con tanta vehemencia ante estos crímenes sociales!

Un dos, una sota, un seis; a ti te tocó... A por el orujo.

BOBINA 11

VICENTE:

En este carrete no se siguen, como en la mayoría de los otros, las clásicas sesiones a), b) y c). El viejo ha vuelto a romper el orden y sale otra vez por peteneras. Todo el tiempo de la bobina, que es bastante largo, lo consume el señor este, Federico, con otro de sus líos. Te repito, larguísimo; y además no acaba de hablar y la grabación se corta al final del carrete sin más ni más. De todas maneras te lo pongo en papel todo, por si te sirve. Vale.

Paco

(¡Menuda postura! El hombre, creo yo que cada vez está más majareta.)

¡Déjalo, déjalo!, si lo he conectado yo queriendo..., y el micrófono también. ¡Qué voy a estar borracho ya! ...Lo que tú digas, palomita.

A lo peor temes que te deje en ridículo delante de tus amigos; hija del alma: soy viejo pero no un pavo, y tú lo sabes. Además que lo de traerlos ha sido cosa tuya.

—¡Una audición de microsurcos, una audición de jazz!

Pues ya la tienes aquí; y a mí me da la impresión de que estas niñas y niños..., bueno, muchachas y muchachos de tu curso que han venido, tienen bastante pinta de pringados en su conjunto... Bueno, pues les echo una retórica blandita y papillesca. ¿Para qué voy a molestar nadie?

¡Pero si es que quiero grabar lo que yo diga y la música que voy a poner también!, pues como recuerdo y por si digo algo que luego pueda servirme

para un articulito en Down beat ¡Coño, porque quiero!; a ti qué más te da. Además, el aparato es mío...

Y cállate, que se van a dar cuenta de que estamos discutiendo. Mira, mira a Doloritas cómo se está merendando al pelón rubito, ese que es más largo que un zurriago, el del tupé; el chaval lo único que tiene en la cabeza son orejas y tupé. Jolín, con Doloritas... ¡Eso sí que es persuasión directa y bajunera. Vamos, que los bajos se los... ¡Vaya, digo yo!

Hay como diez o doce, entre ellos y ellas, ¿no?

Qué sí, que sé lo que hago.

¡Bueno, queridos!, daos todos por besados. Antes que nada, deseo que no os extrañe demasiado el que vuestra compañera Paloma tenga un amigo tan viejo como yo. Os asustaríais —y no es coquetería, inútil por otra parte— si dijera mi edad real, pero para eso sirve el dinero.

...¿Qué? Pues, independientemente de gastármelo en causas y cosas necesarias en apariencia, en darme gusto al cuerpo y conservarlo en forma, como es patente. Cegatillo mío.

Eh, vosotras, Dolores y Paloma, que yo estoy hablando: haced los honores y pasad la petaca de los cigarritos de la risa que está en el buró, y quien quiera que coja; que esta música yo diría que requiere cierta gracia espiritual, cierta manera. Nada; a gusto del consumidor. ...No: marijuana, marijuana; y de la buena. Aparte, que os veo algo desmejorados y así se os abre el apetito para después.

Creo que debemos hacer esto breve y, por pura lógica, interesante.

Hoy —me refiero al día en que estamos, no a cuando empecé a escuchar jazz— quizá me parezcan curiosas dos perspectivas... No me digáis que no utilizo palabras apropiadas ¿eh?, no parece sino que me dedico a hacer el pavo por las universidades todos los días...

Bien. El primero de los puntos a que me refería: las versiones de un mismo tema; se trata de un standard y suficientemente conocido de antiguo por todos.

El otro —o la otra perspectiva esa—, el hecho de que los intérpretes de jazz toquen también piezas de la música llamada clásica, entrecomillando por mi parte este adjetivo.

Para el primer apartado voy a ponerlos *Foggy Day* en la voz de Billie Holliday, en el piano de Art Tatum y en el tenor, en el saxo, de Johnny Hodges. Y al respecto y antes de dejar caer la aguja, quiero deciros que para mí es penosa, vamos que me resulta penosa, la exhibición impúdica y autocompasiva de la interesante cantante negra, como sin duda lo es la lady que sing the blues; escuchar su trémolo —o vibrato, como se dice ahora— arañado equivale, más que a oír música, a provocar un cierto estado morboso en el oyente que le arrastre a lo tremendo de su vida y milagros; esto es, no, lo que se dice milagros no: la heroína, borracha como una pasa en aguardiente y dejándose caer de higos a brevas por hospitales o pensiones de moquetas verdes y pegajosas... Ya sabéis.

El *Foggy Day* que hace Tatum lo único que transmite es swing y alegría de vivir. Por su parte, en el caso de Johnny Hodges, la versión es honda y melancólica y, para mí, la que tiene soul.

Las oímos, si os parece...

Me alegro de que os hayan parecido cortas y de haber oído comentar a alguno de vosotros que ya el sonido compensa venir. También —para qué voy a ocultarlo— estoy que no quepo escuchando que mi discoteca de jazz es mejor que la de la Columbia. Ahí pasará como en el 99 % de las universidades, el criterio de adquisición es idéntico al de los malos restaurantes: qué importa la calidad cuando la cantidad avasalla —que dijo el otro.

...No, evidentemente tampoco tengo abuela.

...Sí que me gusta también: con Armstrong hay empatía inmediata, recibe uno su bondad alegre y picara. Hay gracia. La correspondiente femenina es claramente Ella Fitzgerald, son tal para cual; y alguna vez —lo sabéis— hacen pareja. Para mí tengo que lo mejor de Louis Armstrong es *April in París*. Lo mismo que hemos hecho con el *Foggy* se podía haber visto con *April in París*; la versión de Ekstine es también estupenda.

Sobre ese asunto que dices de cuándo nace el jazz pasa como con el flamenco, tonterías para todos los gustos. De todas formas, por si quieres, en la biblioteca tendrás *From the Bamboola to Be-bop* de un tal Henvelmans, donde dice que, como él es biólogo de formación, trata el fenómeno jazz como a un ser vivo: estudia su gestación, la infancia y adolescencia, la madurez y la senectud del jazz... Pero ten cuidado porque el don Bernard Henvelmans empieza la cosa, más o menos, diciendo que en 1712 llegaron los primeros negros a Louisiana y que ahí tenemos ya la cuna... Tal vez un poquitín entusiasta sí que veo yo al biólogo este de las maracas.

A mí me parece que los morenos con tambores, tuba y cornetas que improvisaban de oído marchas militares en Nueva Orleans, esos que iban de bombín o jipijapa con plumeros y muchas condecoraciones, bayou arriba bayou abajo, con sus paraguas blancos, estaban inventando el jazz. Yo he visto aquí, en Nueva York, a la Old Reservation Band, más viejos que la cotonía, pero amigo... Eso mismo: qué sabe nadie.

...Pues por la boca que tiene y que tenía, porque cuando era joven y estaba delgadito sólo era una raja enorme de sandía encima de una corbata y debajo de dos pelotas de golf. Tenía los labios que parecían la cartera abierta de un colegial, por eso le empezaron a decir «Satchelmouth», y de ahí se le quedó el «Satchmo».

¡Bueno, señoritas y señoritos, que esto se alarga! ¡Que se alarga!

Escuchamos ahora versiones del *Rondó a la turca*, del *Nocturno* más conocido de Chopin y de la *Frasquita's Serenade* de Lehar; las tres y cada una, respectivamente, por las babas del clarinete de Benny Goodman —para colmo en plan lullaby—, por la pelota-orquesta-softly de Edgard Sampson y, para contrastar, el swinging glorioso del John Kirby Sextet. Que os aproveche...

¡Qué señor! Convendréis en que este Kirby es la hostia ¿no?

...Sí, ¿tú cómo te llamas? Ah, entonces serás familia del doctor Marañón ¿no? ¡La virgen, qué cabeza tengo! Lapsus..., perdona.

Tienes razón: me encantan las radios, los aparatos de música... Arriba tengo una estación receptora y cojo toda España, Radio France Internacional, México

RKO, en fin, todo lo distraído; por supuesto consideradla a vuestra entera disposición.

...*Down beat*, donde colaboro alguna vez con mi alter Joe Derise, y la *Jazz Journal* de Londres. Sí, son las revistas que más me gustan.

¿Racismo todavía? Claro: en críticos de prensa, en emisoras y en casas de grabación. Menos en Detroit, lógicamente. ...No, que hemos aprendido a convivir with the slaves; ya no nos acordamos de cómo gritábamos los artistas blanquitos hace sólo unos meses, cuando saltó lo de McCarthy. Hoy día, personas como Miles Davis, Kenny Dorham, etc., encuentran trabajo con más sudores que sus tátaras en la plantación; mientras, los Jimmy Dorsey, Red Nichols y demás rubios de cachetes inflados —que tocarían polcas como locos si se les pagase— graban vinilos tal que churreros.

Creo que no... Bix está obligado, si quiere vivir, a componer y tocar para Paul Witheman y su orquesta. Como están las cosas, George Lewis o Sidney Bechet dentro de nada andarán de estibadores del Hudson descargando bananas, venderán betún o aspiradoras, porque no componen para el enemigo. Esto es un auténtico mamarracho. ...No, no son cosas de viejo y lo sabéis de sobra.

Esa es otra: Gillespie es un corneta con sonajas, absolutamente epidérmico..., ¡vale, niña!, si quieres vete al Minton's en Harlem, que ahora está tocando Monk con Coleman Hawkins un be-bop mucho más hondo, con síncopas a contragolpe y sin tanto pitito en la octava más alta. ¡Ve al *Apollo Theatre*!

Pos güeno. Después de hacer esta especie de audición comentada a la que Paloma —y yo gustoso— os ha invitado, he hecho que os preparen en el patio una surprise-party. Supongo, por los murmullos, que la idea no os disgusta del todo y que aceptáis el obsequio.

Respecto a la surprise esa, también me gustaría deciros algunas cosillas — ¡que no voy a ser pesado, hombre!— y que las tengáis en cuenta no sólo hoy, sino cualquier otro día que os apetezca venir por casa.

A las niñas —que, por cierto, venís hechas unas auténticas bobby-soxers: como si fuese a aparecer Sinatra— os hablo como a sobrinas mías, habida

cuenta esos afables besitos que me han hecho sentir como un tío abuelo enternecido:

Primero y muy importante, ¿dónde está el doble con sifón que yo tenía? ...Bueno está. Déjalo ahí.

Pues, primero y muy importante, una surprise-party es una reunión en la que, como sabréis, nadie se sorprende de nada. Pero puede resultar de lo más cursi y fastidiarse del todo...

Por eso, en relación con la bebida, sabed, queridas sobrinas, que es de mal tono para una virgen beber más de lo razonable. Que no pase, pues, la que todavía lo sea de la media botella de whisky. Y preciso: que sea scotch. El whisky americano cualquiera —bourbon o rye—, como el coñac, deja al día siguiente una jaqueca singularmente molesta —luego, si a alguien le interesa, puedo darle un remedio casero aunque infalible para el monstruo de la resaca.

El scotch se dirige, naturalmente, a aquéllas de vosotras que tengáis ideas de izquierda. En el caso de que la derecha os atrajese más, el vodka es un excelente producto que también deja pocas huellas. No consideréis contradicción en función de vuestras ideas políticas el hecho de beber el líquido del enemigo. Gracias a esos pequeños reequilibrios a escala individual, nuestro planeta no ha estallado aún.

Los trapos: los vaqueros son la prenda más cómoda para una de esas surprise-parties mediocres donde todo el mundo acaba en comisaría. Si buscáis una verdadera singularización, debéis coger un vestido sencillo del ropero de mamá. Si tenéis la intención de entregaros a los bailes animados de hoy —pamplinas que jamás lograrán destronar el cake-walk y el galop de mi juventud, mucho más deportivos—, quiero llamar vuestra atención sobre la necesidad de un sostén realmente sólido y, desde luego, con elásticos en la espalda. Si Natura, en su clemencia, ha evitado recargaros de delantera, es toda una ventaja, pero manteneos vigilantes sobre esos dos peligros eternos: la fuerza centrífuga y la inercia.

¡Coño, ¿quién se ha bebido otra vez mi doble con sifón?! No, mejor..., ¿dónde anda mi botella? Vamos, la del Glennfidish que estaba mediada... Equilicuatro. Many thanks.

Por supuesto iréis a esta surprise-party como a todas, a coquetear o, como decís en vuestra jerga, para «haceros» a fulano o a mengano. Sabed que a ellos les anima idéntico afán. Por eso, eliminando toda hipocresía, declarad vuestras intenciones sin circunloquios estúpidos. Es justo, ya que votáis, que asumáis vuestras responsabilidades al respecto. Esto evitará perder tiempo a todos y, además, sé por Palomita que tenéis un examen mañana o pasado.

Ahora, mis sobrinos. A vosotros me dirijo como vuestra tía abuela, para no hacer de menos a todas las tías abuelas del mundo ¿no?

Sabéis perfectamente que el cerebro ha sido siempre el más bello adorno de un muchacho, y no es forzoso que tengáis que medir kilómetros de tórax para seducirnos. Y poco importan vuestros bíceps; siempre, claro, que conservéis suficiente fuerza para levantarnos el organdí en el momento oportuno, elevarnos por el coxis hasta dejar el pubis a la altura apropiada, en el bujío de ensueño, después del baile y de una petición en debida forma: por la Patria y por la República. Pero ya os digo, lo que encontramos más turbador en un hombre es su conversación. El dinero, ¿veis?, no nos interesa. Un apartamento, algunos criados, una casa de campo, un pequeño coche elegante y vacaciones en Capri o, en invierno, Saint Moritz, y henos satisfechas. Que vuestro Cadillac o vuestro Jaguar no os dé complejos: sabemos comportarnos y no sufriremos viendo a nuestras amigas más favorecidas rodar en un despampanante Bentley o en un Continental maravilloso.

No habléis de dinero, por favor. Con echaros un ojo sabemos si lleváis en la muñeca un Patek Philippe o un Ulysse Nardin, que vuestro traje ha sido cortado en Bardot, que las medidas de vuestros zapatos se conservan en King's Road y que vuestra corbata lleva la etiquetita de Sulka. Habladnos sólo de amor; eso nos colmará.

A la fiesta id a coquetear como es natural o, como decís en vuestra elegante germanía, a «cepillaros» a zutana o a mengana. Como nosotras hemos venido exactamente a lo mismo, declarad lo contrario a vuestras verdaderas

intenciones con tontos circunloquios. Las mujeres adoramos perder nuestro tiempo y nos traen al fresco los exámenes, que aprobamos con nuestro solo escote. Es justo, ya que jamás vamos a votar —¡qué aburrido!—, nos liberéis de todas nuestras responsabilidades.

¡Y ya os dejo que bajéis al patio a vuestro aire...! No estoy para esos trotes, me quedó aquí a tomar también un poquito de aire.

...De nada; no se merecen.

¡Pesado tu padre, niña! Jodida leche de niña...

¡Ah, y de pik-up, el portátil que me regaló el *Reader's Digest*...!, ya, ya sé que es un cascajo; menos da una piedra ¿no? ¡Nada, nada de extensiones! Si queréis achucharos o dar botes como ánades ebrios, ahí tenéis el *Reader's*... ¡El estereofónico hi-fi es para el chache! ¡Cuando seáis madres comeréis huevo...!

Cualquiera sabe con que intenciones me largaron los de esa revista el dichoso pik-up... Suena como una carrañaca. Total, para lo que lo quieren los niños les hace el avío de sobra... El altavoz tiene la misma resonancia que una caja de arenques. La verdad es que podría haberles dejado enchuff...

¡Hola!, ¿tú no tienes ganas de fiestas sorpresa?

...Ah, ¿y cuánto tiempo vas a esperar?, porque las zangolotinas están ya dándole al codo, abajo, en el patio. ¡¿Y has vuelto a subir?! Ya, o sea, que lo tuyo es alcoholismo puro; pues nada, nos sentamos si quieres allí, en la camillita del ventanal. Yo es que necesito aire fresco, de verdad.

¿Que te ha resultado curioso qué? Ah sí; es una costumbre muy española: en cualquier verbena, en cualquier feria encuentras a muchachas bailando juntas... Paloma es más joven. Doloritas, aunque todavía está de merecer, cuando llegó aquí ya no era una chiquilla..., Dolores siempre vivió en Carmona hasta que yo me la llevé, desde que empezó la república y luego cuando la guerra —entonces tendría ella unos 16 años—, para Sevilla, Siruela, Madrid, a donde se terciara. Siempre la he tenido por una estupenda secretaria...

En España eso es corriente —tú no te acuerdas quizá porque te viniste muy chico—; aquí no sé, a lo mejor también... Pero, vamos, ya cuando tienen una edad lo hacen en plan calientapollas o porque no tengan pareja o vaya usted a saber..., simplemente porque les guste bailar juntas.

¡Qué va a ser la única el jazz! A mí me gustan todas las músicas, pero que todas; unas más otras menos, como es natural. Si te digo la verdad, me pirran algunas baladitas románticas como una que Sinatra sacó hace ya algunos años, *Golden Earrings*:

*An old love story
old story what gipsies know is true,
over golden earrings...
I still belong to you...*

Todavía nos vemos. ...Buff, casada y recasada; siempre quedamos en *La Petite Marmite*, allí paso a recogerla y nos vamos a comer, y luego a su casa de la playa o aquí, según... Más que a nada en este mundo, te lo juro. Más que a nada en este mundo...

¡Claro!, ahí tienes muchísimos de los microsuros de ahora y de los de baquelita; los de pizarra los tiré. Yo que sé..., yo tiro todo lo que pesa o me ocupa mucho sitio. ...Bueno, los que más oigo, aparte de Wagner: sí, de Wagner todo..., pues casi siempre italianos: el Monteverdi polifónico y casi gótico; la mandolina d'il prete rosso; Frescobaldi —lo poquito que hay—; las romanzas de Galuppi y los venecianos que son como un guisante de olor cuando las canta un tenor, joven pero buenísimo, Cario Bergonzi. Donizetti decadente... Y de fuera: Haydn, las cosas para pianoforte solo de Mozart, la Cantata 88 y algo, también, de nuestro Bartolomé de Selma y Salaverde. ¡Y *La vita per lo zar* con el maravilloso Boris Christoff!

Sí que toco el piano, pero con mayor voluntad que acierto...

No me has dicho cómo te llamas. ¿Manolo Gregorio? ¿Eres pariente de Marañón? Excúsame, discúlpame; es cierto... ¡Antes te dije la misma estupidez! Pero es que, mira, yo es que escucho «Gregorio» y mi cabeza responde «Marañón»; es como un efecto Paulov, pero muy intelectual.

Y eres compañero de clase de Palomita...

¿Y por qué dices que no te gustan las mujeres?; vaya, si no es indiscreción...

...Sí, claro que lo entiendo. Pero verás, integración ¿para qué o dónde? ¿Como la que piden los negros? Acuérdate de lo que antes os comentaba hablando de esos músicos. ¿Does Hollywood sell? Está clarísimo que sí, que vende; pero a los poquísimos negros que componen para la REPUBLIC o la PARAMOUNT no se les permite siquiera que sus nombres aparezcan en los créditos de las películas. ¡Y a saber cuánto les pagan!

Efectivamente, conozco a Capote —no me digas cómo lo sabías, que ya me lo imagino—; bueno, pues a Capote —entérate— le repele Los Ángeles a cuenta de ese nuevo movimiento de integración y liberación de queers y poofs, de ex-soldados de la segunda guerra instalados en California, y que han creado una especie de Beat Homosexual Culture —no sé aquí qué pueda significar beat, ¿es que pretenden golpear al sistema desde la cultura por muy homosexual que se la adjective?—, incluso han fundado hace nada una revista literaria titulada *One*...

Pero, verás, a mí lo que me parece que le es realmente insoportable a Trumancito es ser uno más en ese mundo de bohemia internacional que se ha establecido en L.A. Los Ángeles, después de la guerra, es casi la capital cultural del mundo: por allí andan Schönberg, Thomas Mann, Bertold Brecht, Huxley, Stravinski o Buñuel; en fin, todo artista o intelectual importante se va a Hollywood... ¿Y qué? ¿Por eso vas ser libre?

Ten en cuenta que abogados y jueces, banqueros y reverendos, incluidos artistas y psiquiatras, nos imponen —logran imponernos— una idea absolutamente ridícula de una sociedad libre: la libertad última, por lo visto, significa una sociedad construida por relaciones sádicas y masoquistas, por una fantasía que vive a través de situaciones placenteras o penosas de castigo

y contrición; y eso, amigo mío, es una pescadilla —o pesadilla— que se muerde la cola y así será per in saecula saeculorum.

Quante memoria di dolor comuni, di comuni piacer!, decía Pindemonte en *I Sepolcri*..., y se quedaba tan fresco.

La libertad interior..., qué quieres que te diga. ...¡No hijo, nada de fácil! Para hacer eso tienes que ser un hombre que conozca al enemigo, sus métodos operativos, y que esté comprometido activamente en combatirlo y destruirlo, aun dentro de este sistema privado de amor en el que las personas se manipulan unas a otras.

No es infierno lo que inmediatamente te rodea, en la medida en que día a día puedes dar los pasos para cambiarlo, y con suerte puedes ir creando círculos concéntricos, aunque siempre horizontales. ¡No busques nunca la verticalidad! Hoy el infierno lo conforman grupos autoperpetuadores que utilizan cada vez más métodos de control de lo más moderno y despiadado. ...Como alicates de foam. Más o menos.

¡En fin, yo qué sé! Que me ha dado parlanchina y solemne.

Hombre, yo paso —como tú dices— a estas alturas por aquello de que, para tres días que me quedan en el convento, me cago dentro; eso sí, con un respeto estricto a mi karma privado. Uno que yo me sé; cada uno tiene el suyo. Úsalo tú. El tuyo.

...Pues sí que es cierto, charlo con Paloma desde hace un tiempo sobre ese doctor Vallina, para algún estudio o una tesis que tiene que exponer. Hombre, supongo que su padre le diría que yo fui amigo del doctor y que le conocí bien.

Es curioso: a medida que ella y yo tratamos de él y de sus cosas, me doy cuenta de que quizás le conociera demasiado bien..., y que hasta ahora no me voy enterando del todo.

Nadie es perfecto, es tontería. Sin embargo no deja de ser doloroso reconocer al cabo del tiempo, a distancia, ciertas cosas que... Mira, ella lo que quiere es un santo anarquista y hacer hagiografía —y de eso, al principio, quizá tuve la culpa yo— pero me parece una barbaridad. Sencillamente —y no hay

nadie que lo sienta más que yo— porque no sería la verdad. Hay que verlo todo, no a cachitos como lo venimos haciendo, sino en un panorama enorme donde —con intención o sin ella— nada se escape, nada se olvide.

Te explico. Vallina, además de ser un loco honrado y justo, también era muy listo —los locos no van a ser necesariamente idiotas—; yo he notado que Paloma no quiere hurgar en ese aspecto. Se ha hecho a una idea de él y no quiere soltarla.

Don Pedro, en el 20, cuando hubo una huelga general en Sevilla, fue a caer en Siruela por cortesía de Gobierno Civil; pues bien, nada más llegar, le plantan delante una vieja paralítica que ya se la comían las escaras. Vallina, que se da cuenta de que la anciana es una histérica de mucho cuidado, la hipnotiza y la pone a andar. Aquello y otras cosas por el estilo, y don Pedro lo sabía, iban a desatar en el pueblo una fe en él que nunca tendría resquicios; en adelante todos los de allí le seguirían como auténticos ruchos. Porque eran bellísimas personas, pero auténticos ruchos.

Verás, volvimos a Siruela a finales del año 32, ya porque él quiso; y lo primero que hizo fue quitar a la gente de todo el término municipal de la necrofagia: sí, que comían animales muertos, a ser posible con dos o tres días de difuntez. Los desenterraban y se los zampaban sin preguntar siquiera de qué la había diñado el bicho.

...¿Un gusto? Como comprenderás, después de las correspondientes bubas purulentas y ganglios inflamados, la mortandad resultaba ser el primer deporte comarcal. ¡Por poco, recuerdo, se matan unos jóvenes a cuento de una vaca hinchada que se había caído a un pozo sin brocal! Pero ninguno de ellos se interesó por el animal hasta que no hubieron pasado los días de rigor mortis... Allí, antes de comerse un cochino se le guardaba un tiempo de luto.

No..., si era una costumbre —hambruna obligue— de antiguo en los pobres y que luego, por avaricia, pasó a los ricos y así terminaron todos por engolfarse; no querían carne fresca ni en los bodegones, a los que, evidentemente, las señoras llamaban siempre naturalezas muertas.

Pues un acúmulo de servicios como éste, unido —no se puede olvidar— a una ética particular intachable, hicieron del doctor Vallina el caudillo de aquellos montes y pueblos, el Durruti de la Siberia extremeña. Y él en realidad buscó ese poder; para desquitarse de su esplendoroso desastre sevillano, del fracaso rematado del complot de Tablada.

Por aquellos pueblos había mujeres magníficas y hombres magníficos, bastaba con haberles enseñado: ellos solos lo habrían hecho a la perfección. No hacían falta para nada las parafernalias hipocráticas de brujo de la tribu — las divinas palabras que evidenció mi Valle— ni las soflamas aturdidoras al peor estilo «Eliseo Reclús», violento e histérico. El anarquismo sólo requiere educación y, dentro del sistema, unas armas necesarias para imponer el éxito del proyecto... El hizo que necesitarán un dirigente, que «le» necesitarán.

Eso sí, en nuestra guerra las resultas fueron extraordinarias; la disciplina de la gente, como un reloj: el fascismo no entendió nunca cómo aquel culo del mundo pudo resistir tanto, cómo aquellos peñascos escondían un fantasma tan sangriento y eficaz.

...Pues porque en los cuartelillos jamás aceptó cobrar una visita, ni consintió favor ni regalo ninguno de los guardias por curar a cualquiera del Puesto, a las mujeres o a los chiquillos. Tenía el prestigio entre ellos que puedes suponer, y además los adoctrinaba en su plan de buda, sentencioso y reconcentrado, con el pico de oro que tenía.

¡Ojo!, también, cuando creyó llegado el momento de un aviso oportuno, envió al cuartel de Castilblanco de los Montes a los campesinos que había entrenado en Fuenlabrada, con la orden —que cumplieron— de degollar a los cuatro números y al cabo.

El comportamiento extraordinario de la Guardia Civil de la zona sólo se puede ver desde el agradecimiento obligado al médico y el fanatismo ante a un Goddighava grave y definitivamente místico. Honrado y desprendido hasta lo inverosímil y, a la par, aterrador como un rayo inesperado.

El palacio del conde de Siruela fue nuestro cuartel general, y —todo hay que decirlo— gracias al excepcional estratega Vallina, inexpugnable. Hospital,

escuela, granja comunal, silo, de todo hubo dentro... No, cárcel no. Allí no queríamos presos. ¿Para qué sirven los presos?

Al conservador y administrador del conde se le dio la oportunidad de elegir: Vallina mismo le metió un tiro por la oreja. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Dejarle que se fuera a Madrid a ver al amo para contarle la historia y, de paso, que arramblaran con un par de regimientos de guardiaciviles o una compañía de guardiamatarifes de asalto?

Date cuenta de que la Ley para la Defensa de la República fue un salvoconducto para las torturas, incluso asesinato de quien no respetará aquel régimen atrabiliario y pobretero de burócratas, ateneístas y conspiradores de café que se habían enamorado de sí mismos. ...Con honrosísimas excepciones, desde luego, y que fueron poco a poco, y lógicamente, separadas de aquella casa de tócame roque: ahí tienes a Lluís Nicolau D'Olwer, que mira que tenía un ministerio desagradecido... Pero al no ser festero ni mediocre, molestaba. Incluso su obra erudita, sus trovadores, levantaron —ya ves tú— ilustrísimas envidias.

¿Tú sabes la masacre que habrían hecho, si dejamos irse a este buen señor?

...¡Pero si es que la República no respondió a nada de lo que se esperaba! Fue una estafa con rechifla para trabajadores y jornaleros: la famosa reforma agraria, una leche; la educación, dar un barniz krausista y de buen tono a los reformistas del 98; etcétera..., para qué voy a seguir si veo que tú esto lo has estudiado mejor que yo.

Mira, me acuerdo un viaje a Monteagudo. Llamó el comandante de puesto diciendo que el cacique y las derechas habían venido impidiendo la constitución del Ayuntamiento republicano; que no lo consentían, vamos. Allá que nos fuimos en mi Lincoln —bueno, el coche ya era de todo quisque— y una camioneta; los dos vehículos erizados de fusiles.

Don Pedro y los concejales electos anduvieron negociando con los fascistas toda la noche, y estos señores, entre chulería y chulería, que si quieres arroz, Catalina. A las seis de la mañana los ejecutamos en grupo en el centro de la

plaza, sin que en ningún momento permitiéramos que la gente se ensañara con ellos; ganas no faltaban.

A la vuelta, corrida la voz, estaban las cunetas de la carretera repletas de sacos de harina, damajuanas de aceite y cerdos atados encima de la escarcha... Y todos los terratenientes, a las puertas de sus fincas, saludando al paso de los coches, como locos, con el puño en alto y ofreciendo ronqueras a la anarquía; dándonos troncos de mulas, y los aperadores:

—¡Sóóó Regatera! ¡Quiéééta Rabona! ¡Torda, Rosaría! ¡Venga que sos vais con los señores...! Uno de ustedes, que monte a la primera y lleve la reata. Darles trato, que son buenas bestias...

Como si lo estuviera viendo ahora mismo.

¡No, hombre! *El Lincoln* se colectivizó, igual que los cochinos o las almazaras. Pero ni los animales ni los molinos tuvieron mejor cuidado que el coche: un compañero mecánico que se vino de Toledo con sus dos hijos.

Con la Ley esa que te digo..., barbaridades, auténticas barbaridades republicanas que tú conoces igual que yo. Se favorecieron crímenes. Lo de Casas Viejas no pasa, si la Guardia de Asalto no tiene por detrás el background de la dichosa Ley.

Me decía Dos Passos, con el que amisté cuando vino de corresponsal para las Constituyentes y luego en otras ocasiones —también hice amistad con Abel Plenn, que ahora se han editado aquí sus crónicas por BOOK FIND, *Wind in the olive trees*, no te lo pierdas—; bueno, pues me contaba Dos Passos que si llega a tener el mando la Guardia Civil, allí no hubiera pasado nada; y es cierto.

Después de la quema de la choza —al Capitán Rojas le parecieron una exageración las órdenes que Meléndez le dio en Madrid, y sólo quería aplicar la Ley de Fugas si lo pedía la ocasión; pero se puso nerviosete y tiró de cerillas—, a lo que iba: achicharrándose el chozo, se ordenó descanso a las compañías en la plaza, sin embargo las pistolas y la histeria de la Guardia de Asalto no tenían bastante y se llevaron por delante a dieciséis hombres más; echaron los cadáveres —uno era un abuelo de setenta años— a la pira donde se calcinaban los Seisdedos, las hembras y los niños.

...¡Ché!, que yo acompañé a Eduardito Guzmán para el reportaje de *Crónica* y vi el montoncito de pobres calcinados con el pleonismo de mis propios ojos. Ahí están las fotos en cualquier hemeroteca. Discutí con Dos Passos porque sostenía, contra viento y marea, que el único que aireaba el tema en prensa era Sender; pero luego no tuve tiempo de buscarle el ejemplar o los ejemplares, porque fueron varias las entregas que Guzmán sacó en *Crónica*.

...Ya, pero recuerda también —seguro que lo has leído— que a Rojas le pidieron luego que se sacrificara por la República, diciéndole que el Presidente del Consejo no caería si no caía el Ministro de la Gobernación, y que el de Gobernación tampoco se descalabraría si no se descornaba el Director General de Seguridad, el tal Meléndez o Menéndez. Como quien lava y no enjuaga.

Total, que el hombre acepta, pero se le ahúma el pescado cuando el secretario de Meléndez va y le ofrece una cantidad desorbitada para que se la gaste en diversiones, pero que se largase bien lejos. Mientras, en paralelo, la propia mujer de Meléndez le conmina a dejarse encarcelar por las buenas:

—Porque en la vida —le dijo— cada uno apechuga con lo que le toca. ¡Y a ver porque vamos a tener que pagar nosotros por el avenate de loco que a usted le diera en el pueblo de Casas Sucas ese!

Y Rojas entregó entonces su famoso informe a Ortega y Gasset.

...Pero, si te fijas, fueron graciosas entre comillas esas mismas declaraciones que dices de Azaña y que recuerdo como si fuera hoy:

—Del Gobierno no salió nunca ni un solo gesto que pudiera justificar la ejecución de unas órdenes, cuyo resultado el Gobierno contempla con horror. Si me hubieran dicho que un hombre, una sola víctima había caído indebidamente en Casas Viejas, yo lo habría dudado. Pero me dijeron que catorce o dieciséis hombres habían sido fusilados, y eso constituía tal enormidad, tal absurdo, que no pude creerlo —Azañuelo, ángel mío...

Lo que me decía Dos Passos:

—Como preguntaría Trotski, ¿la misión histórica de los liberales bien intencionados y de los socialdemócratas de todo el mundo es la de

«contemplar con horror», impotentemente, el colapso de esa vida civilizada que tanto quieren?

¡Hombre, pero si anda por aquí Doloritas! ¿Vas al cuarto de baño de tu despacho? ...No, por nada; como llevas la cara hecha un cristo con esos chafarrinones de carmín en todas sus gamas. ¡Bah, ¿pero tú no me conoces?! ¡Que de verdad que me alegro horrores de que te lo estés pasando bien! Ahora, yo que tú no me retocaba: estás salvajemente preciosa con ese aire de recién follada.

...¡Ah, pensé que os conocíais! Mira, Manolo Gregorio, y está es Dolores, la niña de mis ojos. Ven, dame un besito antes de irte. ¡Que lo mees bien...!

Qué linda es esta mujer, Manolo. Yo la veo cada día más guapa y, aunque siempre ha sido inteligente, ahora la noto más libre y serena, con menos apego a mí... No sé, a lo mejor es pasión de padre y de madre... ¡Ah, yo me siento como si lo fuera! Es la hija que me hubiera gustado tener. Pues..., treinta acaba de cumplir.

Oye, estamos más secos que el ojo de Blas: voy al buró a liar un petita y a por un bebercio apropiado. ...Como quieras: el último cajón es de cubierta abatible, lo abres y coges el saquito de *Royal Salute*; hielo tienes en la nevera del despacho de Doloritas.

Como dijo don Ovidio:

—But I don't mihi tota cara reliquit. —por eso tiene usted toda la razón, Manolillo, hermano mío: yo ni he sabido ni querido dejar en el camino las cosas que me fueron queridas.

Ya te he dicho a ti, o a lo mejor fue a Paloma, no recuerdo, que cuando me pregunto en el espejo no me contesto jamás:

—Oh Reina mía, por ahora tú sigues siendo la mujer más hermosa del orbe conocido.

Más bien me digo siempre:

—¡Hombre, ya estamos aquí otro día! ¿Qué tal, Estebanillo? ¿Cómo andamos, don Latino? ¿Dispuestos a todo? —contradicciones mías, como las que tiene todo el mundo... Yo por lo menos me las conozco y sé hablar con ellas y de ellas. A lo mejor es un primer paso para dejar de ser tan malito, tan requetomalito como soy conmigo mismo.

...Pues fíjate, que me comparo con ventaja: el mismo Canciller Bacon, padre de la filosofía inglesa, en la vida pública se dejó llevar por el apetito desordenado de bienes y fue objeto de un proceso lamentable. Por eso, creo que más vale mirar la obra y el resultado y no las miserias y contradicciones comunes a todo quisque... No lleva a parte ninguna.

Pero qué dices, ¡de aquí sale una amistad y hermandad eternas, mi querido Marañón! Tengo ahí una navajita de afeitar: ahora mismo nos hacemos hermanos de sangre, como cuando éramos chicos... ¡You're my pal! ¿Cómo que no tengo cojones? Ay don Manoel, y en qué poca estima me tiene vosté... Ya, ya nos iremos conociendo.

Voy a dejar lo de la navajita porque es una carajotada ¿no te parece? Jolín, qué grado más espinitoso hemos alcanzado.

¡Y que jumerío!; come sempre vous avez raison, don Gregorio. Ma vero: Manolo Gregorio; eso, nemotecnia: Manolete, como el céreo matador, y gregoriano, como el cante. ¡Ahora sí que no se me olvida!

Yo qué la voy a tener..., ande, ande, deje, deje. ¡Bien, no vamos a discutir por la futesa de un quítame usted allá la razón o no! ¡Pero que conste que no es usted el verdadero doctor Marañón!

Por una de estas futesillas y un acaloramiento acabó colaborando un amigo mío, Justinito Sánchez, en el asesinato de un tal don Eligió Rabanera, que era fabricante de una marca de jabones, Olores del Esgueva, y nacido por allí, de por la tierra de Onésimo Redondo. ...No, ahora mismo el motivo no te lo pongo en pie..., algo de Logia sí que hubo ahí.

Justinito..., qué buen muchacho. Me he acordado de él a cuenta de la amistad y del estado espinitoso. Mira, en esta carpeta de partituras guardo un poema de él, en el que precisamente...

No exactamente poeta, porque era diletante en sus intereses hasta el dislate. Lo mismo lo encontrabas con los pentagramas, con los pinceles, poemas o empezando una novela.

...Buena posición de la familia. Tenía un aspecto de lo más atrabiliario: gordo, pata ortopédica, con cara tremebunda —si llega a ser tradicionalista habría sido el ideal estético de Vázquez de Mella—. Le dio un tiempo por la bebida y siempre por las drogas; al menos durante la época en que lo traté: colaboramos componiendo... Sin embargo, no cambiaba un rato feliz de charla con los amigos por el advenimiento de la República.

...A cuento viene. El poema está fechado en el año 24, es de un prosaísmo que tira para atrás —él escribía así—, pero rebosa admiración y lealtad a un su amigo, que yo conocí gracias a él. Se titula *Aniversario*

*Quizá escuchar «Spirito Gentil» al gran Caruso
en la radio, me haya dejado melancólico.
Son estos los momentos de hacer recuento fino.
Me interesa mi vida, sobre todo, y el Arte;
y casi nada España, siempre febril y estólida.
Es la vergüenza ajena mi instinto más filial.*

*La tristeza en el aire de los tiempos que corren
atiza las disputas de nuevos doctrinarios,
se respira en la calle la china crueldad
del temor redivivo a la simple delación:
El miedo por hablar demasiado y con otros».
Las mercedes se siguen otorgando a los yernos,
amigos, tertulianos. Criados de criados...
Tal vez no hemos contado con toda aquella gente
de vanidad morbosa, de espejo patológico,
que siempre se declara a sí misma inmortal.*

*Mi país ideal llevaría este lema:
«sin moscas y sin curas y sin guardia civil»:*

*ser un país más limpio y con un buen sentido.
Y un Estado sin fuerza. Me parece excelente.
(Siendo la condición de estos pagos el ver
en las frases retóricas los hechos consumados
me preocupa el hablar del lema que les digo).*

*Paso de niño a viejo sin haber sido adulto,
no soy más que un escéptico y a la Ciencia le doy
el único sentido religioso que queda...
En este mundo estrecho, sin apenas salidas,
necesito vivir libre e independiente.
Aunque sea locura. Gano bastante poco
y, sin vida social, sin casi relaciones,
sin intentos activos (también es la verdad)
voy marchando y no paro. Andamos mal que bien...
Algún problema físico, que no estoy en ambiente,
me hacen inadaptado y aún más descontento,
aunque un hombre que sea siquiera un poco digno
en la presente época, tendrá que ser, al menos,
un hombre solitario.*

*Hasta hace no mucho
fui revolucionario, y es que así me veían.
Hoy no paso de iluso, incluso algunos jóvenes
me toman, en mi charla, por un viejo «pompiere».*

*Europa es color gris, también lo son mis libros.
Al principio, más joven, los veía jugosos,
ahora los contemplo con tonos de ceniza,
de dibujo inseguro, incorrecta su traza.*

*Creo saber quién soy, porque en la realidad
mi arcadia es Man Belcha. Aunque mi carnet diga
Pío Baroja y Nessi, de edad cincuenta años.*

...Y además que yo sé que Justino no admiraba rendidamente la prosa de don Pío, sin embargo eran hermanos de pensamiento. Se trataban con gusto y, siempre que las circunstancias se prestaron, hicieron algún viaje juntos. En estos versos hay lealtad al maestro y un derroche de amor por el amigo.

...¡Toma, y a mí! Ya me hubiera gustado una felicitación de cumpleaños siquiera parecida.

No que no he vuelto a saber nada de él; pero con su incapacidad para el funambulismo en las relaciones era carne de paredón. Como tantos otros; más de los que nos imaginamos. Éste cayó en la bulla carnicera, seguro. ¡Ah, eso sí que no lo sé! De ser así la cosa, lo mismo pudieron fusilarlo las derechas que las izquierdas.

...Pues compusimos algunos conciertos de piano —algo ligeritos, nada del otro jueves— para José Iturbi. De encargo. ...Dejémoslos en resultones.

¡Echa vino, montañés, que lo paga Luis de Vargas!

...¡Oye eso está bien traído!, ¡venga, ahora por los Pavones!, por Tomás o por Pastora, da igual... Qué va, si yo ya no tengo voz... Bueno, cantineando; pero usted me baila ahora, don Marañón:

*Mi mano no está aquí
que está en la guerra de Francia,
buscando con un candil
a una pícara mulata.
Y al Gurugú, al Gurugú, al Gurugú.*

*Qué bonita está Triana,
cómo se luce Triana
cuando le ponen al puente
banderas republicanas.
Y al Gurugú, al Gurugú, al Gurugú.*

*Si yo nací en Argel
y mi madre fuera mora,
como reniego, mare mía, de Mahoma
para poderte ir a ver.
Vamos andando, pasito lento,
vámonos, primo, vamos pa Cái
porque'n Sanlúcar toritos no hay.*

Tatá, tacatá, juuuy... Je je, jodio cómo te mueves, ¡qué arte! Tú tienes cuarterón gitano, fijo. Ay..., las banderitas republicanas...

Me va a dar llorona, lo estoy viendo venir. Se me han venido a la cabeza cuatro camaradas que iban siempre con nosotros y con los hermanos Arcas, que vivían en calle Enladrillada, y que se los cargaron a tiros una noche de julio del 31 en el Parque de María Luisa...

Dame dos calás, que me va a dar llorona... El sastre Oliván, el Cojo de los pestiños, el ceramista Parra y el cuarto..., el cuarto no me acuerdo. El informe Abartegui sostenía que, prácticamente, se habían muerto de risa en medio de la floresta. Los comunistas dijeron que los guardias civiles que los llevaban esposados les dieron la Ley de Fugas. Los de CNT que los guardias se los habían entregado a unos señoritos del Comité de Salud Pública o de Salvación Pública que estaban en Gobierno Civil. A don Pedro y a mí eso de que los civiles entregaran los presos a unos señoritos ni nos sonaba: así no funcionaba la Guardia Civil.

...Le pregunté a Valenzuela que había venido de Madrid a hacer el reportaje para *Claridad*, y me dice que, indagando, le secreteó un diputado:

—El asunto ese es cosa de un tal capitán Díaz Criado, que es un asesino.

Llamé al administrador de mi madre, que también le llevaba unas fincas al Gobernador de Sevilla:

—Entérese usted, don Cecilio, que es asunto que me interesa.

Don Cecilio Lupiáñez Cervilla se llamaba: no me digas que no es un nombre estupendo para un administrador.

—Algo sí que puedo decirle. Pero si a usted le parece, don Federico, nos podemos encontrar mañana en el domicilio de don Pedro Martínez Barrios que sé que les tiene en estima al Sr. Vallina y a usted. Está ahora en Sevilla por lo mismo y, la verdad, él sí que está al cabo de la calle de esas barbaridades.

A la tarde siguiente estuvimos hablando con ese personaje maravilloso que es Martínez Barrios —los hijos de puta de Gracia y Justicia le vejaban «Martínez Birria»—, y que, al conocer también a Valenzuela, no tuvo inconveniente ninguno en dar los pelos y señales que había ido desbrozando.

Total: efectivamente la Guardia Civil no había entregado los presos a ningún señorito.

Como el Gobernador no estaba, acudieron a Capitanía y pusieron a los cuatro a disposición del Sr. comandante Díaz Criado —bueno, capitán o comandante; luego fue una hiena insustituible para Queipo—. Éste —el Díaz criado— sí que llamó a los señoritos que estaban en gobierno civil, y les propuso que

—Si ustedes se dejan caer, a la madrugada tendremos cacería de pobres. Cuatro..., alguno no muy muy lucido... ¡¿También os vais a quejar?! A mil duros la pieza. Conformes, yo pongo la artillería —Y así fue. Después que cerraron las cancelas, los corrieron por el parque a tiros y con perros.

Cómo sería la cosa que al Cojo de los pestiños lo recogieron ensartado en las picas de la cerca con dos agujeros en la espalda. Los otros tres, además, estaban recomidos por los perdigueros y con el tiro de gracia respectivo. Banderitas republicanas...

Este cabrón de Díaz Criado, cuando ya entró Queipo, no sólo mataba como represor sino ya con recochineo: me contaron en Siruela —y esto sería una minucia más— que fue una mujer a verle intercediendo por su marido que, por lo visto, lo habían trincado los de Falange por error:

—A ti te voy a vestir yo de negro, que tú vas estar muy guapa de negro — eso le dijo el muy...

¡Anda, coloca un disco de Edith Piaf!, que a ella no le pasa lo que a la Billie: me arrastra por donde ella quiere, pero con pasión y chulería, que es como a mí me gusta arrastrarme. *La vie en rose*, por la moquetita de peluche rosa y pegajosa ...

De todas maneras, siempre nos quedarán el show integracionista de Cornie Collins y el show segregacionista de Rollo Treadway... ¡Tenga cuidado con la TV, mi querido don Gregorio! El mejor día le escogen a usted para una interview y..., ¡con la de miles de personas que ya aparecen, lo pueden confundir a usted con cualquier otro...!

Voy a orinar con permiso, que hace tres horas que estoy desean...

BOBINA 12 a)

¿QUÉ? Ayer, de asueto mansueto a cuenta del resacón ¿qué? ...¿Cómo dices? ¿Que yo me pasé la noche durmiendo con un invertido? ¡¿Al doctor Marañón vas a llamar invertido?! Que sea la última vez en mi presencia. Además, fue una charla entre caballeros y luego, cada uno en su butaca, nos quedamos roque.

Venga, niña, que ya nos queda poquito; yo de verdad no puedo más..., ¡no, si tirada te dejaba ahora mismo, pero no te voy a dejar porque soy demasiado bueno!

...Pues mira, en todo este tiempo que no nos hemos visto —en todo ese larguísimo día de ayer quieres decir ¿no?—, he llegado a escribir hasta una *Oda a la Noche*, lieder para mezzo-barítón. ¡Vamos, no te joroba! ¡Que qué he hecho en todo este tiempo...! Tú edad del pavo no tiene edad.

Venga ya: ¡viene veloz el ssspeaker, arrrrebata el micrófono a la niña, va a arrearle un golpe rápido con el electrodoméstico en la cabeza! Pero parece que duda..., ¡duda y..., señores, claudica! ¡Evidentemente humillado, se dispone a hablaaarr! Devuelvo conexión, compañeros. ¡Aquí su locutor de siempre, Federico Pico Caliente!

Dolores, Dolomitas, ¡Doloritas, báculo de mi viejalidad! ¿Dove sei il coñac with yema? ¡Eres acaso sorda para con este hontanar de dolor y recuerdos! Que ya llevo cinco cordiales..., ¿y qué? ¿Es que acaso me echas en cara...? Parece mentira, hija...

Está bien, ¡que me den mis vestidos de Duque de Milán! ¡Mi cetro, pronto, que imponga la justicia! ¡Fernando! ¡Fernando!

Bueno, sin cachondeo: vamos a terminar hoy.

...¿Cómo, cómo? ¡Pero si eso ya te lo conté el otro día! Cuando te llamabas Manolo Gregorio. Bueno, pues pregúntale a él, que seguro tiene una memoria mucho más fresca que la mía... De ley: es un tipo excelente, de los cabales y, ¡ajo!, un amigo que tiene cosas en la cabeza —algo ya de por sí extraordinario en estos tiempos— que debes cuidar como oro en paño porque, además, te quiere un montón.

Jamás podría repetirte todo lo que estuvimos hablando; no, que tengo todavía la lengua de piedra pómez...

¡Ah, pero si lo tienes grabado en el carrete que se quedó puesto!; el de la audición. A mí se me olvidó y siguió funcionando... ¡Todo solucionado! Empezamos por donde yo quiera, anda..., ¿sí?

Hasta la República, los tiros siempre fueron a dos bandas: San Román y San Marcos a muerte contra San Julián y La Macarena, o sea, aunque pueda dar idea de combate celeste, era entre anarquistas y comunistas de esos barrios; luego, ya a tres bandas, tiraban los de Falange y los apostólicos.

Dos días después del 14 de abril, el gobernador ordena a Cabanellas la detención de don Pedro al temor de la marcha campesina sobre Sevilla. ...Sí, unas turbas de campuzos salvajes con sed de venganza que, todavía caliente la proclamación de la República, venían con hoces y guadañas a por lo suyo..., eso era lo que pensaban —te lo juro— los profesionales del sillón. Quizá con un maquillaje más benévolo, hubieran tenido razón. El caso es que ¡por fin había llegado la hora!

...¡Bah, el 17 ya estaba en la calle! Fue más protección que otra cosa. ...Pero si, verás, Cabanellas y Vallina eran, como masonazos, gente de buena fe.

El gobernador Bastos incluso se llegó a tragar que iba en serio lo de la Reforma Agraria, que era verdadera y que le darían medios racionales para acabar con el pistolero; y le dieron por el culo.

Ya en el mitin de la CNT del día 15, los comunistas de Manolo Adame fueron a por don Pedro, a que lo metieran en la cárcel como fuese: diez o quince se metieron bajo la carpa de gorras enardecidas que escuchaba a Vallina y se

liaron a tiros con los guindas de a caballo que roneaban, vigilantes; no sabes la que se armó.

Ya te digo, de todas maneras la República no entró en Sevilla con banderolas y cante, sino muy roja, con mucha sangre. El 21 nos vuelven a detener el día entero...

¡Pues sí, otra vez, coño! Poca cosa: el reparto de víveres a hospitales y albergues se lo había dado el gobernador en exclusiva a un grupito del fascio más engominado...

Muertos en Dos Hermanas, Coria, Utrera... Al día siguiente daba miedo andar por una Sevilla desierta. Tranvías custodiados; los entierros más tétricos que nunca en su soledad, en la polvareda de la explanada de San Fernando los cortejos ralos, la tizne de los lutos; se cacheaban, al resol brutal de los adoquines en aquel verano tempranero, las escasas americanas de lino que se habían atrevido a salir, las panas remendadas; algunas veces del extraño carboncillo de una sotana de sisas reventadas por los brazos en alto, salía el aullido feroz, premonitorio:

—¡Detente enemigo, el Corazón de Jesús está conmigo!

Por la tarde, pasado el medio día, fuimos asomando la gaita por todas las azoteas y ventanas de la Plaza de San Francisco que habíamos tomado por la mañana, muy calladitos. De pronto toda la flor de cananas disparaba su polen de azufre, carbón y clorato sobre cuarenta o cincuenta guardias cansados y a la espera de órdenes.

Desde el Ayuntamiento y Telefónica respondió el fuego graneado de una compañía de ametralladoras y, Avenida de la Libertad adelante, resonando la carrera de las botas como si un trueno lejano se acercase, otra de infantería a contracompás del tableteo. El polen de la flor llovía picando como un alacrán por Triana, Paseo Colón, Puerta de la Carne, Gran Plaza... En la Gran Plaza, el paco más certero y el que reventó más espaldas de camaradas fue el hijo de puta del cura de la Concepción, gateando campanas y tejados.

La CNT, outlaw.

Comunistas y anarquistas no cabíamos en la cárcel y nos llevaron a la Plaza de España; por la noche atacaron gobierno civil, detrás de Plaza Nueva. En las torres del parque y en la Giralda giraban focos enormes que aplastaban con sus melocotones amarillos los tendederos, las macetas, las calles estrechas, a los curdas deslumbrados que caían al menor meneo, como gorriones de furtivos. Metralletas de la Giralda que todavía usó Queipo en el verano del Movimiento.

...Los comunistas, generalmente, disparaban a voleo a quien les pareciera más feo. Jolín, don Pedro tuvo que dar la orden de que cada vez que dos Hermanas de la Cruz salieran por la noche, un camarada, a prudente distancia, las escoltara pistola al cinto. ...Velaban a cualquier infeccioso que flotara entre la podre de un bujío del Tardón, por ejemplo, hasta las cinco a.m. Exacto: que tu escuchabas en madrugadas de desmonte y chabola, en medio de miaus desconsolados y algún ¡pac pac pac! desde las vallas de un solar, un fantasmal y unísono tintineo de rosarios seguido de un no menos misterioso cendal flotante de leve bruma con gorra y pañuelo rojo; el brillo de la luna en zigzag nervioso sobre el cañón de la pipa.

Pipa de kif la que voy a fumar yo a hora mismo...

...La cosa iba rebasando a la razón, pero no puedes imaginarte lo bien que lo pasé viendo los apuros de Vallina.

Ramón Franco se presentó en Tablada con un trimotor que había requisado como Director de Aviación, cuya panza decoraron con un VIVA ANDALUCÍA LIBRE verde y enorme; sobrevolaban el puerto y las cuatro o cinco fábricas esparciendo basura literaria al más puro estilo Primo Rivera, don Miguel: ¡Esta España de verdugos y ladrones va siendo menester que desaparezca por el fuego vengador que reivindique la Humanidad! y otros muchísimos pasquines de parecido jaez.

Fue más que una tontería lo de apoyar la candidatura loca de Balbontín — garbanzo negro de todas las buenas familias sevillanas—, Carrión, Franco, Infante, etcétera; y lo del famoso Complot de Tablada, otra que tal.

Pero, querida, la calidad de las carcajadas que di con Ramón Franco no tiene precio. Ramón Franco era un sainete con bigote: da una arenga al personal de Maestranza de Aviación, soldados, pilotos, oficiales, allí en el mismo Tablada, y cuando ya tenía al público colgadito de su labia, por hacerse el jabalí, grita:

—¡Me cago en las bragas de la Virgen de Loreto, patrona ignominiosa de este Cuerpo de Aviación!

Mira, al pronto se quedaron blanquitos, pero reaccionaron; le dieron tal paliza ipso facto, que Vallina y yo volamos antes de ver los previsibles resultados. De aquella, le tuvieron que poner media boca y un corsé de esparadrapo.

...Es que era sanamente bestia... También te digo una cosa: quizá fuera una mijita gafe para los mítines; recuerdo que en otro que dábamos en Lora del Río para la candidatura loca, empezó a entusiasmarse y remató el latiguillo de la soflama con un puñetazo en el atril y un estruendoso taconazo en el estrado, metiéndosele la pata en los maderos hasta los leguis. ¡Bueno, eso encima!, por supuesto que el tinglado y las banderas nos aplastaron. Un 7 en la escala Richter. El teatro huyó temiendo desplomes de gallinero.

Otro día. Esta vez con los estibadores del puerto, al pie de la Torre del Oro:

—¡Yo os juro que las casas, las joyas, los bancos de los burgueses serán vuestros! Y no por nada, ¡sino porque ya lo son! ¡Porque han salido de vuestra propia sangre! —hasta ahí, lo típico.

Pero en ese mismo momento empieza a salir el público de la plaza de toros, y unas señoras la mar de jamonas, unas niñas todavía con el brillo de la emoción en las pupilas, y va éste, cambia de tercio, y con el dedo tieso como el rabo de un perdiguero ruge:

—¡¡Compañeros, esas mujeres de lujo también son nuestras!! ¡¡Viva la colectivización!!

Allí se pudo ver algún estibador corriendo con una gorda debajo de cada brazo; oye, y con una agilidad y una potencia de berrido imposibles de prever en esta clase de damas. ...Pues sí que tienes toda la razón; al portuario este no

se le ocurrió pensar que lo que se llevaba para el barracón del puerto eran dos roperos píos...

Aviado iba el menestral entre los gritos de las conferenciantas de San Vicente, los bastonazos de maridos y padres, los tiros al aire, las porras y los pitos de los guindillas...

Je je, vuelves a estar sembrada: quitamos de la relación a los maridos, que seguramente correrían a emborracharse felices en cualquier tasca del Arenal.

¡Hombre, Rubichi! ¿Mi gatúnido rúbido quiere decirle algo a su papátido? Dime, dime...

No. El gato, aquí donde lo ves, me ha dicho en más de dos ocasiones que es la reencarnación del doctor Vallina —fíjate que empeño inútil, sabiendo como él sabe que yo no creo en cuento ninguno de reencarnaciones ni zarandajas post mortem—; bueno pues ahora me sale con algo muy de don Pedro: que contando chistes y anecdotitas, por ciertas que sean, estoy banalizando la Guerra Civil y su propia memoria, es decir, la de don Pedro, o sea, la suya, la del gato Vallina, ¿comprendes?

¡Ven aquí con tu padre del alma! ¡Si este gato Rubichín es lo más listo del mundo! ¡Qué haría yo sin ti! Embustero sí que eres, pero que bien imitas el tono de don Pedro y su estremecedora sensatez.

...Ni he bebido ni he fumado, darling. De todas formas, ya me cuidaría muchísimo de intentar convencerte de que este animalito me habla, y menos a ti que confías en tan pocas cosas...

Pero mira, el gato está en lo cierto: yo a ti no te puedo contar nada de la República y de la guerra que ya no sepas, aparte de lo que se quedó grabado la noche de la surprise a modo de epítome del caudillaje vallinesco: ¡Viva Vallina! y esas cosas.

Lo demás te aburriría sin remedio...

Veeenga, una y no más santo tomás:

Una madrugada —vivíamos en un chalet de Alcalá de Guadaira—, estábamos con los ojos como platos porque desde prima noche los comunistas tenían rodeada la casa; disimulando, haciendo como el que no quiere la cosa, bien rodeada: en un silencio de repelucos, la carretera y los callejones laterales ténebres, como indios apaches, esperaban una orden de asalto.

A eso de las cuatro de la mañana, un coche de Capitanía. Y sin más, que por orden de Cabanellas venía a recogerlos a todos nosotros. Ya en Sevilla, el masón de las barbas blanquísimas, con las estrellas de la gorra titilando por encima del camisón de dormir, comentaba a Vallina:

—Mire usted, Vallina, usted cantará misa... ¡Pero usted sabía, lo mismo que yo, que los comunistas iban a merendárselos a ustedes! ¡No me proteste usted...! Ande, mire, además quiero regalarle esta preciosidad de Astra con las cachitas de nácar y, lo que es más importante, con todos sus papeles en orden...

—Le agradezco y aceptó el obsequio, pero papeles no quiero ninguno. He usado pistola desde mi juventud y jamás me han hecho falta en absoluto.

—Bien, bien, el que la lleva la entiende. Lo que sí les ruego, o tómenlo si prefieren como orden, es que desaparezcan de Sevilla; si les parece, recogen el petate y les pongo un coche para llevarles a donde usted decida. No quiero que caiga sobre mis manos la sangre de ningún justo, como dijo aquél.

La CNT, de todas maneras, hacía ya muchísimo, demasiado tiempo que no jamaba a don Pedro, ni Vallina a la CNT: hasta le llegó a zurrar la badana a Teresa Claramunt en el transcurso de una discusión acaloradilla. ...Pues eso sería allá por 1922. ¡No, no, no! La doña Teresita atacó primero; le dio un bofetón sin respeto alguno por las gafas que salieron revoloteando —a pesar de los muchos equilibrios de don Pedro— por la ventana... ¡Hombre, claro! Si el doctor jamás hizo distinguos entre las personas, ni a cuenta del sexo ni de nada, cómo iba a permanecer impasible ante la agresión de semejante pegona; naturalmente, le arreó a modo. Por defenderse.

Publicaron hasta una foto de la carta que la Claramunt escribió a mi colomboña, Federica Montseny, en la que le decía de don Pedro:

—¡Es un neurasténico, es un neurasténico! —a cuento de los mojicones devueltos.

¿Te ha gustado la palabrita? Qué sonora ¿verdad? Colombroña:

—¡Tocayo Federico!

—¡Colombroña Federica! ¿No? ¿Verdad...?

Los del PC ni que decir tiene que lo ponían también a caer de un burro. Bueno, unos comentarios un sí es no es avinagrados que dio a la prensa Vallina por unas declaraciones de Saturnino Barneto, recién llegado de la URSS... Eso les hizo grillotear, histéricos, con los nudillos blancos a punto de estrangular las pistolas.

¡Es que lo de Barneto no tenía desperdicio! Que lo que más le había admirado, aparte de la tumba de Lenin y los seis días de cola que tuvo que hacer para verlo, era la absoluta libertad política que reinaba en Rusia, que él había estado en una Casa Anarquista donde se practicaba el amor libre, comillas, «en todas sus modalidades». ¡Y que ahora te estoy hablando de 1932! A semejantes alturas, ¿quién se iba a tragar esos embustes?

Di que sí, que es la mar de divertido..., si no hubiera sido entonces tan sumamente amargo.

Por cierto, ¿te enteraste de que Pepe Díaz murió de mala manera? En el 45, ahora hará cinco años.

...No, por lo visto de úlcera de estómago nada: me comentó un amigo cirujano famoso y criptocomunista que se suicidó tirándose desde la ventana del hospital. Al parecer todo empezó con el enchufe de Antón en el politburó. Le hicieron el vacío con desprecio.

Realmente, Pepe no se lo merecía. ...Sí que me acuerdo de él, de cuando llevaba panaderos en CNT; pocos más honrados ni más buenos para la lucha. Y con cabeza. Tres cualidades incompatibles, por lo visto, con el medro del PC español en Moscú. Pepe no se lo merecía.

Bien, a finales de 1932 nos largamos a Siruela.

Tras de lo del carrete que escucharás, ya sabes, a Vich —sí señor, buenos salchichones—, corriendo de los fascistas y de Líster. A partes iguales.

En el 39 nos metieron en el Campo de Gurs, en los Bajos Pirineos. Los dejé solos, y como pude llegué a Biarritz; tuve suerte: de milagro estaba Christine que inmediatamente los sacó de concentración y nos consiguió un pesquero con tres tripulantes. La travesía hasta Liverpool, aparte lastimeros recuentos, distraída.

Después New York y, ya decentemente, las costas de Méjico.

Desde el primer momento quiso instalarse en la aldea más polvorienta y mefítica de Cuaunáhuac, o sea, Cuernavaca. Naturalmente cogió unas palúdicas que como ya no estaba joven y fuerte, pues lo dejaron para el arrastre. Josefina murió de lo mismo... Harmodio todavía no le ha perdonado que no sacara a su madre de allí.

...Nada, nada, sin motivos; que se empestilló en estar cuanto más lejos mejor de burócratas y de políticos.

Ya viejo y cabezón y tieso como una alcayata, dejó de regir y empezó a dejar de hablar o de comer durante días y días. Los colegas de Méjico D.F., que lo querían todos, le ofrecieron llevarlo a la capital y pasarle una asignación en base a unos Honores que pretendían hacerle. Que nones. Al final, en una de esas en que ni hablaba ni paulaba, lo cogí y lo instalé en un hotelito alquilado de Veracruz, y le puse un par de enfermeras. Por supuesto también coloqué allí a la india vieja que últimamente le venía limpiando el culo, y a dos indiecitos que le adoraban, ojos inmutables, monaguillos y diáconos de la religión Vallina. Acólitos raros de un buda rarísimo y ya casi translúcido.

Claro que corrí con todos los gastos mientras vivió; hubiera faltado que...

¡No, qué va, hija!, yo me tuve que marchar cuando él todavía montuneaba por la aldea... Llegó un momento en que no me aguantaba. No soportaba oír una palabra mía; y no tuve más remedio que coger el pendique y venirme.... Todas las noticias de don Pedro me llegaban por Harmodio, médico en Veracruz y mi corresponsal valiosísimo.

El último contacto —un poco fantasmal— que mantuvimos fue porque Harmodito me hizo llegar este libro donde Vallina relata parte de su vida que, lo quiera o no, es un poco o un mucho, un muchísimo la mía propia.

¡Tampoco! ¡Harmodito, que es un santo! Esta dedicatoria no la escribió nunca Vallina: yo conocía perfectamente su letra, y sé que es falsificada por Harmodito. Lo que le agradezco en el alma a mi niño, porque dice mucho del corazón que tiene y de la ley que nos une. Me miente por darme una alegría: *A mi hermano Federico Padilla O'Farrell. Siempre en tu barricada, un abrazo, Pedro...* La rúbrica esta es un garabato comparada con la auténtica de don Pedro, siempre pulquérrima.

¿Qué quieres que te diga? Se moldea el barro para hacer un cántaro, pero de su vacío depende el uso del cántaro. Se abren puertas y ventanas en las paredes de ésta casa, y es el vacío creado lo que la hace habitable. Yo, sin embargo, estoy tan seguro como que estoy hablando contigo de que en mi vacío —desde que me echó don Pedro— no existe utilidad alguna.

Desde entonces eché mano del karma, del budismo laico y de todas esas gilipolleces con las que te he estado atormentando... Sabes escuchar. Te he utilizado tantas veces de confidenta...

Yo también estoy ya muy viejo; estoy dolido. Qué mal, pero qué mal me ha hecho recordar todas estas cosas. A lo mejor, ahora, cuando dejemos de hablar, ocurre lo que decía don Lucio Anneo, que «sine expectatore cesat dolor». ¿No te parece? Ojalá.

¡Bueno, venga ya con tantas penas! Para dentro de un rato espero a Valenzuela —que a este paso va a durar más que Corpus Barga—; vamos a ultimar lo de nuestro viaje a Buenos Aires. Nos hemos apuntado los dos porque quiere conocer también a Juanito Blasco, el cura, ¿te acuerdas? Como ya andamos de mirandas por la vida...

Que sí, que sí te he hablado de ese viaje; será que tú no te acuerdas.

...Chiquilla, ¿cómo que te lleve a ti también?, pero...

Yo soy tu abuelo si tú lo dices, pero...

Los dos, los dos hemos cambiado..., tú y yo. Pero tal vez a la manera terrible y filosa que decía el canciller Pedro de Valencia: «la camuesa pierde su color amarillo en tomando el acero del cuchillo.»

¡Que sí, chiquilla, pero no llores! De verdad que te quiero, y mucho... Vamos, anda, tranquilita; pues vale, llora si eso te hace bien pero, cuando ya dejes los jipíos, me explicas un poco. ¡Mujer..., por lo menos no arrecies!

...Nada, Dolores, no pasa nada: esta chiquilla, que no sé.

Sí, claro que sí, Dolores, naturalmente que te he entendido... Pero no es momento para uno de esos alegatos que endilgas cuando te parece... Ya, ya, si no soy nuevo. Os lo iba a decir y no he sabido escoger el momento. ¡Si me daba cuenta...!, servidor siempre ha estado al liquindoy, arropando. Por suerte, al menos delante de mí, habéis actuado con toda la naturalidad del mundo. También lo hacíais con toda libertad, y eso me lo apunto en mi «Haber».

Hombre, no es que seamos el Trío de la Bencina, pero no nos llevamos mal y, sí, en efecto hay cariño indudable... Desde luego, vosotras tendríais que vivir al otro lado de esta galería. No, abajo no, por la humedad. Lo único que necesito es mantener mi independencia.

¡Ah, ni hablar! Cuando servidor esté inútil —el hado no lo permita— no quiero a nadie sacrificando su vida por mí, que para eso está el gremio de enfermería...

Qué chachi: ya os veo devuelta la color al rostro y algunas sonrisitas tontas.

...Me he tomado la libertad, al encargar los billetes para Buenos Aires, de prepararos un estupendo viaje de novias en un estupendísimo hotel de La Habana que conozco estupendamente.... ¿Que os parece bien...? ¿Estupendo? ¡Estupendo!

Qué me vais a contar... ¡Pero si ya he testamentado y os lo dejo todo a vosotras! Bueno, no todo: la tienda de antigüedades y libros viejos de Lexington, esquina a 42, la reparto alícuota entre los dependientes. No, rica mía, el gerente lleva un montón de tiempo cogiéndomelo a cuenta.

¡Qué fresca eres, Dolores! Qué lengua, hija; parece mentira que te haya dado una educación.

*¡¿Sexo has dicho?! Eso me inquieta.
¡¿Sexo has dicho?! Eso me espanta...
¿Que tienes frío en las tetas?,
pues toma, toma esta manta.*

Sexo..., uuufff. ¡Por jamás de los jamases, no repitas esa frase! La verdad sea dicha, hasta ahora no he aprendido a empernacarme como hacéis las mujeres entre vosotras, pero todo puede andarse... ¡Mira Doloritas, tú es que chuleas con las bromitas, y luego...

¡Pero si a mí lo que me gustan son las mujeres, y bien jamonas!

...Es cierto, en eso andamos los tres iguales; no había caído. Qué bien que os hayáis enamorado. La verdad es que sí, bueno, ya somos una familia americana más.

Bueno, vosotras decidís con lo de La Habana —cuestión de lo más retórica porque el brillito ocular os delata—; pues qui tacet consentiré videtur, que dijo no sé quién.

¡Caramba! ¡Esa aldabada postrera ha sonado en la escalera!

Pero si es mi señor don Alfredo..., grazzie tante, carissimo, tan espléndido con tus habanos; con permiso voy a coger otro para mi padre que está en la cárcel...

Ya, ya tengo los billetes de la Pan Am. ¡Para lo último: un Douglas DC-9 rapidísimo, enorme, ultramoderno, bello! Y luego, ¡el Teatro Colón nos espera! ¡Los Coros y Danzas de la Sección Femenina están de gira! ¡La patria y los pololos de esas criaturas nos llaman a tierra de patagones!

¡Ah, perdona...! Mira, mi familia: mis nietas Dolores y Paloma, que haciendo una caridad con nosotros se vienen a cenar al Parlor y luego al Minton 's, a morir con Thelonius Monk.

¡Fredín, déjalas tranquilas! ¡Que les dejes el culo, coño! Siempre has sido menorero ¡y ahora con la chochera, más todavía!

Estáis guapísimas, andiamo noi... ¡Ootra vez se quedaba puesto el puto aparat...

FINAL

AL abrirse el telón, son las ocho de la tarde en la librería de viejo de Abelardo, en Sevilla; noche cerrada de diciembre. Afuera corre una rasca de Nochebuena desabrida. En el centro del foro se abre el cancel con cristales de la tienda y, por fuera, el cierre de persiana practicable a medio echar. Choca contra la cancela un paraguas que va al amor del ventalle con volatines torpes, como una vieja que rodase despeinada de refajos. Más a la izquierda del actor, dando también a la calle Mateos Gago, se abre una ventana alta y enrejada, dejándose ver el contraluz de un naranjo seco que oscila por el viento. Entra la luz de las tapias azules de Santa Cruz y del vaivén inseguro y anaranjado de una farola municipal. En el centro de la escena, un foco cenital ilumina a ABELARDO que recorta encuadernaciones, las tijeras le entrecruzan la cara de reflejos. ABELARDO se da un aire a Patrick Swayze y oculta con sello pirata un ojo vago. Por el cancel del foro entran VICENTE, un cojo de cejas espesas y empinadas, se dedica al doblaje de películas y tiene visos de lechuza doméstica; y el DOCTOR IGÚA ZAKERRA que viste bombachos y una chompa cara y deportiva, estilo «reportero de El País», por la que asoma una cabeza de indio peruano suavizada por algún rasgo oriental. El tal DOCTOR IGÚA es un internista de Bilbao de los de ocho apellidos vascos, afincado en Sevilla y tertuliano de los anteriores. Pasan a la librería charlando.

VICENTE.— ¡Cajas, más cajas de libros por todas partes! Digo yo, maestro Igúa, que miasmas más o menos seculares, por muy importadas de Nueva York que sean. Libros de enfermos, eso es seguro, que dejaron la tos fatídica de su venganza entre Dios sabe qué páginas de qué volumen. Esta extraña aprensión mía... ¡Que ojalá fuese sólo aprensión!

DOCTOR IGÚA.— Tanta tabarra con los libros viejos, Bisentito, pues tuberculoso que estarás... ¡A ver si no escupirías más flemas en la calle! ¡Que a

mí me conoce la parroquia!, y con esas marranadas sí que le dan bascas hasta al copón divino...

VICENTE.— Es que tengo una tos la mar de expectorante...

DOCTOR IGÚA.— ¡Al borde de la hemoptisis, amigo mío!

ABELARDO, *en su mesa, entre resmas de inéditos, facturas, revistas y catálogos; reparando en los visitantes.*— ¿Qué hay, Vicente? Toma, siéntate. *(Le coloca su silla y él coge otra remendada con cinta de embalar:)* ¿Cómo llevas lo de Vallina?

VICENTE.— He tomado una sublime decisión: tengo en la cabeza mandarlo a tomar por culo.

ABELARDO.— ¡Estupendo! ¡Vaya, que tú verás...! Mira, me han llegado ejemplares de Panorama: coge uno de ahí...

VICENTE.— Dedíquemelo, amable cosmopolita. La foto de la portada se parece a una del puente de Brooklyn de Joseph Stella. (Abelardo firma y dedica.) Muchísimas gracias. ¿Qué música has traído esta vez? ¿Mucha, poca? ¿Dónde la tienes?

En ese instante, el último coro de campanilleros —gitanerío de sombreros con cintas de rojo guarro, panderetas ornadas de un carmín roñoso— ataca ante la ventana un villancico:

*Zan Jozé'h der PNV,
la Vigen ej euhkarduna
y er Niño que'jtá entre paja
é de Henry Bartazuna*

El monipodio de la capilla calorró cesa por un momento de mal orquestrar los maullidos y vuelve su sonrisa hacia el interior de la librería, dejando ver una media cara comida de tumor.

EL KAPPELMEISTER CALÓ.— Oye, shino, esha veinte durito que estamo en Noshebuena. Anda, shinino, que tienes carita de gustarte las panderetas... *El doctor Igúa le arroja con puntería un Diccionario de terminología jurídica comparada (piel con tejuelos. 1425 pág. Lisboa, 1887).* Desparrame de sonajas y huida de mandrias. ¡Tu puta madre, shino, ajolá te sarga un cánse en tor corasón de shino que tienes...!

DOCTOR IGÚA.— ¡Qué asco, copón bendito! Eran Belcebú y Belial y sus sopistas maulladores. ¡Tenían caras de gatos maketos!

VICENTE.— Ese copón bendito nos proteja... ¡Ojo, Igúa! ¡Esto, sin duda ninguna, ha traído mal fario! Yo ahí no he tenido participaciones: así que caiga la venganza de Undibé sobre quienes no guardan caridad alguna con el desvalido.

ABELARDO.— Óigame, doctor Igúa, usted que ha leído los folios transcritos de las bobinas, ¿qué me dice de ellos? ¿Tienen algún interés?

DOCTOR IGÚA.— Pues que si tendrían valor documental, aun todavía... Pero si yo sería Bisentito, los mandaba al carajo directamente. Mira: un viejo chocheando con un par de niñas que, para colmo, ni se manifiestan. Estas niñas seguramente son las auténticas bovinas. Basura pura, mi amigo.

VICENTE, abstraído.— ¡Da pena oír qué poco importa la vida de los viejos...! (*Vuelto en sí y mirando al doctor; escudriñándole.*) Disuélvame la duda, Igúa: un hombre fornido como usted y que tiene hasta la rabadilla típicamente vasca; que es euskaldun por los cuatro costados, vaya... ¿Cómo es que tiene ese careto de indio peruano, veteado en japonés, que le va pregonando por ahí?

DOCTOR IGÚA.— Vete a saber, chico. Esto de la anarquía genética no es cosa de hoy. ¡Y ya te vale, Bisentito, que me he traído de casa las hostias consagradas y estoy a punto de dar la comunión!

VICENTE.— Es que en vez de esas gafas, lo que está usted pidiendo a gritos es un carcaj y un puñadito de flechas ponzoñosas.

DOCTOR IGÚA.— Y oye, hablando de anarquía genética, Bisentito, ¿te dieron ya el doblaje de algún protagonista fuertote y guapo?

VICENTE.— No, pero...

DOCTOR IGÚA.— ¿Acaso algún personaje de buenos sentimientos? ¿Siquiera un curita rural? ¿Ni una monja?

VICENTE.— Pues no..., pero ¡qué cabronazos sois los vascos con cara de indios peruanos! *(Se oye un porrazo fuerte y Vicente camballeja hasta la ventana.)*

ABELARDO y el DOCTOR IGÚA, *al unísono*.— ¡Eso sí que ha sido un buen morrón!

VICENTE.— ¡Casi nada! ¡Una vieja zarandeada por el viento como un paraguas, que ha aterrizado con el moño en el candado del cierre!

DOCTOR IGÚA.— ¡A ver, que mancho! ¡Sobre mis hombros pesa la obligación de asistirla!

ABELARDO mira también por la ventana. Rueda por la calle el haz de una linterna.— ¡Quieto, Igúa! ¡Al mono ni tocarlo! Quietecito parado; refrene usted sus ímpetus maravillosos, que la señora aparenta la mojama total y definitiva; y yo aquí, como comprenderá, no quiero pasma ninguna... Piense en el pan de mis hijos. *(Vicente y el doctor se miran espantados. La farola empieza a parpadear con guiños policíacos.)* ¡Vicente!, ahora, cuando salgamos, me haces el favor de darle una patada a la anciana y me la colocas en la acera de enfrente... Abreviando, que nos vamos.

VICENTE, lechuza de ojos gesticulantes.— ¡Por Dios, Abelardo! ¡¿Contra los contenedores de basura?! Pero, ¿y si pasa un coche y le remanguilla los dos pies? ¡¿Y si me guipan chutando la vaselina?! *(Abatido, ausente.)* ¡Qué poco importa la vida de los viejos...!

ABELARDO.— Cierto, cierto... ¡Qué poco! No quiero fallos: a la acera de enfrente, encastrada entre dos contenedores. Suerte de que, con esto de la Nochebuena, no hay ni un alma por las calles...

Un gato, los ojos de lumbre y el lomo en hopo, salta del añil de la tapia y ramba hasta un contenedor; cruza de un salto por encima de la vieja cianótica y tiesa: huye con una basura pringosa bajo los bigotes. Abelardo ha empezado a recoger. Tira a la bolsa de los desperdicios los folios transcritos de Vallina y llama a RadioTaxi, mientras cae el

TELÓN

NOTA

«Con muchísima frecuencia, en el transcurso de la vida, en medio de la mayor seguridad de procedimiento, advertimos de pronto que hemos caído en un error, que nos hemos dejado engatusar por personas y objetos, y nos hemos imaginado una relación con ellos, que en seguida se desvanece ante la mirada despierta. A pesar de todo, no podemos rectificar; cierto poder incomprensible nos retiene apegados a nuestro yerro.

Muchas veces, sin embargo, llegamos a tener plena conciencia y comprendemos que lo mismo un error que una verdad pueden mover y espolear a la actividad. Y como sólo la actividad es lo decisivo dondequiera, puede darse el caso de que un error activo engendre algo excelente, ya que el efecto de toda cosa se extiende hasta lo infinito. De suerte que producir es siempre lo mejor, pero tampoco el destruir deja de tener felices consecuencias.»

GOETHE



VICENTE TORTAJADA (Sevilla, 1952- Sevilla, 2006). Nacido en 1952 de pequeño contrajo la poliomelitis, lo que lo obligó a pasar una niñez sentado en su balcón de la Puerta de la Carne. Años después, este escritor se licenció en Derecho por la Universidad de Sevilla. De él Fernando Iwasaki dijo que «fue un agitador cultural y uno de esos escasos sevillanos que tenía un profundo conocimiento sobre la ciudad y, a la vez, tenía una cultura cosmopolita». Cuando terminó la Universidad hizo carrera en la Administración y desempeñó el cargo de secretario de Ayuntamiento en varias localidades de la sierra onubense, y finalmente en el Ayuntamiento de Gelves. Como escritor cultivó, fundamentalmente, la poesía y estaba adscrito al denominado grupo de la poesía de la experiencia. Aunque, realmente su poesía era más personal, más metafísica y nunca ha sido estrictamente realista, ya que tenía también una veta irracionalista. Su producción poética abarca libros como «Sílaba moral» (1983) -Premio de Poesía Luis Cernuda, del Ayuntamiento de Sevilla, concedido ex aequo con Manuel Díaz Crespo-, «Pabellones» (1990) y «Esplendor» (1994), entre otros. Vicente Tortajada estuvo vinculado a la revista literaria *Renacimiento* y estaba al cargo de la colección «La novela pasional». Además, fue el responsable de la edición de una antología de poesía amorosa de Vicente Núñez, titulada «Mío amor», también publicada por esta casa. Vicente Tortajada fue un escritor de escritores, con mucha personalidad y muy admirado en Sevilla. Su obra no es muy voluminosa, porque siempre cultivó más la vida que la literatura